



 ITAE Fondo Editorial

“Quillqa: La Virgen del Sol que se rebeló a Pachacútec”

Dr. Carlos Villajuana

 **itae** business
school

“QUILLQA: la virgen del sol que se rebeló a Pachacútec”

Autor

© Carlos Villajuana, 2023

©ITAE Business School

Fondo Editorial ITAE

Calle Velázquez N.º 532

+34911230889

URL: <https://www.itae.es/somositae/>

Madrid – España

ISBN: 978-84-09-54110-2

D.R. 2023 ITAE Business School

La reproducción total o parcialmente de esta obra en cualquier forma o por cualquier medio, se encuentra permitida siempre y cuando se haga la correspondiente cita a sus autores.

ACERCA DEL AUTOR

Carlos Villajuana ha creado modelos y técnicas innovadoras en el campo de la gestión y planteado un método para realizar una carrera de liderazgo. Es gerente general de Villajuana Consultores y asesor en gestión estratégica y liderazgo. Se desempeña como profesor de varias escuelas de postgrado de alto prestigio.

Doctor en Administración de Negocios Globales de la Universidad Ricardo Palma, Master in Business Administration (MBA) de la Universidad de Québec, Canadá, máster en administración de la Universidad de San Martín de Porres e ingeniero industrial de la Universidad Nacional José Faustino Sánchez Carrión. Ha ocupado altos cargos directivos en empresas e instituciones privadas y públicas.

Autor prolífico, ha escrito catorce libros sobre estrategia, Balanced Scorecard, costos y liderazgo.

Durante su larga trayectoria profesional y académica, se ha hecho merecedor a diversos reconocimientos y distinciones.

El correo electrónico de Carlos Villajuana es:
cvillajuana@gmail.com

Gracias por el tiempo dedicado a esta obra.

**QUILLQA: La virgen del sol que se rebeló a
Pachacútec**

Carlos Villajuana

QUILLQA

La virgen del sol que se rebeló a Pachacútec

Si bien para algunas consultas puntuales he recurrido a varios cronistas e historiadores, por la diversidad de puntos de vista sobre los hechos y protagonistas relacionados a la vida de Pachacútec, he privilegiado los aportes de la historiadora e investigadora social, María Rostworowski en su *Obras completas: Pachacutec Inca Yupanqui*.

Todo lo muy cercano a lo que hizo el inca Pachacútec, es preponderantemente real. Lo que se relaciona a Quillqa, la personaje central, está bajo nuestra entera responsabilidad.

Contenido

La frustración del futuro inca Pachacútec	08
Pachacútec y su maestro Alejandro Magno	10
La coronación de Pachacútec: el gran transformador	17
Cusco: de comarca a capital del imperio incaico	20
Quillqa: nace una guerrera exitosa	21
Quillqa: elegida como virgen del sol	24
Quillqa y su maestra la samurái Tomoe	26
Quillqa como mujer de Pachacútec	29
El escape de Quillqa	41
Túpac Inca Yupanqui: cogobernador del imperio	46
Quillqa es capturada por el ejército inca en la región de La Araucanía	49
Quillqa llega a ser jefe del ejército en la región de La Araucanía	50
La malvada Killa Curi y su plan para eliminar a Quillqa y raptar a su hijo	52
La emboscada de Quillqa por doce arqueros asesinos	57
El plan de rescate del hijo de Quillqa y Pachacútec	64
La guerrera Quillqa y su enfrentamiento con los doce asesinos arqueros	69
Quillqa decide buscar a su hijo en el palacio de gobierno del imperio	76
La condecoración por el inca del secuestrador del hijo de Quillqa	80
Quillqa arriba a la capital del imperio: la venganza	85
Glosario	93
Referencias bibliográficas	97
Anexos: Fotos y Figuras	98

RECONOCIMIENTOS

A Dios, porque Él me inspira.

A mi esposa Leslie y a mis hijos Karl y Karla por sus opiniones rigurosas.

A mis amigos, por exigirme que no me aparte de la ley de la autenticidad.

La frustración del futuro inca Pachacútec

El inca Huiracocha tuvo una cantidad incontable de hijos. Por este motivo, no se sabe con precisión si Cusi Yupanqui fue el tercero o cuarto de sus hijos. Lo que sí se conoce es que Cusi Yupanqui nació en el palacio de Cusicancha de Cusco y que ese nombre significa “príncipe dichoso”. También se ha descubierto con precisión que el mayor de sus hermanos fue Roca; el segundo, Topa Yupanqui; y el último, Cápac Yupanqui. Después de muchas peripecias, desde que Cusi Yupanqui se cambiara de nombre a Pachacútec y se coronara inca, sus hermanos Roca y Cápac Yupanqui se convirtieron en sus generales de mayor confianza en lo personal y militar.

Como era costumbre inca, a Pachacútec se le destetó y trasquiló el primer cabello a los dos años. Antes de esa edad, no le tocaron el cabello. Hacerlo era una maldición. Su padrino, dio el primer tijerazo. Las tijeras eran de pedernal. En ese momento lo bautizaron con el nombre de Cusi Yupanqui. La celebración duró cuatro días. Los regalos fueron vasijas de oro y plata, ganado y abundante vestido. Su padre, observaba con beneplácito, pero sin llegar al regocijo. Por el contrario, su semblante revelaba celos.

El comportamiento del soberano, tenía un pretexto. Pese a que Cusi Yupanqui fue hijo de Mama Runtu, una ñusta que era la coya principal, no fue la preferida del inca. Ella se caracterizaba por ser melancólica, humilde, poco sociable y no le gustaba ir a fiestas ni bailes. Se inclinaba por estar acompañada de enanos y jorobados. Más adelante, Cusi Yupanqui, ya como inca Pachacútec, en señal de solidaridad con su madre, albergó a estas personas en una vivienda y las mantuvo. Mama Runtu no tenía influencia en Huiracocha. Esta fue la excusa del inca para favorecer al hijo de una de sus concubinas predilectas, como sucesor: Urco. Un rasgo que resaltaba en esta concubina, llamada Curi Chulpa, era su hermosura, y de allí se derivó su poder sobre el soberano. Ella perteneció al ayllu Ayauilla y le dio al inca un segundo hijo, de nombre Inca Zoczo, a quien el inca lo nombró jefe de su panaca. Es más, este ayllu real dirigido por Zoczo y que estaba integrado por los descendientes del soberano, se llamó Zoczo Panaca.

Cusi Yupanqui padecía de pesadillas desde muy niño. Reiteradamente soñaba que alguien le hablaba con potente voz: “Uno de ustedes morirá, ¿deseas ser tu o algún familiar?”. “Que sea uno de mi familia”, respondió. La voz no le perdonó esa respuesta. Cusi Yupanqui empezó a morir. Fue en ese lapso de tiempo que se sobrepuso y tomando valor dijo “yo debo morir, mi familia no”. Luego la voz le perdonó la vida. Otra noche soñó que estaba en la cima de una montaña con varios niños y vio como un gigante se levantaba lentamente hasta estar a su mismo nivel. “Es un dios”, dijo el futuro inca con admiración y regocijo. Al día siguiente contó eso a sus amigos. “Tenía la piel cobriza, era rudo, el cabello ondulado, la nariz grande, no tan guapo, pero a floraba puro amor”, decía. También soñó que un dios se le metía al cuerpo. Tanto soñaba, que uno de sus pasatiempos era adivinar los sueños de sus amigos. Este don lo mantuvo hasta sus últimos días. “Los sueños significan algo y nos advierten eso. Y hagas lo que hagas, se cumplen. Otra cosa es que no sepamos interpretarlos”, le aseguraba a sus amigos. “Por ejemplo, si sueñas tocando la quena, quiere decir que tienes un amor correspondido”, auguraba. “O si ves una mujer de tez oscura sobre tus piernas, prepárate porque padecerás una enfermedad. Igual si ves tu sangre en tus sueños, te avizora que tendrás un accidente”, proseguía. Uno de sus acompañantes más leales, le consultó: “Anoche soñé que me rodeaban algunas moscas. Creo que maté una, pero una se me escapó”. “Con toda seguridad discutirás hoy y esa mosca que no pudiste matar te indica que no ganarás esa discusión. Además, probablemente padezcas de problemas digestivos. Aún te cuides, te ocurrirá lo que te acabo de decir”, le aclaró.

El ayo de Cusi Yupanqui fue Micuymana. Este, además de custodiarlo, le enseñó el manejo de las armas. Momento más tarde ingresó al yachay huasi, a recibir instrucciones dirigidas solo para

nobles. Durante cuatro años estudió el Runa Simi, la historia de los Incas, las leyes y los quipus. El entrenamiento y la instrucción culminaban con la fiesta de Warachikuy, evento en el que Pachacútec fue admitido en la casta de los orejones. Esta fiesta se celebraba en Cusco en el mes de diciembre y duraba toda una luna (equivale a 30 días).

El pueblo inca empezó a darse cuenta de la notable diferencia entre Cusi Yupanqui y sus hermanos, a propósito de su exitosa participación en el Warachukuy, un ritual de iniciación de los jóvenes de la nobleza inca. Fue primero en todas las pruebas: tiempo de resistencia al sueño; tiempo de resistencia al hambre; velocidad; manejo de la huaraca, del hacha, de la lanza y del arco y la flecha; y en el combate cuerpo a cuerpo. Los concursos de la huaraca, del hacha, de la lanza y del arco y flecha, eran de puntería y potencia. Se apuntaba a un blanco y ese blanco se alejaba a cinco mayores distancias. En cada tramo, al ganador se le asignaba un puntaje de 20, al segundo 18 y al tercero 16. El combate cuerpo a cuerpo era selectivo. Cada participante elegía con quien lucharía en el primer combate, luego se enfrentaban los ganadores y era eliminatorio. Los puntajes a los tres primeros era de 20, 18 y 16, respectivamente.

En el Warachikuy, donde intervino Cusi Yupanqui, participaron 320 guerreros nobles de Cusco. En ese entonces, el incanato se limitaba a ese pueblo. Competieron para pertenecer a la casta de los orejones y al mismo tiempo para ocupar los tres rangos más altos del ejército inca. Los orejones cumplían funciones militares y administrativas y eran la nobleza inca de mayor jerarquía. El más alto rango del ejército era el Apuskipay, quien estaba al mando de todo el ejército; le seguía el Apusqui Randin, equivalente a un general de división, que tenía a su mando unos 10 mil soldados; a continuación, estaba el Hatun Apu, o general de brigada, quien comandaba de 4 a 5 mil soldados; y luego el Apu o capitán. En esa ceremonia, como el ejército ya contaba con su Apuskipay, se eligieron al futuro Apuskipay, dos Apusqui Randin, cinco Hatun Apu y veinte Apus. Hubieron 20, 40, 60 y 200, candidatos respectivamente. Pachacútec

Seguro de su capacidad, Cusi Yupanqui Yupanqui solicitó formar parte de los competidores para futuro apuskipay (similar a general del ejército). El requisito básico para estar en ese grupo era ser apusqui randin (equivalente a general de división), pero por tratarse de un príncipe bien preparado, con él hicieron una excepción. Los participantes procedían de los distintos señoríos que conformaban el incanato. La ceremonia culminaba con la entrega de las armas a los ganadores en sus respectivas categorías, en la fuente de Calispuquio. Dicho manantial se localizaba en la zona norte de la fortaleza ceremonial de Sacsayhuamán.

Adicionalmente, en el Warachikuy se llevaba a cabo, pruebas y sacrificios que debía mostrar todo guerrero. Luego de superar las pruebas, al noble se le vestía con waras (similar a las trusas portadas por los militares). Luego se le perforaba las orejas para posteriormente adornarlos con discos de oro que cada año serían reemplazados por otros más grandes. Esto provocaba el agrandamiento de las orejas. De allí el nombre de "orejones". En el futuro, si bien esta era una gran distinción de la nobleza, se tradujo en una desventaja fatal. Por el tamaño de sus orejas, fueron fácilmente identificables por los invasores españoles. Esta ceremonia era colosal. Asistían los más altos funcionarios y toda la comunidad participaba en los bailes y festejos.

"¿De qué me sirvió ser el primero?", exclamaba reiteradamente, Cusi Yupanqui. Más que desanimado, se sentía frustrado. Creía que su aspiración de ser el sucesor de su padre Huiracocha era imposible. A pesar de que, en el Warachikuy, venció a todos sus parientes y a la nobleza inca más preparada para la guerra y ser considerado como persona mayor, y consagrarse como parte de la casta de los orejones, su padre no lo consideraba como el futuro inca. Para disminuir su coraje, Cusi Yupanqui buscaba justificaciones a la actitud de su padre. Una era: "No soy importante para mi padre porque no fui el primero de sus hijos ni el último. Para ser recordado se tiene que ser el primero o el último, y yo estuve al medio. Es la ley del primero y

del último. Para ser tomado en cuenta hay que ser el primero, y si no es así, no queda otra que ser el último”.

Cuando estaba afligido o deseaba planear algo, el príncipe Cusi Yupanqui tenía la costumbre de dirigirse a su montaña preferida: Vinicunca o “montaña arco iris”. Aquella vez, tanta era la desilusión con su padre que estaba ensimismado. Por ello, no apreciaba como siempre la preciosura de cerros que tenía al frente. “Ver esto me inspira”, decía cada vez que miraba la cantidad de colores brillantes que había en las superficies de las laderas del Vinicunca. Esta vez solo atinó a decir: “No esperaré mi oportunidad, la crearé”.

Cusi Yupanqui se ganó el respeto moral del pueblo inca desde joven. No daba nada por perdido. Siempre era el ganador y se preparaba más que los demás. Pero se desanimó para suceder a su padre, cuando observaba la preferencia de su padre por su hermano Urco. Sentía que esto era totalmente injusto, pero nada podía hacer. Su padre era representante del dios Sol y su voluntad era irreprochable. “Urco no es digno de estar al mando de mi pueblo”, repetía disgustado. Con mayor molestia, murmuraba: “En nada bueno destaca. Cuando cogobernó con mi padre, se dedicó a los placeres y vicios. Era frívolo y deshonesto, le gustaba beber en abundancia en vasijas de oro y se acostaba con cualquier tipo de mujer”.

Una noche, apenado, se alejó de palacio y solitario se dirigió a una montaña más cercana que no era el Vinicunca. Mientras caminaba, llegó a un llano cubierto completamente de pequeños y verdes ichus, donde al centro había una enorme roca que tenía la forma de un elefante. Allí se le apareció una luz resplandeciente, de la cual emanaron las siguientes palabras: “Tu pueblo y tú me han caído en gracia. Por esa razón merecen ser grandes. Serás el encargado de hacer de tu pueblo un gran imperio. Ya no deseo que el pueblo inca sea solo Cusco y sus comarcas. Quiero que lo bueno se expanda hasta el punto que ni siquiera tú lo podrás imaginar. Entonces, no te desalientes Cusi. Tu eres el elegido. Esa es mi voluntad”. Atónito, con humildad y voz temblorosa pronunció “dios mío, le prometo que honraré su voluntad. Desde niño me he preparado disciplinadamente”. “Si, es cierto, hijo”, le contestó la luz y añadió: “con gran sacrificio te has preparado como gran guerrero, pero no para ser un gran soberano”. “Tiene razón mi señor. ¿Qué debo hacer para ser un gran inca, mi amado dios?”, solicitó con firmeza, Cusi Yupanqui. “En primer lugar, ten presente que la fe sin paciencia es duda, y segundo, deja eso en mis manos. Te prometo que te prepararé para liderar un imperio”, replicó la luz. Cusi Yupanqui, dudaba sobre quién se le había presentado. No sabía si era Inti o Wiracocha. Para él, Wiracocha era el dios supremo, con mayor poder que Inti.

Pachacútec y su maestro Alejandro Magno

A la noche siguiente, con la esperanza de encontrarse nuevamente con su dios, Cusi Yupanqui fue al mismo lugar, casi a la misma hora. No se le apareció. En la cuarta noche, cuando llegó a la piedra que tenía la forma de un elefante, vio a un hombre sentado. Estaba impecablemente vestido como cuando era rey de Macedonia. Alejandro Magno estaba sonriente, denotaba admiración por Cusi Yupanqui. Había dejado atrás la arrogancia de sus últimos días. Cusi retrocedió un poco y de inmediato sacó la vino de palma que tenía atada a la faja que llevaba. La vino era una especie de espada ancha de madera. Inclinando su cuerpo y dando un medio paso hacia atrás, Alejandro III de Macedonia, le aclaró: “No te asustes Cusi. Por el contrario, alégrate. Vengo por orden de Inti. Estoy aquí para ayudarte a mejorar las decisiones que tomes cuando seas rey. Tengo la orden de prepararte en el arte de la guerra contándote mis aciertos y desaciertos. Para materializar esto, solo te pido que limpies tu mente de todo lo que sepas sobre batallas y guerras”. Prosiguió: “Tengo presente que ya eres un gran guerrero y que tienes un alto potencial para ser un gran rey”. Cusi le precisó: “Seré inca, señor, no rey”. “Ahhh, muy bien,

te entiendo, te entiendo”, cedió Alejandro Magno. “Y ya tengo en blanco mi mente, señor”, complementó Cusi.

En el siglo IV a.C., Alejandro Magno fue una figura de renombre. Que haya vivido solo 33 años, no fue obstáculo para perdurar en la mente colectiva mundial. Su obra fue gigante en comparación con su edad. Construyó un gran imperio en base a valentía, inteligencia, curiosidad y astucia. Sus batallas eran gestadas en detalle y estimuladas por sus ansias de hacerse inmortal. Su anhelo colosal lo condujo a la altanería. Si bien era selectivo para engreír, le encantaba que todos lo hicieran con él. En los momentos de la planificación, la ejecución y el control, recurría al esoterismo. Esta práctica le servía para encontrar conocimientos y herramientas que el raciocinio, la experimentación y la observación no le podían conceder. En su imaginación se metía en un cesto para que unas aves mitológicas le ayudaran a subir y así observar el mundo desde lo más alto. En su día a día, no faltaban sus oraciones a los dioses. Cambiaba su forma de vestirse de acuerdo a qué reino representaba. Cuando se trataba del occidente llevaba su corona y, en el oriente exhibía las insignias imperiales y siluetas de animales fantásticos que eran sinónimos de protección y a su vez encarnaban simbolizaban la armonía entre el cielo y la tierra. Bajo esta creencia, todo tendría que ser útil para Alejandro Magno.

Para despertar el interés de Cusi por los temas que abordaría, Alejandro Magno pensó: “Iré poco a poco, de menos a más como el agua y combinaré lo serio con lo alegre, hasta lograr que Cusi realmente esté dispuesto a echar a caminar las lecciones. Evitaré ir directo al tema de cómo liderar un imperio. Tampoco tocaré rápidamente lo concerniente a las estrategias y tácticas de guerras y batallas. Primero lo provocaré”.

Para Alejandro, los caminos más importantes hacia el liderazgo de un imperio, eran la puesta en marcha de tres leyes: del uno a uno, del equilibrio y del sacrificio. “Mi objetivo es que Cusi haga suyo esos mandatos y los aplique sin dudar”, se planteó. Entonces planificó su rol de maestro: “Pensaré en el qué, el cómo y el quién, y tendré en cuenta que un buen qué y un buen cómo, de nada sirven sin un buen quién. El qué girará en torno a las tres leyes y a temas que son importantes en las decisiones que toma un soberano. El cómo, consistirá en levantar y bajar la voz, contar anécdotas y pedir a Cusi que haga lo mismo, reír y hacer reír a Cusi y esconder como sea mi altanería. El quién, soy yo, y por lo tanto, hablaré de mis cualidades y resaltaré lo que hice y mis logros”.

Fue así que, inicialmente, hablaron sobre la familia, los valores morales que más preferían y practicaban y las habilidades que tenían. Luego siguieron con lo que el macedonio había planificado. Para persuadirlo a favor de la humildad por aprender, Alejandro Magno le hizo saber a Cusi que mucho de lo que logró se lo debía a su gran maestro Aristóteles, y que este le hizo leer *La Ilíada*, del gran cantor de poemas épicos de la antigua Grecia: Homero.

Mirando directamente a los ojos de Cusi, Alejandro Magno, expuso: “Cuando me encargaron ayudarte, me alegré muchísimo. Tenemos varias semejanzas. Dos de estas son la de buscar ganar en todo y la desilusión con nuestros padres. ¿Sabes? Mi ídolo fue Aquiles, el personaje central de La Ilíada. Quise ser exactamente como él. Para mí es soberbia carecer de modelos. Creo que nada tiene de humilde aquél que se considera fanático de sí mismo y rechaza la necesidad de tener modelos. A mí me han calificado de ‘petulante’, pero no creo que haya sido en un cien por ciento. Es cierto que mi padre no fue uno de mis ídolos, pero Aquiles y Ulises, sí. La verdad es que los éxitos consecutivos son tentaciones para caer en el pecado de la arrogancia. A veces superé esa tentación, pero en más ocasiones, no. Pero, qué fácil es para aquellos que están privados del sabor del éxito, insultar de soberbios a los que sí saben lo que es la gloria. Por eso admiro a las personas exitosas que se vanaglorian de humildes, después de haber vencido las tentaciones de la jactancia. Por eso te sugiero que digas que eres humilde, solo si después

de haber tenido el pretexto de ser soberbio, no caíste en ese antivalor". Cusi Yupanqui, asintió en señal de estar de acuerdo con todo lo que escuchó.

Alejandro Magno se sintió contento con lo realizado esa noche. "No daré lecciones esta noche. Suficiente. No quiero correrme el riesgo de echar a perder el ánimo que he visto en Cusi. Ah... pero tampoco estaré con muchos rodeos, pues estoy hablando con un líder", pensó Alejandro Magno. Luego se despidió, acordando verse la noche siguiente.

En la segunda noche, empezaron hablando sobre los amigos de infancia y lo que más recordaban de ella. Cuando Alejandro observó que Cusi estaba entretenido con la conversación, explicó: "Te explicaré más que mis éxitos, mis errores. Quiero que aprendas de mis errores. Y no creas que es fácil. Mucha gente dice 'de los errores se aprende' como si fuera una rutina, como si fuera algo sencillo. Y no es así. Es difícil porque requiere mucha neutralidad y firmeza para reconocer que el error es estrictamente interno. Y en esto no caben las excusas. Y no solo eso, se necesita tomar acciones que eviten totalmente su repetición". Cusi Yupanqui, sin despegar sus ojos de los ojos de Alejandro, escuchaba con atención y regocijo.

La actitud de Cusi, motivó a Alejandro Magno. "Cuando te expliqué lo que hice y mis equivocaciones, no me detendré hasta estar seguro que me has entendido. Tú recién entiendes cuando sabes cómo actuar sobre lo que te acaban de decir. Entonces, para conseguir que te entiendan tienes que explicar el por qué y el para qué. Esto lo aprendí de mi maestro, del sabio Aristóteles. Él, cuando me explicaba algo me tenía loco con el por qué y el para qué. Y valía la pena la paciencia, pues realmente llegaba a aprender lo que tenía que hacer después de sus explicaciones".

"Umm...", murmuró Cusi, señalándole indirectamente que todavía no le entendía, pues no sabía cómo actuar respecto lo que acababa de escuchar. Alejandro Magno captó esa duda y complementó: "por ejemplo, para entender aquello de 'ama a tu prójimo como a ti mismo', responde las preguntas ¿por qué se ha dicho eso? y ¿para qué se dijo eso? Las respuestas serán 'porque mucha gente está en desequilibrio porque no sabe cómo amarse a sí mismo y menos cómo amar a los demás, o cuando se ama a sí mismo tampoco vive bien porque ignora al resto' y 'para que la gente logre el equilibrio físico, emocional y espiritual trasladando su forma de amarse a sí mismo a los demás'. ¿Ahora sí ya sabes cómo actuar, estimado Cusi?". "... Más o menos, más o menos", titubeó Cusi.

Alejandro, tomándose la cabeza, pero sonriendo, siguió: "Una persona no te hará caso, y menos sabrá qué hacer, si solo le dices que no coma grasa. Tienes que decirle el por qué y el para qué. Explícale la razón y lo que se pretende conseguir evitando la grasa. Hazle saber que la grasa le desfigura el cuerpo y es la causa de muchas enfermedades, y que por lo tanto, no comerla le servirá para que se vea esbelta y saludable. El por qué es buscar la raíz de algo, y el para qué es el fruto. Después de estas explicaciones, te aseguro la gente sabrá qué hacer con tus instrucciones. ¿...Y ahora, te quedó claro? "Ahora sí, lo tengo clarísimo, estimado rey de reyes", atendió Cusi. "Dime entonces que harás", le solicitó Alejandro Magno. Al instante, Cusi, interpretó: "Primero buscaré qué me da felicidad y me dedicaré a realizar eso, y luego ayudaré a los demás a hacer y lograr lo mismo. ¿Sabe qué, estimado rey? Me conformaré con encontrar qué me da paz. Nada más". Alejandro Magno sonrió con esa respuesta. Se sintió feliz consigo mismo, y por la propiedad transitiva, esa felicidad la contagió a Cusi. Al final, los dos estaban sonrientes.

"Creo que hemos pasado una buena noche, Cusi", dijo Alejandro, dando a entender que ya era hora de despedirse. Se apretaron las manos y quedaron para verse la noche siguiente. "Mañana

hablaré de mis ídolos. Estoy seguro que le gustará a Cusi”, planeó el que fuera considerado como libertador de Egipto y nombrado faraón.

Se encontraron en el mismo lugar y se sentaron sobre la piedra que tenía forma de elefante. Repasaron las lecciones de la noche anterior y Alejandro las explicó con nuevos ejemplos. Durante la locución de Alejandro Magno, Cusi Yupanqui no le quitaba la mirada y reflejaba abiertamente que disfrutaba con cada frase de Alejandro Magno. Se ahorró la lectura de *La Ilíada* y *La Odisea*, ambos del aedo Homero. El segundo libro tenía como protagonista a Ulises u Odiseo, quien también participa en *La Ilíada* y fue un héroe legendario de la mitología griega. Alejandro Magno se sabía esas obras al pie de la letra y las narró con gran entusiasmo. Frecuentemente, levantaba la voz cuando le tocaba hablar de Aquiles y Ulises y por momentos exageraba para despertar el interés de Cusi Yupanqui.

Una parte de *La Odisea*, la expuso así: “Ulises, tanto cariño sentía por sus compañeros de viaje, que cuando fueron devorados por Polifemo, lloró desconsoladamente y gritó de furia, y para calmarse se vengó dejando ciego al culpable. En esta acción nada le importó que Polifemo fuera el hijo del dios Poseidón, y todas las consecuencias desastrosas que esto representaban para él. Jugó a su favor que los demás dioses lo defendieran porque creyeron que la venganza era la única manera de calmar su tamaña rabia”. También dijo: “El error fatal de Héctor, jefe de los troyanos, fue matar a Patroclo, amigo entrañable de Aquiles. Tiempo atrás, Agamenón, jefe de los griegos, había ofendido a Aquiles quitándole a Briseida, su esclava preferida. Aquiles se enfadó y resolvió no pelear a favor de los griegos. Su cólera con Agamenón fue insignificante respecto a la furia que sintió cuando le dieron la noticia de la muerte de su amigo. Pegó un tremendo grito al cielo que hizo despertar de su siesta al mismísimo dios Zeus, y decidió vengarse. Ni los dioses lo pudieron contener. Mató a todos los griegos que se le pusieron en su camino, hasta encontrarse con Héctor. Fue una lucha notablemente desigual. Héctor era una alpaca bebé, y Aquiles un puma fornido”.

La noche siguiente fue el escenario inicial de los temas de fondo. El diálogo empezó con anécdotas alegres. Después de un pequeño silencio, Alejandro empezó: “Te irá bien, si respetas al pie de la letra y sin titubear, tres leyes: La ley del uno a uno, la ley del equilibrio y la ley del sacrificio. Empezaré hablando sobre el primero (Villajuana, 2013: 159-163)”. Cusi moviendo la cabeza de arriba-abajo y con una pequeña sonrisa, le dio a entender que esperaba ansioso su exposición.

“El comportamiento de mi padre, Filipo II de Macedonia, me caía mal. De verdad, detesté su proceder”, comenzó Alejandro Magno. “Rechazaba sus pomposos discursos, no me gustaba su afición por la bebida y las prostitutas y todas esas cosas que significaban perder el tiempo”. ¿No se arrepiente de eso?, cuestionó Cusi. “No, la verdad que no. Es más, creo que ahora crecí mi rechazo a esas conductas. Aunque si se toma por el lado bueno, esa aberración me permitió ser yo mismo” (Greene y Elffers, 1999: 429). “Ummm...”, expresó Cusi, y el macedonio continuó: “Por eso es que fui audaz y temerario, cuidé mi lengua, fui de pocas palabras y jamás perdí mi tiempo persiguiendo placeres que no otorgan gloria. Sí, mi obsesión era la gloria y el camino que elegí para alcanzarla fue resolver los problemas uno por uno, la autenticidad, claro ... y otros caminitos más. Me dio envidia que mi padre haya conquistado Grecia, sin dejarme que conquistar (Greene y Elffers, 1999: 430). Conversando conmigo mismo me decía a cada momento: si este irresponsable que hacía muchas cosas a la vez y era un desordenado logró eso, entonces, ¿cuánto podría lograr yo?”.

Cusi, sonriendo le dijo: “Mientras otros hijos de ricos se preocupan de que su padre le deje riquezas para disfrutarlas, tú te quejas de que no te dejen qué hacer. Eso te hace singular”. Alejandro Magno apuntó su dedo índice hacia Cusi y levantó la voz: “¡No es para reírse! Por

culpa de ese tipo de hijos es que se joden los países, se vienen abajo los imperios. No se trata de ser uno más, se trata de sacrificar algo a cambio de la gloria”.

El macedonio hizo una pausa y prosiguió: “Con intención de vendérselo, trajeron ante mi padre un caballo recontra chúcaro, llamado Bucéfalo. Todos los pajes se acobardaron ante la bravura de la bestia y no atinaron siquiera a acercársele. ¿Qué hizo el rey? Resonó al vendedor por haberle traído un animal tan salvaje y tan inútil... Intervine y dije en tono burlón que perderían la oportunidad de adquirir una bestia tan noble. Les manifesté a todos que lo dejarían ir por culpa de su falta de capacidad y de coraje para montarlo. Mi padre se enojó y me retó a montarlo. Lo hizo con la intención de que me cayera y, según él, para que de ese modo aprendiera la lección. Finalmente, no solo logré montar y sostenerme sobre Bucéfalo, sino que lo hice galopar... Así, en el modo de combatir también fui totalmente diferente a mi progenitor. Y la verdad es que tuve éxito. Él procedía con cautela, timorato diría yo. Era muy sutil para combatir; en cambio, yo era frontal, pero ordenado. Yo era más decidido. Mi padre no logró conquistar Persia, yo sí lo hice. Tampoco fui conformista como él. Todos pensaron que mi gloria ya la había ganado derrotando a los persas, pero no fue así. Mi mira estuvo luego en la India” (Greene y Elffers, 1999: 430-432).

Cusi no apartaba la mirada del macedonio, y ahora su minúscula sonrisa demostraba que estaba disfrutando con la pequeña arrogancia del gran emperador. Alejandro, se percató de eso, se hizo de la vista gorda y sostuvo: “La pura verdad es que siempre me gustó que me alaben, me encantaba. Pero, por encima de eso reconocía la inteligencia. Una vez Diógenes no me fue a felicitar y yo decidí buscarlo. Cuando lo encontré, le pregunté si necesitaba algo y le aseguré que yo podía darle lo que deseara, incluso aquello que los más ricos no se atreverían ni a soñar, y me respondió: “Necesito poco, solamente que te apartes, pues estás tapando el sol y su calor es lo que más deseo ahora. Además, solo tú puedes darme esa satisfacción”. Después, recordando sus palabras, comenté a mis acompañantes: ‘Si no hubiera sido Alejandro, de buena gana me hubiera gustado ser Diógenes’” (Cordente, 2006: 65-66).

¿Sabes? Siempre detesté el subsidio -continuó El Magno-. Cada batalla tenía que autofinanciarse. Si no era así, no lo calificaba como exitosa. Además de planear cuántos hoplitas, jinetes y demás soldados debía llevar a la batalla, calculaba los recursos que iba a necesitar y, principalmente, el modo de financiarlos. Por eso buscaba victorias rápidas, pues tenía que vivir del terreno y de los botines (Cordente, 2006: 63-64). Antes de cada batalla, o si tenía tiempo, durante el desarrollo de esta, hacía ritos religiosos y sacrificios en honor a mis dioses y a mis ídolos, particularmente a Zeus y Atenea y a Aquiles, Príamo, entre otros”. De repente cambió de tema, para decir a Cusi: “A diferencia de mis rivales, me gustaba estar al frente de mi tropa. Yo no era, por ejemplo, como el rey Darío III, quien no estuvo en el campo de batalla cuando enfrenté a los persas. Mi táctica consistía en la tierra quemada. Algo así como hacía Atila. Destruía pastos y cosechas aún por recoger para dejar sin víveres a mis enemigos” (Cordente, 2006: 67-68).

Cusi aprovechó que descansó un poco y comentó: “Es decir, usted no solo me puede enseñar la necesidad de ser inclemente, sino también ...”. “No, no -interrumpió Alejandro-, lo que quiero enseñarte es que cada batalla tiene su propia historia, y por tanto, lo ideal es que las ganes todas. Lo concreto es que cada batalla tienes que prepararla de manera particular... Para pasar de un grado a otro, los estudiantes tienen que aprobar todas las materias, no unas sí y otras no. Continuando con este ejemplo, lo ideal es que mañana más tarde cuando tengas un hijo, querrás que él sea el número uno en todas las materias, pero lo real es que apruebe una cada vez. Para lograr esto, debe prepararse de manera específica en una materia... Cuando enfrentes a tus competidores, con mayor razón debes considerar este criterio. Cada competidor es diferente al otro y tienes que combatirlos uno a uno.

A Cusi, lo tratado por el vencedor de los persas, le pareció fascinante, por eso quiso disipar una duda al respecto: ¿En la vida personal es aplicable? Alejandro le contestó: “Te estoy hablando de una ley y no de un capricho. Entonces está sujeto al principio de universalidad. Ten en cuenta que una ley es una instrucción o mandato que se tiene que cumplir, independientemente del tiempo y del espacio, y que un principio es un sustento o fundamento esencial para llegar a algo. Entonces, aplícalo en todo lugar y en todo momento. No hay excepciones para su puesta en marcha. Lo que te deseo decir es que tienes que enfocarte en un competidor a la vez... De manera general, tienes que elegir al competidor que en determinado momento te está disputando una ubicación... En otras palabras, los problemas son distintos y merecen soluciones diferentes. Ten presente siempre: ‘a competidores diferentes, maniobras diferentes’ y ‘a metas diferentes, estrategias diferentes’”.

¿En qué piensas? -preguntó a Cusi, el amo de Bucéfalo. “¡En lo maravilloso que será aplicarlo en mi vida!”, respondió Cusi.

Pese a que Alejandro quiso pasar por alto la sonrisita de Cusi que indicaba que él estaba siendo jactancioso, no se contuvo y preguntó: “Dime la verdad, ¿de qué sonreías cuando yo hablaba de lo que me gustaba e hice? Cusi, sin temor, le aclaró: “La verdad, la verdad, disfrutaba de tu poca humildad, pero no me caía mal”. “¿Mi poca humildad no te supo feo?”, le interrumpió, el macedonio. Al instante, Cusi le esclareció: “Claro, confío plenamente en lo que me cuentas, estimado emperador. Si bien escaseaba la humildad, había abundante verdad. Yo soy nadie para juzgar si la humildad es más importante que la sinceridad. Tengo que respetar que probablemente para usted, la verdad tiene mayor jerarquía que la humildad. ¿Cuál de esos valores es el más importante? (Villajuana, 2013: 230-242). La respuesta se la traslado a mi amado Wiracocha”. Alejandro, nuevamente fue sincero, pues aplaudió a Cusi. “Gracias, muchas gracias”, le correspondió Cusi.

El hijo de Filipo II, ya no necesitó preguntar a Cusi si había comprendido la ley del uno a uno. Con verle la cara llena de gozo, le bastó. Pero recordó algo importante y terminó la enseñanza de esa noche diciendo: “Ah... me olvidaba. La ley del uno a uno no significa elegir entre varios problemas, rivales u oportunidades uno de ellos y luego olvidarte del resto. De ninguna manera. Consiste en que si enfrentas varios problemas tienes que dedicarte a solo uno de ellos, y cuando lo hayas solucionado estás en la obligación de elegir uno de los que te quedan, enfrentarlo y así sucesivamente hasta acabar con todos”.

Hasta mañana Cusi, se despidió Alejandro, extendiéndole la mano. Cusi, apretándole las manos le deseó lo mejor.

“Ahora debo hablarle de la ley del equilibrio”, dijo para sí, el macedonio: “En tu actuar, enfrentarás el mal del desequilibrio. Si comes mucha grasa te hará mal y si haces lo contrario, también. Entonces, tendrás que buscar la cantidad límite que debes comer. Esta es la ley del equilibrio (Villajuana, 2013: 128-132). Para alcanzarlo, la clave está en encontrar el límite de dos acciones o actitudes clave para el logro de tu objetivo, pero que se contraponen. Por eso, tu tarea será encontrar el límite de ambas”. Cusi, lo interrumpe: “¿qué es eso de la ley del equilibrio, señor Alejandro?”. Confiado en la fuerza de su consejo, Alejandro dispuso esa duda: “Por ejemplo, tu mente positiva y tu humildad son importantes para ganar una batalla, pero se contraponen, pues a mayor mente positiva, aumenta el riesgo de perder humildad. Entonces, ¿cuál es el límite entre tu mente positiva y tu humildad? Tus limitaciones o debilidades. Tu mente positiva no puede desconocer en qué eres débil y tu humildad, tampoco. De ignorarla, el ejercicio de tu mente positiva podría conducirte a la sobrevaloración, y eso ya no será humildad”.

Aprovechando que Alejandro hizo una pausa, Cusi, preguntó: “¿Me podría precisar a qué se refiere cuando habla de límite? Al parecer, el macedonio intuía lo que Cusi le iba a preguntar, pues no se demoró en responder: “El límite viene a ser el punto de equilibrio, y por cuanto los seres humanos son únicos, este no es el mismo para todas las personas. Por ejemplo, algunos son más paciosos que otros, o el grado de empatía no es el mismo de una persona a otra. Por encima o por debajo del punto de equilibrio, una acción o actitud será perjudicial. Si estás en el punto de equilibrio, estarás estable en todo sentido. Pero, como el dinamismo y la complejidad de la vida generará desequilibrios continuos, tendrás que encontrar también los límites de manera permanente y actuar para estar allí. Entonces, esta ley te obliga a buscar el equilibrio todo el tiempo.

Con el objetivo de que Alejandro evalúe su comprensión, Cusi enunció: “Entonces, para aplicar la ley del equilibrio, debo encontrar el par de acciones o actitudes que son útiles para mi meta, pero cuya intensidad de una influye en sentido contrario de la otra; y luego, identificar el límite para lograr que ambas apunten en la misma dirección”. “¿Por ejemplo?”, intervino Alejandro. Muy presto y mirando a los ojos de Alejandro, Cusi ilustró: “Demasiada conciencia de mí mismo puede reducir mi autoestima (HBR Press, 2018: 5). Saber mucho de mis puntos débiles podría reducir el aprecio a mí mismo y eso desanimarme e influir negativamente en el resultado de las batallas. De allí que el límite es tomar conciencia de solo las fortalezas que puedo explotar y las debilidades que puedo superar. Las fortalezas que no puedo detonar y las debilidades que no puedo vencer, no deben interesarme”. “Ja ja ja ja, eres genial, Cusi, eres genial”, sentenció Alejandro Magno y continuó: “Suficiente por hoy. Ha sido una jornada altamente productiva. Hasta mañana Cusi”. “Hasta mañana señor”, se despidió Cusi.

Al día siguiente, Alejandro empezó contando anécdotas con su caballo Bucéfalo. Cusi habló sobre su relación con sus hermanos y sobre con quién se llevaba mejor. Luego la conversación se volvió seria, pero amena. Tomó la iniciativa Alejandro: “Lamentablemente, el éxito no es masivo. Y una de las causas de esto es que algunos no saben que detrás existe mucha renuncia; y otros, conociéndolo, no están dispuestos a privarse de algo. Lo que te quiero decir es que para lograr algo tienes que perder algo, y si ese algo es grande, tienes que perder algo grande. ¿Deseas ser inca de incas?, entonces tienes que estar dispuesto a sacrificar algo grande. A eso le llamo la ley del sacrificio o el principio de excepción” (Villajuana, 2013: 187).

El macedonio siguió explicando: “Y esta ley, como las otras, se aplican en todos los campos de tu vida. Si deseas mantener tu cuerpo atlético, te costará mucho entrenamiento y privarte de comidas sabrosas, pero que engordan. Como inca tienes que elegir entre qué hacer y qué no. Todo no lo puedes hacer. Se es sabio escogiendo qué sí y qué no poner en marcha. Como líder, tu inteligencia tienes que demostrarla decidiendo qué enemigo no enfrentarás, a qué pueblo no dominarás. Cuando edifiques una obra piensa si así te recordarán mil generaciones y reflexiona si esa creación servirá para que vivan mejor tus herederos, pero también medita sobre qué sacrificarás. En esto yo cometí un craso error. Ambicioné mucho, pero no quise sacrificar mi altivez”.

El magno, al observar el interés de Cusi, remarcó: “No te muevas por deseos de venganza, sino por el de grandeza. Mis conquistas las inicié alentado por mi apetito de dar un escarmiento de padre y señor mío a los persas. Recorrí más de setenta millones de codos y nunca perdí una batalla en Asia menor, Persia, Mar Mediterráneo, Egipto, Asia Central y la India. No me puedo quejar, pasé a la eternidad por eso. Pero, ¿qué están cosechando de esas obras, los hijos de mis hijos? Al final, entre venganza y ganas construí un imperio por vanidad”.

Alejandro III de Macedonio, añadió: “Mi maestro Aristóteles, junto a su profesor Platón, para ser considerados como los padres de la filosofía occidental, dormían menos horas de las que dedicaban a investigar. Estoy seguro que llegarás a ser líder de un gran imperio y también tengo la certeza de que sacrificarás horas de sueño y grandes placeres para alcanzarlo”. Después de una pequeña pausa, Cusi le agradeció con gran cariño al macedonio.

El hijo de Filipo, también le aconsejó: “Cuando tomes una decisión, estimado Cusi, tienes que entender que nuestros dioses han complicado el éxito. Aparte de que generalmente, lo rico no es saludable y lo saludable no es sabroso, para que logres algo bueno, todo lo que hagas deben estar bien hechas y todas las cosas que uses deben ser buenas; en cambio, para lo malo, basta un solo error. Para cosechar un buen choclo, necesitas buena semilla, buena tierra y buen sembrío; pero para un choclo malo, solo basta que te descuides en el riego. Lo mismo tienes que tomar en cuenta durante la preparación y ejecución de cada batalla”.

Se encontraron un día más. Sus rostros denotaban tristeza. Alejandro estaba más afligido y lo expresó con sinceridad: “Mi tiempo pasó. No puedo retroceder el tiempo para corregir mis errores. Tú sí puedes Cusi. Tienes la oportunidad de construir una historia con fallas que no sean tu culpa. Que los dioses te bendigan, estimado gran soberano. Adiós”. Cusi, contuvo el llanto y abrazando al gran fundador de Alejandría, también le dio sus bendiciones, pero con la esperanza de volverlo a ver, se despidió con un “hasta pronto, gran rey”.

Después de recibir las instrucciones de Alejandro Magno, Cusi tenía plena confianza en sí mismo y empezó a buscar su oportunidad. “De mi padre nada espero. Actuaré como si no existiera”, se decía a modo de aliento.

La coronación de Pachacútec: el gran transformador

En la creación de su oportunidad, Cusi Yupanqui, discurría: “Nuestros pueblos enemigos son movidos por la codicia. Sus conquistas no buscan el progreso de su gente. No les importa si deben asesinar a todo un pueblo para aplacar sus ambiciones. En cambio, yo quiero un pueblo con alta tecnología, altamente productivo, que no tenga costos inútiles, fuertemente organizado, que hable un mismo idioma y que esté unido por sus tres preceptos morales: ama sua (no seas ladrón), ama quella (no seas ocioso) y ama llulla (no seas mentiroso)”. Enriquecía su idea pensando: “Los Canas y los Canchis se amistan y enemistan por conveniencia, los Hatuncollas y los Chucuitos pelean motivados por sus ambiciones mezquinas. Y así son casi todos los curacazgos. Pelean por riqueza material efímera. Allí está mi oportunidad. Buscaré la grandeza duradera en todos los campos, de tal modo que la gente viva cada vez mejor. Esto me obligará a tener un ejército grande dirigido por grandes militares e integrado por grandes guerreros y a disponer de grandes gobernantes. Esta es mi oportunidad”.

Un problema fue visto como una oportunidad por Cusi. Para su suerte, esta calzaba con sus talentos. “De nada sirven las oportunidades si no se cuenta con los talentos necesarios. Por esa razón los gobernantes deben desarrollar capacidades más que crear oportunidades”, se repetía desde joven. Los chancas, valerosos enemigos acérrimos de los incas, invadieron el reino del Cusco haciendo huir al inca Huiracocha junto con su hijo engreído Urco, con quien cogobernaba. Urco, en lugar de ponerse a la cabeza de la resistencia, se burlaba de la intranquilidad popular y solo pensaba cómo escapar. Un comportamiento similar tuvo su padre, el inca Huiracocha.

La desmotivación de la gente de la ciudad se tradujo en desorden. En esas circunstancias emergió el coraje y las habilidades del príncipe Cusi Yupanqui. Lo primero que hizo fue levantar la voz para calificar de cobardes a su padre y hermano y exigirles que no huyan. Les pidió que en

lugar de retroceder y buscar refugio, enfrentaran al enemigo. No le hicieron caso. Uno de los argumentos de su padre fue: "Tu juventud te hace irresponsable". La respuesta de Pachacútec no se hizo esperar: "Tú lo has dicho en parte, soy joven, no niño. Los rasgos más importantes de un niño son la irresponsabilidad, la inocencia y el capricho; de un joven, no. Puedes huir como un cobarde, yo no. No he nacido para someterme a nadie. Me quedaré en Cusco para defenderla y venceré". El comportamiento pusilánime de su padre no contagió a Pachacútec. Sucedió lo contrario: creció su bravura. Esta intrepidez le sirvió para lograr que los generales veteranos de su padre no vean en él su juventud como una desventaja. Para repeler el ataque de los chancas, Cusi Yupanqui se quedó con Roca y los dos generales del ejército de Huiracocha: Apo Maita y Vicaquirao.

Pachacútec estaba en desventaja numérica frente a los chancas. No había conseguido el apoyo de los curacas y sus guerreros de los lugares aledaños a Cusco. Vino a su mente la ley del equilibrio. "¿Cuál es la desventaja de la ventaja en cantidad de soldados? Ummm... ¡el riesgo del descontrol!... ¿Cuál es el límite aquí? ummm... ¡La cantidad máxima de soldados que un jefe podría dirigir bien!", razonó. "Nuestra debilidad cuantitativa, deberá ser equilibrada con una fortaleza cualitativa. Y esa fortaleza será nuestra mayor inteligencia y la disposición de jefes capaces de dirigir bien a una cantidad máxima de soldados", se alentó. "Si ellos son más en número, nosotros seremos más en calidad", agregó. Entonces, optó por evitar el combate en campo abierto donde la debilidad numérica se notaría. Tampoco salió a buscar al enemigo. Optó por esperar. "Durante mi espera colocaré hoyos en el trayecto de los chancas, para que se caigan", planeó. No se confió con lo que tenía en mente y por eso ayunó y oró a sus dioses.

Así fue. A la par que los chancas, exhibiendo las momias de sus reyes antepasados, dando gritos para atemorizar y pintados de negro y de ocre, avanzaban hacia la ciudad imperial arrasando todo en su camino, Cusi Yupanqui organizó su defensa y el contra ataque. En estos momentos se plegó a su lucha el señorío vecino de los canas. Casi en ese mismo instante, los chancas enviaron como embajador ante Huiracocha a Huaman Huaraca solicitándole su rendición. El cobarde inca, salió de su escondite, aceptó y entregó Cusco. Luego los chancas tomaron la ciudad imperial.

"Ganaré esta batalla si cada uno de mis soldados está dispuesto a todo y no le teme a la muerte. Y yo tengo que dar el ejemplo", se motivó Cusi Yupanqui. Una vez que se llenó de valor y estar convencido del éxito, se cubrió la cabeza con una piel de puma y arengó a sus soldados: "El Inti me acaba de decir que estará de nuestro lado. Estoy dispuesto a dar mi vida por la grandeza de nuestro pueblo. Soldados, con esta batalla iniciamos la construcción del pueblo más grande del mundo. ¿Quiénes están dispuestos a todo como yo?". "Todos", gritaron en coro todos sus soldados.

Fue entonces que de pronto, apareció Cusi Yupanqui gritando "Cusco es de los incas y de nadie más". Estaba acompañado de pocos soldados, pero altamente provocados por su entereza. Esta cualidad y el ataque veloz e inesperado por parte de su ejército, repelió e hizo huir a las huestes chancas. El ejército chanca estaba comandado por Asto Huaraca y Tomay Huaraca. Pero, solo fue una retirada temporal hacia el pueblo de Ichubamba.

La astucia, como rasgo habitual de Pachacútec se mostró desde esta batalla. Con la ayuda de su tío cercano, el viejo sumo sacerdote Topa Huanchire, en quien confiaba absolutamente, disminuyó la moral de los chancas haciéndoles creer que tenía a su favor una multitud de soldados, cuando en realidad se trataba de hileras de piedras que encima tenían flechas y porras. Cuentan que a su favor combatían pumas y cóndores gigantes enviados por el dios Sol. Esas historias eran narradas exageradamente por Pachacútec.

Los chancas regresaron tremendamente encolerizados. Cusi Yupanqui, advirtió otra oportunidad allí, diciéndose a sí mismo “el cerebro de los chancas está concentrado en aplacar su ira, no en ganar la batalla”. La realidad le dio la razón. Recordó y aplicó la ley del sacrificio. “Si algo quiero lograr, algo tengo que perder; y si algo grande quiero lograr, algo grande tengo que perder”. Lo aplicó enfocándose en la captura del ídolo más importante que inspiraba a los chancas. No delegó esta misión. Puso en riesgo su vida y se dirigió al anda donde los chancas cargaban a su ídolo Uscovilca. Derribó a todos los que se interpusieron en su camino y se apoderó del ídolo. De un hachazo decapitó a uno de los capitanes más temidos del ejército chanca: Astoy Huaraca. Esto desmoralizó a los chancas, quienes huyeron, y selló la victoria inca. Una vez terminada la batalla, Cusi llevó a la práctica nuevamente la ley del sacrificio, perdonando a los caciques chancas rendidos a cambio de ganar su adhesión. Sin embargo, castigó severamente a los pueblos que apoyaron a los invasores.

Cusi Yupanqui no se confió con este triunfo. Imaginó futuros levantamientos de los chancas. Resolvió adelantarse y optó por atacar el corazón de los chancas, su capital Huaman Karpa, que significa “casa de halcón” y que se situaba a orilla de la laguna Anori, a 35 kilómetros de Andahuaylas. Dividió su ejército en cuatro regimientos, uno bajo su mando y los otros tres, dirigidos por Apo Maita, Vicaquirao y Quiliscachi, y allí los reprimió brutalmente. Finalmente, tomó como prestados los ídolos, las armas, las ropas, las provisiones, el ganado, las vajilla y las joyas de su rival.

A su regreso, Cusi Yupanqui pidió a su padre que solemnizara los festejos de tal victoria. Sin embargo, en el colmo del cinismo, el inca Huiracocha insistió para que su hijo, el cobarde Urco, fuera el que recibiera los honores de la victoria. Cusi, contuvo su rabia, no reaccionó violentamente y se negó rotundamente a aceptar tamaña sinvergüencería. El pueblo lo apoyó totalmente e hizo ceder a Huiracocha y al oportunista Urco. Los gestos de Cusi reflejaban furia por todos lados. Así, siendo relativamente joven venció a los chancas de manera contundente y esto le valió para ganar la simpatía y la lealtad del pueblo inca, de su hermano mayor, el valiente Roca y de algunos nobles.

Cusi Yupanqui fue benévolo con su padre. Permitió que estuviera desterrado y atendido en el pueblo de Calca. No actuó de igual manera con su hermano. Huiracocha y su hijo engreído Urco, recelosos de la simpatía popular de Cusi Yupanqui, no les importó que se tratara de su familia de sangre y planearon liquidarlo. En su trama se olvidaron de considerar que habían sembrado traición y repudio de la gente. Cusi Yupanqui con la ayuda de un pueblo que le era leal supo de tales intenciones y los derrotó. Urco, en su huida, se resbala y cae al río Tambo y allí es ejecutado por Roca, su hermano mayor y general leal de Pachacútec.

Las decisiones tomadas por Cusi Yupanqui fueron aprobadas con alegría por el pueblo cusqueño. Ni bien los chancas aceptaron su total derrota, los curacas aliados le quisieron poner la mascaipacha para reconocerlo como el nuevo inca. Pachacútec se negó. Quería ser ungido por su padre Huiracocha, quien estaba retirado y cobijado en el pueblo de Calca. Los curacas acataron esta decisión y visitaron al inca para transmitirle el deseo de Cusi Yupanqui. Huiracocha no aceptó, argumentando que su salud no era buena, pero se despojó de la mascaipacha y se la entregó a Tikka, quien era el curaca de mayor edad, para que la colocara a su hijo. En el mismo momento en el que se realizaba la visita a Huiracocha, en el templo del Sol se estaba organizando todo para la coronación. De esta manera, Cusi Yupanqui, con 28 años de edad, fue proclamado inca. Se erigió en el noveno soberano. Inmediatamente, pensando en lo que haría durante su reinado, anunció el cambio de su nombre por el de Pachacútec: el que transforma el mundo, el gran transformador.

La muerte de Urco no fue suficiente para el gran transformador. Este decretó que su nombre fuera borrado de los cantares y de los quipus.

Cusco: de comarca a capital del imperio incaico

Como la gente es amiga del éxito, en los días siguientes empezó a crecer la cantidad de curacas que deseaban ser aliados del nuevo inca. Para equilibrar la alegría que le provocó este hecho, Pachacútec planificó con Kkallo, el tucuyricuy de su mayor confianza, el espionaje de los curacas que le despertaban las mayores dudas. Luego, Pachacútec se desposó con Mama Anahuarque, hija del señor de Chocó y tomó como esposas secundarias a dos mujeres más. Todas sus esposas pertenecían a la realeza inca.

La expansión había empezado derrotando a los enemigos más cercanos: los chancas. “No podemos estar inseguros internamente. Esta es una regla de oro de la estrategia de cualquier tipo de expansión. No se puede estar quieto sobre tierras movedizas”, creía Pachacútec. Al respecto, María Rostworowski, comenta: “Hasta la llegada de los chancas a Carmenca, a las puertas del Cusco, la confederación Incaica no era más extensa ni más poderosa que las diversas naciones que la rodeaban. Cada valle, cada cerro tenía su curaca o su sinchi elegido para la defensa. Interminables guerras y rencillas mantenían todos los pequeños señoríos en un estado permanente de luchas contra sus vecinos” (2011: 74). Agrega: “Con cada inca se vuelven a iniciar las mismas luchas, la tierra ganada una vez, era luego perdida para ser recuperada tiempo después (Ib: 75).

El soberbio y déspota Tocay Cápac, jefe de los ayarmacas no acudió a la colocación de la borla de Pachacútec. No lo quiso reconocer como soberano y preparó su ejército para la rebelión. Un espía avisó de esta situación al inca y este, en lugar de esperar, salió en búsqueda de los insurgentes. Los aniquiló en Huanancancha, tomó prisionero al sinchi Tocay Cápac y fue sentenciado a cadena perpetua. El ejército inca barrió con toda posibilidad de que esta tribu vuelva a sublevarse.

Tiempo después, el nuevo inca sufrió un nuevo levantamiento que procedía de pueblos cercanos a la capital del imperio que había empezado a crear. Venció a tres sinchis que eran jefes de tres pueblos y que se habían unido para aumentar sus fuerzas. Igualmente, el inca ordenó la cadena perpetua de los tres rebeldes. Posteriormente, en la batalla de Huancara doblegó a los curacas Ascacaguana y Urcocona y al sinchi Alcapariguana.

Pachacútec se dio cuenta que los problemas que se le presentaron, tenían algo en común: sus enemigos entablaban alianzas, y eso era señal de temor al ejército inca. En respuesta, ordenó a sus generales a bajar la soberbia para disminuir así las ganas de mayores alianzas de sus enemigos. “No puedo confiarme, tampoco dar alguna ventaja”, tramaba el inca.

En una primera etapa, caracterizada por la expansión cercana a la capital del imperio, el inca dirigió personalmente el ejército. Pero luego atendió la necesidad de construir una nueva organización militar y administrativa. Él no podía estar al mando de lo administrativo y lo militar. Este problema lo condujo a profesionalizar el ejército designando oficiales a tiempo completo y a un jefe de todo el ejército que lo reemplace en su ausencia, y a compartir su tiempo dirigiendo los combates en el mismo campo de batalla y liderando la organización del imperio desde la capital. La gran fortaleza del inca fue que contaba con cuatro generales valerosos que eran de su total confianza: sus hermanos Roca y Cápac Yupanqui y Apo Maita y Vicaquirao.

Para el reclutamiento de los mejores oficiales y soldados, y así profesionalizar el ejército, el inca utilizó como fuente las ceremonias del Wuarachukuy. Allí, con la ayuda de sus orejones de confianza observaba las competencias y seleccionaba a los candidatos para renovar al Apusquipay y mejorar la capacidad de Apuski Randin, Hatun Apu y Apus. Le servía también para aumentar la cantidad de militares dedicados a tiempo completo en los rangos de Unanchayanac (alférez), Chunga Kamayuk (sub-teniente), Piccka Chunka Kamayuk (teniente), Pachac Kamayuk (centurión), Guaranga Kamayuk (jefe de batallón de mil soldados) y Apu Randin (teniente capitán).

Una vez que mejoró la capacidad militar, financiera y de liderazgo del ejército, Pachacútec inició la expansión. Vencieron a los collas, lupacas, chinchas y chimús e invadieron el territorio de los huancas. Pese a que todos esos pueblos eran aguerridos, no tenían la ambición del pueblo inca dirigido por Pachacútec. Los incas adoptaron una actitud activa, en cambio los pueblos que fueron dominados se estancaron en su posición defensiva. El pueblo inca fue creciendo en extensión y en riqueza. Pachacútec unió a un territorio cada vez más grande, mediante una red de carreteras, y conforme se imponía a los pueblos, accedía a sus recursos y bienes de valor. En cada nuevo pueblo conquistado imponía un jefe militar-administrativo que era de su entera confianza. No obstante que la dirección de los nuevos reinos conquistados podría garantizar una sola línea de dirección y de mando respecto al inca y su capital, el estamento popular de los sometidos aceptaba a regañadientes el liderazgo de extraños. Esto se acentuó con la decisión de Pachacútec de darles libertad en lo concerniente al uso de sus lenguas y costumbres.

La oración fue una característica permanente de Pachacútec. Siempre se encomendaba al dios Wiracocha, a Inti y a otros dioses. Al dios Vichama o Atipa, le dedicaba oraciones especiales, pues se trataba del dios de la guerra y la venganza. Se tenía la creencia que Vichama era uno de los hijos del dios de dioses Wiracocha, el creador del cielo y de la tierra. A diferencia de los incas que le precedieron, Pachacútec fue un formidable organizador. Todos los soldados, desde los rangos más alto hasta el raso, sabían lo que tenían que hacer sin cruzarse uno a otro. Las mujeres, no fueron la excepción. Estaban organizadas jerárquicamente y por grupos según las labores que iban a desempeñar durante las batallas. Un grupo se dedicaba a la cocina y lavandería, otro a la provisión de armas y municiones y un tercero al entierro de los muertos. Los sacerdotes cumplían la función de reforzar el ánimo de los soldados mediante sus plegarias y sacrificios a favor de los dioses.

Quillqa: nace una guerrera exitosa

Rumi era un hombre de 40 años que a los 35 se quedó viudo. Amaba a su esposa y ante su tumba le prometió no volver a comprometerse. No le costó mucho esfuerzo honrar su palabra. Para aliviar su pena se dedicó a instruir a Asiri, su última hija de un total de ocho, en todo lo que él dominaba. Fue un hatun runa (campesino) agricultor del campo y en el ayllu al cual pertenecía era muy conocido por su rudeza y a veces terquedad. Era un hombre culto, gracias a que fue observador, inquieto y conversador con personas mayores que él, y todos sus hijos copiaron esa virtud. Desde niño le gustaban los retos. Solía escalar las montañas más altas para desde allí gozar viendo volar al cóndor. No se amilanaba. Siempre estaba acompañado de su amiguito Quipush, quien siendo un maestro con la quena, prefería las melodías tristes, pero inspiradoras.

Quería que su hija Asiri perteneciera al equipo selecto de danza del inca. No lo logró porque no la admitieron en dicho grupo por pertenecer a la clase social más pobre del incanato. Ella era una mujer bella e inteligente. Se enamoró. Su amor era clandestino. Salió embarazada a los 13 años de Llariku, el hijo de un hatun runa pacifista, pero muy recto. Él tenía 14 años. Asiri, por temor a su padre, hizo todo lo posible para abortar. Tomó todo tipo de brebajes. Se fajaba para

que su padre no note su estado. No pudo hacerlo. Cuando tenía seis meses de embarazo era imposible disimularlo. Confesó a sus padres. Ellos la perdonaron. Alumbró a una preciosa niña que pusieron de nombre Quillqa. Cuentan que Llariku la bautizó con ese nombre porque se le apareció el dios Sol y este le dijo que la hija que tendría sería una elegida de los dioses.

Llariku, el padre de Quillqa, era de contextura delgada, pero atlética. Su padre, consciente de que tenía un carácter manso, le puso ese nombre porque añoraba que su hijo no fuera como él, y que más bien sea indómito, es decir, alguien que no se humillara ante nadie. El padre de Llariku era un hombre que rehuía a los problemas y solo desempeñaba roles activos en casos de que fuera convocado por los oficiales del ejército inca en momentos de conflictos. Felizmente, esta manera de ser no fue contagiada a Llariku. Con Asiri ocurrió algo distinto que su esposo. Ella siempre fue incentivada a prepararse para la lucha, él lo hizo por propia iniciativa.

Lo paradójico fue que sin ser motivado por su padre, Llariku llegó a ser un adicto al entrenamiento en la pelea cuerpo a cuerpo y en el manejo de armas. Tomó la decisión de crear el Tinkuy K'uchi (combate ágil). "Solo siendo superiormente ágil y resistente, y hábil dando golpes inesperados, ganaré a los más fuertes", se aconsejó. Practicaba unas cinco horas diarias con sus amigos Manases y Kuntur. Armaron arcos de palos para saltar, hacían flexiones colgándose de las ramas más fuertes de los árboles y destinaban una gran parte del tiempo a realizar todo tipo de ejercicio de abdominales. En los primeros seis meses se dedicaron a saltar hacia arriba desde la posición de cuclillas; luego hacían lo mismo, pero adicionando cuatro golpes seguidos en el momento que su cuerpo estaba en la parte más alta. Empezaban corriendo una hora en las lomas de los arenales de los cerros y terminaban el entrenamiento haciendo lo mismo. También corrían una hora diaria en tierra plana. Cuando el entrenamiento se les volvió un hábito, una práctica que llamaba la atención eran los fuertes golpes que se daban uno a otro en las abdominales. "Tenemos que ser ágiles, pero sorprendivos y resistentes", se alentaban.

El ataque del combate Tinkuy K'uchi se basaba en dar golpes rápidos inesperados desde cualquier posición. Podía ser desde el suelo, ya sea estando en cuclillas o parado y empleando los puños o los pies. El modo más frecuente de pelear de Llariku era el de proyectar golpes seguidos poniéndose de cuclillas y saltando hasta la altura del rostro del oponente. También entrenaba sus nudillos dando golpes a troncos y muros para encallecerlos y luego lanzarlos contra zonas duras del cuerpo de sus rivales. Un día se enfrentó a un hombre más alto que él que se protegía el rostro y la parte alta de su cuerpo con sus antebrazos, y allí es donde le propinó los golpes hasta hacerle bajar la guardia. La otra maniobra destacable de este tipo de pelea era el de atacar y defenderse, pero siempre evitando ser sujetados por el rival.

Una vez casado con Asiri, no conforme con entrenar con Manases, la persuadía para que lo acompañe una hora más. Asiri, quien heredaba la sangre de guerrero de su padre y había sido entrenada por él, la acompañaba con total agrado. Rumi enseñó a Asiri a pelear cuerpo a cuerpo y el manejo de la lanza, del arco y la flecha, la huaraca y el wino. Entrenaban cuando iban a pastar sus huanacos, alpacas y vicuñas.

Los padres de Quillqa fueron amorosos con ella. Su madre había heredado los rasgos y comportamientos de su padre. Creía que la mujer debería dedicarse a los quehaceres domésticos y más frágiles, y los hombres a los más fuertes. También creía que los hombres deberían servir como guerreros del inca, mientras que las mujeres a lo más para proveer alimentos y recoger a los muertos durante las batallas.

Asiri se llevaba muy bien con Llariku. Conversaban de todo. Discutían y al poco rato se amistaban. Un día, Llariku le pregunta: "Mujer, ¿por qué los hijos del vecino de tu padre siempre hicieron sus cosas cada uno por su lado, se peleaban todo el tiempo y hoy ni se acuerdan de su

padre; mientras que mis siete cuñados y tú siempre se llevaron bien y hasta hoy viven en armonía? Asiri le responde: “Será porque cuando los hijos están juntos no hay lugar para la discriminación y además ellos están obligados a compartir todo. Y cuando hablo de ‘juntos’ me refiero a unión física, no emocional ni espiritual. Nosotros dormíamos en un solo cuarto, y cuando yo estaba triste, aunque no quisiera, les contaba a mis hermanos, o mis hermanos hacían lo mismo conmigo. Lo mismo ocurría si se trataba de una broma, incomodidad o cualquier otro asunto. Mi padre, aún tuviera un hijo preferido, no podía excluir a los otros. Porque, imagínate, ¿cómo le daría el choclo más blandito y rico a su hijo predilecto si todos estábamos allí viéndolos? En cambio, el vecino sembró, regó y abonó soberbia y cosechó egoísmo. Jactándose y burlándose de los demás, siempre decía con voz fuerte para que todos lo escuchen: ‘Los hijos no se deben criar como animales, no pueden dormir juntos en una sola habitación como si fueran cuyes’. ¿Y ves pues? ¡Allí están los resultados!”. El esposo, solo asintió la cabeza.

Una tarde, Kuntur, por defender a su amigo Manases en una pelea con unos abigeos, recibió una pedrada en la cabeza y perdió la vida. Manases nunca se lo perdonó. Se sintió culpable por el resto de su vida. La viuda de Kuntur, para defenderse del abuso de los abigeos, continuó aprendiendo lo poco que le había enseñado su esposo del Tonkuy K’uchi. En este cometido contó con la ayuda de Manases. Terminó convirtiéndose en una experta. Este arte de pelear lo transmitió a su hijo Isópoco.

Quillqa, cuando salía a pastar sus ovejas, alpacas, llamas y guanacos, se recreaba persiguiendo a las vicuñas que encontraba. Así desarrolló su velocidad y agilidad. Todos los días hacía eso. Poco le importaba el martirizante sol serrano.

Años después, desde que Quillqa cumpliera cinco años, Asiri le enseñó el empleo de las armas que dominaba y el arte de la pelea cuerpo a cuerpo, y por su parte Llariku la entrenó en los secretos del Tonkuy K’uchi. Rumi también participaba como maestro. No obstante que Rumi y Asiri tenían nociones de la técnica de Llariku, para no confundir a Quillqa, el tiempo de práctica se dividía en dos partes. En el segundo tiempo, el que dirigía era Llariku.

Quillqa heredó la destreza y agilidad de sus padres, y la fuerza y puntería de su abuelo. Tiempo después, su madre la alentó: “Ya superas al abuelo en el combate cuerpo a cuerpo hijita. También en el arte del uso de la huaraca y del wino y en la puntería con la lanza y con el arco y la flecha. A pesar de ser mujer, eres fuerte, hijita”. “Tienes que valerte por ti misma cuando tu esposo quiera abusar de ti. Y si puedes evitar la pelea, mejor, hija mía”, le repetía con frecuencia, su madre. “Tu abuelo sufrió mucho al ver que su padre golpeaba constantemente a su madre, hija. Por eso me enseñó el arte del combate y el arte de ganar sin pelear”, complementaba. ¿Cómo es eso de “ganar sin pelear”? preguntó Quillqa. “Es la disuasión con la perfecta preparación. El enemigo rehusará a pelear contigo si te ve superiormente preparado”, contestó, Asiri.

El abuelo de Quillqa le dijo alguna vez a su hija: “la perfecta disuasión se consigue cuando tu enemigo se intimida con tu preparación”. Esta misma lección fue heredada a Quillqa.

Conforme pasaban los años, la hermosura privilegiada de Quillqa crecía. Su belleza sin par estaba protegida con su competencia guerrera. Con gran disciplina y esfuerzo se volvió experta en el arco y la flecha, en la huaraca, en el wino y en la pelea cuerpo a cuerpo.

Quillqa procedía de una familia bien organizada. Se podría calificar de una familia donde en la mayor parte del tiempo había armonía. El abuelo mandaba y la abuela obedecía. Lo mismo sucedía en el caso de su padre. No obstante, la abuela y su madre sostenían que “... es cierto, ellos mandan, pero nadie les hace caso”. ¿Y cómo ocurre eso?, dejaba escapar su curiosidad

Quillqa. “Nuestra arma es la docilidad hijita”, le respondía en voz alta su madre, y aclaraba “cuando tu padre levanta la voz, no le contesto o le pregunto con voz baja por qué está así. Luego se le pasa. Esto lo aprendí de tu abuela. Ella me decía que para enfriar el agua caliente hay que echarle agua fría”. Luego le narró una anécdota. “Tu abuela siempre se salía con su gusto. Ella, habiendo planificado qué cocinar, con frecuencia le preguntaba a tu abuelo qué deseaba almorzar al día siguiente. Él le pedía, por ejemplo ‘charqui con papas sancochadas y rocoto molido al batán’. Luego, tu abuela con una voz angelical le pedía que mirara qué alimentos había disponibles. Él, muy presto, le informaba ‘solo hay cinco choclos y abundante carne de alpaca’. Finalmente, tu abuelo por ahorrarse el trabajo de conseguir los productos que no habían, por propia voluntad le ‘ordenaba’ cocinar ‘choclo con carne de alpaca sancochada’. ¡Y ese era el menú que tu abuela había planificado hacer!”

Asiri, estando a solas con su niña, un día le comentó: “Mi madre estaba de acuerdo con que mi padre fuera el jefe del hogar. Lo aceptaba con obediencia. Ella se comportaba así por la fuerza de la tradición y porque era consciente de que ‘dos cabezas piensan mejor que una, pero nunca mandan mejor que una’. A pesar de esta sumisión al mando de mi padre, ella nunca fue golpeada por él. Mi padre siempre me repetía: ‘el verdadero hombre demuestra su hombría con otro hombre, jamás con una mujer’. Y esto es cierto. Tu abuelo siempre fue brusco cuando los hombres lo ofendían y nunca fue así con mi madre”. Esta conversación quedó impregnada en la mente de Quillqa.

Quillqa, era de tener pocos amigos. Compartía juegos y conversaba poquísimo con los niños y jóvenes de su edad. Los consideraba y trataba como compañeros y no como amigos. Uno de ellos, de nombre Tupu, estaba enamorado de su belleza. El joven era objeto de burla de sus amigos por sus inmensas orejas. Cuando se distraía, sus compañeros se acercaban disimuladamente para jalárselas y luego correr celebrando a carcajadas. A Quillqa no le gustaba que le hicieran eso y varias veces lo defendió.

Por esos gestos de Quillqa, Tupu pensó que la bella joven se sentía atraída por él. A Tupu no le importaba la calidad de persona que había detrás de la hermosura de Quillqa. Era envidioso, hipócrita y perverso. “Se muere por mí”, fantaseaba refiriéndose a ella. Sus lentes de maldad le impedían ver la bondad de los demás. Él también se burlaba de los defectos de los demás y al menor descuido de sus amigos les robaba sus cosas. Un día, al terminar de jugar, le declaró su amor a Quillqa. Sin titubear y pensarlo siquiera un poco, ella lo rechazó. Desde ese día, la joven evitó conversar con él. La razón de que ella no le correspondiera no fue porque sabía de las malas conductas de Tupu, sino porque no deseaba estar en amores con nadie.

La indiferencia de Quillqa, irritó a Tupu. Como mal perdedor, realizó una campaña de difamación. Sus amigos cuando le preguntaban por qué ya no eran amigos con Quillqa, él les salía con que solo le gustaba estar con mujeres que se daban su lugar. “No me caen las mujeres fáciles”, alardeaba. Por boca de sus amigos más leales, Quillqa supo de esta calumnia, y sin pensarlo dos veces fue a increparle. Para que se avergüence, esperó que el farsante estuviera junto a sus compañeros. Delante de todos lo amenazó: “Pobre de ti si sigues hablando mentiras. Te haré tragar tus engaños”. No respondió, pues sabía de lo que era capaz la guerrera. Dolido por la burla de los que escucharon la intimidación le hizo prometer para sí: “Algún día me la pagarás”.

Quillqa: elegida como virgen del sol

Tanto el abuelo como los padres de Quillqa, además de guerreros eran los campesinos más disciplinados, honrados y productivos del ayllu, al cual pertenecían. Por estas virtudes, Llariku,

su padre, era el preferido del curaca (jefe o cacique del ayllu) Punku. Tanto así, que cuando Punku se ausentaba, pedía a Llariku que lo reemplazara, ante las demás familias del ayllu, en la supervisión de las tareas agrícolas de las familias del ayllu.

En una ocasión, cuando el apu panaca Mayu visitó el ayllu “Humaya”, que así se llamaba, y al cual pertenecía la familia de Quillqa, observó a Llariku dando indicaciones en el trabajo de la siembra de papa. Pensó que Llariku era un curaca. Volteó la mirada hacia una ramada hecha de troncos delgados con un techo cubierto de paja para proteger del sol a las semillas. Al centro de la ramada estaba Quillqa, separando las semillas malas de las buenas. Mayu se acerca y le pregunta quién era. Ella señalando a su padre, le responde “soy hija de ese señor”. “¿Cuántos años tienes?”, vuelve a preguntar Mayu. Ella le responde “trece”. Entonces, Mayu regresa a la chacra. Anonadado con la admirable belleza de Quillqa, había decidido elegirla como virgen del Sol. Estas conformaban un exclusivo grupo de hermosas mujeres pertenecientes a la nobleza, hacían voto de castidad para dedicarse al papel de esposas del dios Sol.

Dirigiéndose a Llariku, Mayu le comunica: “Su hija se irá conmigo al Acllahuasi del Cusco. Será una virgen del Sol”. Llariku, triste y sintiéndose impotente, le dijo: “Señor, solo deseo informarle que no soy curaca. El señor Punku me ha encargado que lo reemplace temporalmente. Él en estos momentos está camino al ayllu vecino, donde negociará trueques de alimentos”. Mayu se puso contento con la sinceridad de Llariku y decidió correrse el riesgo, y le dijo: “No te preocupes buen hombre, de todas formas, me la llevaré. Ella será una virgen del Sol. Este será un secreto entre los tres”.

Mayu, al llegar al palacio, siguiendo el ejemplo del padre de Quillqa, lo primero que hizo fue presentar a Quillqa ante Pachacútec y le contó exactamente la verdad. Pachacútec, al ver a Quillqa, se quedó doblemente impresionado por su belleza, y no le importó que no fuera hija de curaca. “Júrame que me vas a guardar este secreto”, exigió Pachacútec a Mayu. “Sí señor. No se olvide que yo inicié esta irregularidad. Así que lo haré por usted y por mí”. Cuando el apu panaca se retiraba, el inca lo llamó y le ordenó la selección de una sirvienta para que esté al servicio de la nueva virgen del sol.

La Mama Quilla o diosa de la luna, admiraba a Quillqa por su integridad, genialidad, responsabilidad y culto por la perfección. “Esta chica merece mi ayuda. Le buscaré una maestra que encaje con su manera de ser, su pasión y sus talentos”, decía.

Quillqa, durante su estadía en el acllahuasi, se dedicó a hilar, tejer, cocinar, hacer chicha y otras tareas tradicionales propias de un hogar. No fue novedad para ella porque su madre le había enseñado estos quehaceres. También, en determinados días danzaba y cantaba. Muy pronto se aburrió y empezó a extrañar sus entrenamientos cotidianos como guerrera. Iba de un lugar a otro con Suyai, su sirvienta, pero que ella la consideraba su amiga. “A veces ya no doy más. Estoy hastiada de que piensen que solo sirvo para ama de casa. Si no bailara o cantara, no sé qué sería de mi vida aquí”, se quejó con su amiga.

Para mitigar su aburrimiento, Quillqa solía pasear acompañada de su inseparable amiga Suyai por el inmenso patio del acllahuasi. En un atardecer, caminando con Suyai, la detuvo y le comentó algo importante: “Mi abuelo y mi padre, son hombres de principios, pero guardan una tolerancia que estoy segura los dioses la aprueban. En cambio, mi madre es una mujer de principios, pero con cero tolerancia. Ella sí que será merecedora de vivir eternamente al lado de la Mama Quilla”. “Explíqueme despacio para entenderla señorita. No entiendo eso de la tolerancia”, le pidió la leal amiga. Muy atenta, Quillqa se extendió: “No existe el hombre perfecto o la mujer perfecta, amiga. Nunca encontrarás un hombre o mujer leal al cien por ciento. Tampoco un hombre o mujer honrada al cien por ciento. Llegar a ese nivel está reservado para

los dioses, no para los seres terrenales. A las personas como nosotras, por ser impuras y porque los dioses nos aman, nos han dado una tolerancia. ¿De cuánto? No sé, pero de lo que sí estoy segura es que existe una tolerancia. También tengo conocimiento que si violamos esa tolerancia los dioses intervendrán para premiar o castigar. Si la tolerancia es 5 por ciento de mal comportamiento, y si nos conducimos por debajo, entonces seremos premiadas, pero si actuamos por encima, los dioses intervendrán para castigarnos”. “Tiene mucha razón señorita. Trataré de no salir de una tolerancia. ¿Le parece bien un 10 por ciento?”, intervino Suyai. Presto, Quillqa contestó: “Sí amiga mía, me parece humano. Yo también emplearé esa tolerancia”.

Una noche, cuando caminaba en el patio del acllahuasi, acompañada de su amiga Suyai, al contemplar el manantial de agua cristalina que había en un estanque de piedra vio una llama plateada en el fondo. De la flama salió Mama Quilla. Con una voz tierna le dijo “hija mía, no te sientas triste. Lo que te pasa es parte de lo que necesitarás en tu vida. En esta vida todo lo que te suceda te servirá en algún momento. Nada es inútil. Eres una elegida. Solo alumbrarás soberanos y coyas. Bendito será el hombre que te desposará. No lo dominarás y él tampoco. Estás aquí porque es un peldaño en tu carrera. Estoy para ayudarte. Te prometo que muy pronto se presentará a ti una maestra que hará de ti una guerrera invencible, tanto física como mentalmente. Deja en mis manos la solución de cualquier obstáculo que pueda impedir tus entrenamientos. Confía también en Suyai, ella es una mujer íntegra como tú y te guardará lealtad”.

Quillqa se quedó sorprendida. Suyai, la miraba perpleja. “¿Por qué me miras así?”, le preguntó. “Mi señorita, tiene usted una cara de sorprendida, sus ojos parecen que estuvieran en otro lugar, no aquí”. ¿Acaso no escuchaste lo que me acaban de decir?, le dijo media confundida. “¿Escuchar qué? No sé de qué me está hablando señorita”. Quillqa, movió la cabeza y guardó silencio.

Quillqa y su maestra la samurái Tomoe

Una noche, estando de rodillas con sus codos sobre la cama, orando por su familia, ve que de un momento a otro aparece una mujer. Era la bellísima Tomoe Gozen, vestida pulcramente de samurái. Por su valentía y técnica elegante e incomparable fue considerada samurái y en esa condición, en el siglo XII participó activa y crucialmente en las guerras de Gempei (1180 – 1185). Similar que en la situación de Quillqa, en un momento donde las mujeres solo servían para apoyar a los guerreros hombres, Tomoe se ganó el respeto, admiración y cariño del shogun Minamoto no Yoshinaka. Este general que comandaba el ejército japonés de ese entonces, hizo todo lo necesario para eliminar cualquier prejuicio que amilane la moral de la samurái. Tomoe, no solo dominaba la espada al punto de salir airosa frente al peor demonio, ya sea en una pelea en caballo o a pie, sino también era una extraordinaria arquera.

Mama Quilla sabía muy bien que Quillqa todavía tenía que mejorar mucho en el manejo del arco y la flecha y en la espada. Por eso pensó que Tomoe, cuyo nombre en japonés significaba “círculo perfecto”, le caía como anillo al dedo.

“Para animarme más, ¿qué te parece si tú me enseñas a manejar la huaraca y la pelea cuerpo a cuerpo, y yo la espada y el arco?”, empezó la conversación Tomoe. Sin embargo, al ver el asombro y el silencio de Quillqa, prosiguió “no me mires así. Soy enviada de los dioses. Estoy para ayudarte. Mírame como tu amiga por favor”. “¿Quién eres?”, preguntó Quillqa, todavía con cierta extrañeza. “Tomoe, ... bueno Tomoe Gozen”. “¿Por qué primero me dijo solo Tomoe, y luego añadió Gozen?”, inquirió Quillqa. “Es que ‘Gozen’ es un título de respeto que me otorgó mi amo, el shogun Minamoto”.

Quillqa tenía duda y se la trasladó a la maestra: “¿Qué es una espada?”. Tomoe, metiendo su mano derecha al cinturón que llevaba, saca el arma, se la muestra y le dice: “Esto. Su nombre exacto es katana, mide un poco más de dos codos y tiene filo en un solo lado”. “Se parece a la vino que utilizo, pero su katana es más larga. Calculo que es algo más del doble de larga”, interviene la virgen del sol.

“Usted es hermosísima”, continuó Quillqa, con estupefacción al ver la piel blanca, el pelo largo y el precioso rostro de Tomoe, y prosiguió: “No me imagino ver a tanta belleza empuñar una espada”. “Lo mismo digo de ti”, le respondió rápidamente Tomoe.

Fue así como Quillqa inicia su aprendizaje con una de las guerreras más grandes e inteligentes de la historia. Su maestra tenía una agilidad felina y era extraordinaria arquera, espadachina y domadora de caballos salvajes. Su competencia era de tal magnitud que en un combate podía vencer a mil hombres a la vez. Su jefe y maestro, el shogun Minamoto no Yoshinaka, por su mayor valentía y destreza, en las batallas la designaba como lideresa de otros líderes, quienes eran samurais. Fue una samurai de samurais.

Tomoe le comentó a Quillqa que fue hija de guerreros campeones, pero que no se conformó con eso. Le aconsejó: “Físicamente, somos menos que los varones y en ese terreno aún con gran preparación, tenemos pocas posibilidades de triunfar. Por eso, tenemos que adicionarle inteligencia. Yo vivía obsesionada con eso. Este empeño crecía a medida que observaba que hombres mediocres abusaban de sus mujeres y lo peor era que toda la sociedad contribuía con ese mal o, en el mejor de los casos, fue indolente”. Continuó: “Constantemente me quejaba manifestando que es inconcebible que hombres con menos inteligencia, y que solo por su fuerza bruta, pretendan imponerse a las mujeres”.

Desde que Tomoe se apareciera a Quillqa, ella había planeado convertirla en samurái. Y hacia esa meta encaminó todos los adiestramientos y las charlas. El entrenamiento empezó con el manejo del arco y la flecha. A escondidas y, contando con la guía y protección de Suyai, se escapaban hacia la falda de un cerro llamado “Huacán”. Era un arenal que en su cima tenía dos grandes rocas pegadas. Al centro de estas piedras colocaron un palo de cedro e instalaron allí un triángulo de madera que hacía de blanco. Al triángulo le hicieron rayas; y a la zona más alta, que también era un triángulo, pero más pequeño, le llamaron la “meta”. Dicha zona era la de mayor puntaje. Tomoe, en la primera vez dio en la meta. Quillqa, sonrió, se sentía feliz de tener una maestra de esa envergadura. Tomoe, le advirtió: “No descansaremos hasta que des en la meta. Y así te exigiré en todos los ejercicios”. “Así será, se lo prometo”, respondió Quillqa. “Quiero que seas una samurai”, agregó Tomoe. “¿Qué significa ‘samurai’?”, interrogó la virgen del sol. “Es una persona que está al servicio de la justicia, no le teme a la muerte, está preparada en el manejo de armas blancas, arrojadizas y de proyección, y cuyo ideal es ser invencible”, le explicó la maestra.

Tomoe se afanó en la enseñanza al detalle. Le recomendó contener la respiración durante el lanzamiento de la flecha. Le ilustró sobre la postura inicial y final del cuerpo, el alineamiento del cuerpo desde la posición de las piernas con los hombros, la forma perpendicular de la flecha con relación al blanco, el modo de flexionar los codos, las posiciones de las muñecas, la manera de colocar la flecha en función de la dirección del antebrazo delantero, el modo de templar la cuerda y otros trucos más. En la quinta noche de entrenamiento, Quillqa dio en la meta. Desde la primera vez, no se detuvo en hacer lo mismo. Tomoe la felicitó: “Estás camino a ser una samurai, sin perder tu esencia”. “Gracias a usted”, complementó, Quillqa.

En la sexta noche, el entrenamiento empezó con una exhibición de Tomoe. Se lució con la espada. Dijo: “Empecé por aquí porque esa es la meta en este caso”. Quillqa estaba maravillada. “Lo que me enseñaron mis padres es nada para lo que acabo de ver”, dijo en voz alta. Tomoe solo atinó a decir “gracias”. Luego empezaron las clases, desde lo básico hasta el combate con espadas. Quillqa peleó de igual a igual con Tomoe, en la onceava noche. Tomoe se sintió muy satisfecha y le dijo: “Eres una brillante alumna. Ya puedes considerarte una samurái. Hablaré con mi maestro Yoshinaka para que así te considere”. Quillqa, se sentía en el cielo, su humildad le impedía creer lo que había logrado. “Gracias maestra, usted es incomparable”.

En la décimo segunda noche, le tocó hacer de maestra a Quillqa. También brilló con la huaraca. En esta arma, siguió el mismo método de enseñanza de Tomoe: fue de menor a mayor complejidad. Empezó con lo básico y terminó con los lanzamientos de piedras a blancos de mayor distancia. A diferencia del arco y la flecha, en la huaraca, los blancos son movibles. Estos se van alejando de las personas conforme se avanza en la rigurosidad del entrenamiento. Aquí se emplearon los triángulos armados para el manejo del arco y la flecha. A Tomoe, le bastó solo tres noches para estar casi al mismo nivel de certeza que Quillqa. “Era de esperarse. Más que una espadachina o arquera, usted es una talentosa en el arte del combate y era normal que aprenda rápido el uso de una nueva arma. La admiro maestra”, expresó Quillqa. “Lo mismo digo de ti. Gracias”, correspondió Tomoe.

En la siguiente noche, Quillqa empezó con el estilo de lucha Tonkuy K’uchi, que había creado su padre. En las noches siguientes combinaba dicha técnica con el manejo de las armas y la pelea cuerpo a cuerpo, en las que fue instruida por su abuelo y madre. Tomoe, pese a que dominaba las artes marciales, en ese método encontró muchos movimientos nuevos. Su curiosidad y deseo de aprender la llevó a pedir que Quillqa le repita esos movimientos que no había visto. Asimismo, Quillqa aprovechó para solicitar a Tomoe le enseñe un poco de artes marciales. En las dos noches siguientes, ambas aprendieron una de la otra. “Con lo que sé más lo que me has enseñado, no hubiera dejado que asesinen a mi maestro y jefe el shogun Minamoto no Yoshinaka”, dijo tristemente, Tomoe. “¿Puede contarme algo más de eso, maestra?”, pidió Quillqa. Seguidamente, Tomoe añadió: “En mi última batalla de Awazu, asesinaron al shogun Yohinaka. Eran demasiados, yo escapé, pero mi jefe no. Él murió después de matar a unos cien. Fue un guerrero ejemplar. Lo quería mucho porque no solo fue mi ejemplo, sino mi protector ante los hombres y ante la sociedad”. Quillqa, en silencio, la abrazó y le dio un beso en la mejilla. Antes de despedirse, Tomoe toma de los dos brazos a la virgen del sol y le dice: “Espera, espera. Eres samurái, pero lo has combinado con el Tinkuy K’uchi, así que te nombraré como una Samu Inca”. La joven guerrera sonrió y la tomó también de los dos brazos y dijo: “Gracias, en obediencia a usted me comportaré a la altura de una Samu Inca”.

La noche décimo octava, fue de relajamiento y la despedida. Primero conversaron como verdaderas amigas de muchos años. No hubo consejos. El ambiente era triste. Los ojos de ambas enrojecieron, y poco a poco, se llenaron de lágrimas. Tomoe extrajo del bolso que llevaba uno de sus uniformes de samurái: “Es un honor hacerte un regalo amiga del alma”. La virgen del sol no sabía qué decir. Esta dichosa y enmudeció, solo abrazó fuertemente a su maestra y le dio varios besos en las dos mejillas. Luego de unos segundos, Tomoe fue la primera en decir adiós: “Que tus dioses te bendigan Quillqa. Te mereces eso. Adiós amiga, adiós guerrera, adiós maestra”. La virgen del sol, motivada por las palabras que acababa de escuchar, sin poder contener el llanto, pronunció: “Gracias. Ya no necesito ser bendecida. Tu presencia ha sido mi bendición. Eres todo lo que me dijiste y más. Que tus dioses te tengan en su gloria, maestra”.

Quillqa como mujer de Pachacútec

Una vez que cumplió 17 años, Quillqa iba a ser ofrecida como esposa a los nobles incas. El apu panaca Mayu, que estaba al tanto de estas noticias y de las preferencias del inca, de inmediato lo puso al corriente. Pachacútec dio la orden: "Ella será una de mis esposas". Tenía 42 años, le llevaba a la virgen de sol, 26 de diferencia. En ese entonces, había cumplido tres años gobernando con su hijo mayor Amaru Inca Yupanqui.

La primera vez que Pachacútec le propuso tener intimidad, ella le respondió: "Haré lo que usted me ordene mi señor. Esa es mi obligación y la cumpliré sin reclamar". Y en voz bajita añadió: "¡Qué más me queda!". El inca no escuchó bien la última parte y dijo: "¿Qué acabas de decir?". "Que me pondré el vestido que mejor me quede, señor", respondió astutamente la guerrera. "No deseo que te me entregues sin que me ames. Y siempre dime la verdad sin temor", le aclaró el inca. "Así lo haré señor. Entonces ya no me pondré mi mejor vestido", respondió Quillqa. "Te ordeno que si no me amas, no aceptes estar conmigo como mujer", continuó el inca. "Le prometo que pondré todo de mi parte para enamorarme lo más pronto, señor", contestó la guerrera. "Mi segunda orden es que ni bien me ames, me lo digas de inmediato", terminó Pachacútec la conversación.

Al principio, Pachacútec se resistió al comportamiento principista de Quillqa. Para él era normal que acepten sus propuestas, que le sigan la corriente y que halaguen sus ideas. Pese a que Quillqa evitaba discutir, siempre decía lo que le parecía justo o correcto, por encima de lo que le podía gustar al soberano.

Después de una batalla donde el ejército inca venció, vino una noticia a Pachacútec sobre el abuso con las mujeres que habían cometido los oficiales con las mujeres del pueblo rendido. El inca enfureció cuando le pidió un consejo a Quillqa sobre esta información y ella con total sinceridad le recomendó castigar severamente a los oficiales. Pachacútec, al instante la reprendió: "Siempre ha sido así, ¿por qué voy a tener que cambiar eso? Esa es la recompensa normal del ganador. Mis antepasados nunca hicieron caso a eso. Me parece estúpido lo que me propones". "No me hubiera preguntado mi señor", le respondió Quillqa, inclinando su cabeza. "¿No eres capaz de reflexionar y darme la razón?". "Disculpe señor, eso es lo que considero justo". El inca tomó como una falta de respeto tal respuesta y levantó el brazo derecho con la intención de abofetearla. Ella lo evitó levantando deprisa su brazo izquierdo y con su palma tomó ligeramente la muñeca derecha de Pachacútec. Luego mirándole directamente a los ojos, manifestó: "¿No sabe usted que físicamente, un hombre demuestra su valentía con otro hombre, nunca con una mujer? ¿Se olvidó de practicar esta sabiduría, mi señor?". Este argumento, bajó la irritación del gran transformador, y optó por retirarse en silencio.

Al cabo de pocos días. El inca se apaciguó y reflexionó. "Debería estar molesto conmigo mismo", se juzgó, y añadió: "¿Por qué me molesté con la verdad? Luego buscó a Quillqa y le dijo: "Te pido disculpas. Tienes razón, debí alegrarme con la verdad y no al revés. Pero entiende que de la noche a la mañana no puedo decidir algo diferente". "Gracias mi señor. Solo debo pedirle permiso para darle un consejo. Si me lo permite, lo haré. De no ser así, me callaré", habló Quillqa. El inca, interesado por lo que le diría su amada, respondió: "Sí, sí, dime, dime". Quillqa, sin titubear, pronunció: "Una disculpa se elimina cuando va acompañada de un 'pero', señor. Esta sugerencia se la hago para futuros acontecimientos. No para nuestro caso. Si se pide disculpas, no debe justificarse, y el famoso 'pero' es una justificación del error o la falta cometida". Pachacútec, se quedó pensativo por segundos y le dio las gracias.

La política central militar de Pachacútec fue asegurar los pueblos más cercanos y luego avanzar. En este camino se mantuvo hasta el final. En esta perspectiva, dominó a los pueblos de Soras y

Vilcas, ubicados al norte de Cusco, siguió con Huamanga y Vilcashuamán, y luego los Chinchas y Yungas, de la costa. Conforme avanzaba veía la conveniencia de construir fuertes. Continuó con los Collas al sur este y luego con los huancas del Chinchaysuyo.

Paralelo a la invasión de los Soras y Vilcas, reconstruyó el Coricancha y poco tiempo después, otro ejército inca bajo la dirección de un jefe militar designado por Pachacútec, subyugó a los pueblos de Chucuito, Condesuyo, Arequipa y Camaná. Otra norma de conducta permanente que aplicaba rigurosamente era la de nunca comunicar con quién se enfrentaría. Los únicos que sabían esto eran sus consejeros de confianza. Asimismo, recompensaba generosamente los servicios prestados al ejército y no se entablaba un combate sin antes realizar dos o tres ofertas de paz. “La guerra es el último recurso”, decía.

Quillqa, más que por su belleza incomparable, se ganó el corazón de Pachacútec, porque fue totalmente diferente a su esposa principal y sus concubinas. Destacó por su simpatía, docilidad, inteligencia, valentía y porque sabía escuchar en silencio y con atención. “¿Quién te enseñó a escuchar con interés?”, le preguntó alguna vez el inca. “Nadie. Creo que es un talento y este no se hereda ni se transfiere, mi señor”, contestó amablemente Quillqa. “Me estás haciendo pensar, me estás haciendo pensar”, exclamó el inca. Su simpatía lo irradiaba mediante gestos auténticos y comportamientos naturales que hacía que las personas con las cuales trataba se desenvuelvan con total libertad y le muestren su agrado. “¿Por qué siempre le cae en gracia a la gente?”, se preguntaba Pachacútec, con total satisfacción. Si bien, siempre estaba sonriente, inspiraba respeto, hasta temor, como decía Roca, el hermano mayor de Pachacútec. Era una mujer extremadamente correcta. Su mediana estatura estaba en armonía con un cuerpo atlético, hermosos senos de regular tamaño y caderas anchas ligeramente por encima de lo normal.

La simpatía de Quillqa provocaba en el inca un desenvolvimiento con libertad y agrado. Hacía que el gran transformador abra sus secretos. Rompiendo su reserva, Pachacútec le dijo: “Amada Quillqa, no vivo tan feliz porque presiento las cosas. Sé cuando el triunfo me rodea y la derrota también. La lealtad y deslealtad las siento con claridad en mi corazón. Varias veces me ha pasado que por ignorar mi premonición, a pesar del esfuerzo que hice para lograr lo que quería, no me ha ido bien”. Quillqa solo atinó a besar a su esposo.

La firmeza de Pachacútec para tomar decisiones, su sinceridad para decir las cosas y su humanismo, fueron atrayendo a Quillqa. “Quiero enamorarme del hombre, no del inca”, se repetía. Quillqa se llenó de ternura cuando su esposo dispuso que las labranzas de la tierra se realicen según el orden siguiente: primero el cultivo de las tierras del sol, segundo la de los impedidos de hacerlo y tercero, la tierra de los hatun runas.

El amor entre el inca y la ex virgen del sol, crecía porque hasta en lo que dialogaban, se complementaban y alentaban. “Me gusta que antes de un ataque o defensa usted piense y vuelva pensar sobre lo que finalmente hará. Esa es una virtud que representa uno de los detonadores de su éxito en las batallas. Nunca la pierda, mi señor”, le mostraba así su cariño la guerrera y de paso lo motivaba.

Ambos, se inclinaban por romper las reglas, por salir de lo habitual. Sobre el tema, el inca recordó algo y dijo: “No sé a quién escuché decir que hace muchos años, un maestro de maestros exhortaba a sus discípulos diciéndoles ‘al que te hiera en la mejilla, preséntale también la otra’ (Lucas 6: 29). Me quedé con la duda sobre la validez de ese consejo. ¿Poner la otra mejilla después que me golpearan? ¡Ni tonto!, comentaba. Luego, me puse a pensar. Un maestro de maestros no habla cosas sin sentido. Un maestro de maestros no habla algo fácil de comprender. Fue así que me puse a recapacitar para descifrar ese pensamiento”. La ex virgen del sol,

interesada por conocer la lección, intervino: ¿Y cuál fue su deducción, señor?”. Muy presto, el inca le expresó su conclusión: “Inferí que las enseñanzas de ese líder de líderes, no eran explícitas, sino implícitas. Segundo, que por lo menos comprendía dos consejos. Uno, la aplicación de lo que yo llamo la ley de lo insólito; y dos, el ejercicio de la ley de la supremacía”.

La guerrera se moría de ganas por conocer exactamente el significado de lo que su amado exponía, y con gran interés preguntó: “¿Puede explicarme las leyes de lo insólito y la supremacía, señor? ... pero por favor, a prueba de brutos y de brutas”. El gran transformador, sonrió y procedió a desembrollar las leyes que mencionó, a través del siguiente diálogo:

Pachacútec: Si te pegan en una mejilla, ¿qué es lo que harías normalmente?

Quillqa: ¡Respondería también golpeando!

Pachacútec: ¿Ves? En consecuencia, el maestro al decir “ponle la otra”, estaba recomendando que deben darse respuestas inauditas. Dar respuestas inusuales es poner en marcha la ley de lo insólito.

Quillqa: ¡Más claro ni el agua de manantial de mi pueblo! ... ¿Y cómo se pone en práctica la ley de la supremacía? ... pero nuevamente le pido, a prueba de brutos y de brutas.

Pachacútec: Amada mía, no te agredas tan fuerte, ni de broma. Te sugiero que cuando desees auto-castigarte, lo hagas bajando la intensidad del adjetivo. Por ejemplo, podrías reemplazar las palabra “bruto” y “bruta”, por “tonto” y “tonta”.

Quillqa: A partir de ahora, lo haré así señor.

Pachacútec: ¿Qué es más difícil, dar o recibir un golpe?

Quillqa: Obvio, ... ¡recibir un golpe!

Pachacútec: ¿Cuándo se necesita más arrojo, dando o recibiendo un golpe?

Quillqa: ¡Recibiendo un golpe!

Pachacútec: ... Entonces, el maestro de maestros propuso que el golpe de un competidor se contesta con otro que sea más difícil y que exija mayor valentía. Esa es la ley de la supremacía, mi guerrera.

Quillqa: Nuevamente gracias señor. Usted es un maestro de maestros.

Pachacútec -con una minúscula sonrisa: Gracias también. En mi vida personal y militar, trato de aplicar estas leyes, más las que aprendí de mi maestro Alejandro Magno.

En la preparación de las batallas, el inca se esforzaba por animar a su alto mando, y les pedía que ellos hagan lo mismo con sus subalternos. En esta tarea, en lugar de la palabra “motivar” utilizaba más “provocar”. Creía que la segunda era más precisa y profunda y por lo tanto movía más. Al respecto, decía: “Una palabra puede cambiar los resultados, puede salvar vidas”. Asimismo, se sinceraba y le decía a los oficiales de alto mando: “Así como yo tengo la obligación de provocarlos, ustedes también deben hacer lo mismo conmigo. La provocación no es unidireccional, es bidireccional. Debo animar y deseo que me animen. Solo de ese modo la motivación se desmarcará del paternalismo”. En su relación con Quillqa, se la llevaba fácil, pues la motivaba y no necesitaba decirle a que ella haga lo mismo; porque en la guerrera, provocar era un hábito.

En las batallas con los collas y los huancas del Chinchaysuyo, el inca estuvo acompañado de Quillqa. La ex virgen del sol participó activamente. “No puedo estar junto a las otras mujeres observando la mayor parte de mi tiempo”, se objetaba. De lejos recurría a la huaraca y al arco y la flecha, y de cerca, a la wino y a la pelea cuerpo a cuerpo. Era invencible y efectiva. Donde ponía el ojo, ponía la piedra; sus golpes y cortes con la wino eran dirigidas a los puntos vitales del cuerpo de sus rivales; y en el cuerpo a cuerpo casi nunca recibía un rasguño. Era una verdadera samurai. En el combate cuerpo a cuerpo, las zonas que prefería Quillqa para dirigir sus golpes eran la garganta, la ingle, las rodillas y los tobillos.

Había transcurrido algo más de un año desde que Pachacútec la pidiera como esposa, y Quillqa se enamoró perdidamente del inca. Un día, Pachacútec percibió en el rostro de Quillqa la señal de que ya era correspondido, e iniciaron su relación como marido y mujer.

Pachacútec, aplicó disciplinadamente la ley del uno a uno. Primero peleaba consigo mismo. Si sus batallones no estaban debidamente preparados y convencidos de que vencerían, postergaba las contiendas. Igualmente, si él tenía algún temor o duda, evitaba los combates. En segundo lugar, diseñaba con mucho cuidado la forma de evitar los combates, recurriendo a la diplomacia o persuasión. La práctica de esta ley, se extendía a la programación de sus combates, uno después de otro; y cuando sus rivales formaban alianzas, trataba de dividirlos para combatirlos por separado, uno a la vez.

Cada batalla de Pachacútec fue más efectiva que la anterior. Fue constante en el éxito, pero fue de menos a más. Inicialmente, para motivar a sus jefes militares se esforzaba por ser empático. Se excedió al punto en el que ellos no se entregaban como él quería. Se comportaban así, consciente o inconscientemente, porque estaban confiados en que el inca les iba a comprender. Pachacútec se dio cuenta de esta situación a tiempo. Recordó la ley del equilibrio y se incriminó: “Estoy siendo demasiado empático y esa abundancia me está paralizándolo. No estoy tomando decisiones. Mucha empatía me está volviendo blando para exigir y colocar en el puesto de jefes a los mejores” (HBR Press, 2018: 12). ¿Cuál es el límite entre la empatía y la objetividad de mis decisiones?, se preguntó. Razonaba: “Necesito empatía y desapasionamiento para ganar las batallas, pero el exceso de empatía me restará firmeza para exigir mayor entrega a mis jefes y también disminuirá mi objetividad para elegir a los mejores”. Pachacútec encontró que el límite era la capacidad potencial de cada jefe militar. Terminó este dilema diciendo: “Poco sirve la empatía si la aplico a jefes con bajo potencial y muy poca empatía puede desalentar a los jefes con alto potencial”. En base a esta lógica preparó una lista de jefes militares con alto potencial.

La era de expansión iniciada por Pachacútec, concretamente el éxito de sus batallas, provocó la masificación del uso de las armas. La sociedad inca se fue convirtiendo en más violenta. Preocupado por esto, el inca reflexionaba: “Lo bueno te hace reflexionar, pero lo malo te arrastra de inmediato. Como escuché alguna vez, lo malo se aprende fácil; lo bueno, no. Para lo bueno, ni el ejemplo es suficiente, ¿qué hubiera pasado con mi pueblo si vieran en mí a un ocioso, ladrón y mentiroso?”. Hasta los juegos se reducían a peleas cuerpo a cuerpo y competencias de huaraca, arco y lanza. Los juegos de manos eran más frecuentes. Algunos padres no acostumbrados a los nuevos tiempos se quedaban dubitativos. No entendían lo que estaba pasando. El inconformismo e inquietud de sus hijos eran cosas atípicas. Un padre vio como un joven agarraba a puñetazos a su hijo menor. Corrió para evitar que continué con la golpiza y le increpó: ¿qué te pasa? “Estamos jugando”, le respondió el joven con total tranquilidad. ¿Eso es jugar? ¿Estás cojudo? Le resonó, se rascó la cabeza en señal de no saber lo que realmente ocurría, y sin tomar ninguna represalia, se alejó.

Cada batallón del ejército de Pachacútec estaba conformado por una sola etnia, y dirigido por un curaca. Si este moría, era reemplazado por otro del mismo grupo. Para mantener la disciplina y la unidad del ejército, cada etnia estaba dividida en dos batallones. Uno representaba a la dinastía Hanan, y el otro a la Hurin. La carrera de un jefe militar se daba en función de su eficacia y eficiencia al mando de cada batallón. La primera competencia interna ocurría entre los pares de batallones por etnia.

La organización de los escuadrones del ejército de Pachacútec consistía en ubicar a los honderos y arqueros en la parte delantera, le seguían los soldados expertos con el hacha y la macana. Más atrás iban los entendidos con las lanzas cortas y en la parte posterior se colocaban las tropas con lanzas largas de hasta 6 metros. Los entendidos en el uso del hacha y la macana tenían que

ser además fuertes y diestros en la pelea cuerpo a cuerpo y en la vino. En varias ocasiones, a pedido del inca y bajo su atenta mirada, Quillqa intervenía en los entrenamientos, algunas veces como maestra, y otras solo haciendo exhibiciones.

Debido a que los runas, o súbditos del imperio, estaban obligados a realizar el servicio militar y los trabajos para el Estado, los soldados del ejército inca tenían entre 25 y 50 años. Mientras que para los nobles integrar el ejército era un honor y una obligación, para los ciudadanos del pueblo era un medio para ascender socialmente.

A Pachacútec, Quillqa le resultaba encantadora porque ella siempre estaba atenta a lo que le pasaba y necesitaba, y por su modestia y los argumentos persuasivos para pedirle cualquier cosa. Se rindió también a la inteligencia y docilidad de Quillqa, atributos que le sirvieron para que poco a poco adquiriera autoridad informal sobre Pachacútec. “El arma de mi abuela para salir con su gusto ante mi abuelo, o para bajarle sus enfados, siempre fue la docilidad”, pensaba Quillqa y su comportamiento se regía por esa regla. De esta manera, logró que pase de la modestia para pedir a la gracia para aconsejarle.

El amor del inca por la guerrera, fue en aumento al punto que la llevó a vivir cerca del lecho nupcial que tenía con la coya principal en el palacio de la capital. Sin embargo, era su amor escondido. Fuera del palacio no se sabía ... o no se debería saber.

Cada vez que acampaban, Quillqa los aprovechaba para entrenar. El inca se quedó impresionado con sus destrezas. Le preguntó quién le había enseñado. Ella inició su respuesta diciendo que fueron sus padres y luego complementó: “Una antigua samurái también fue mi maestra. Por favor no me preguntes sobre eso. Solo créame”. Le comentó sobre la técnica del Tinkuy K’uchi y el manejo del vino al estilo de los samuráis. Sus exhibiciones terminaron por persuadir al inca a plegarse al entrenamiento. De esta forma, Pachacútec aprendió lo básico del Tinkuy K’uchi y mejoró su uso del vino.

No obstante, el amor que le demostraba el inca a Quillqa, él se resistía a presentarla a sus generales y a la nobleza como su esposa. Aparentaba orgullo estando con la colla principal o sus concubinas en las ceremonias de la realeza inca. No actuaba así en los momentos que estaba con Quillqa. En este caso, comunicaba que era una de sus consejeras más importantes. Por esta razón, los orejones, al inicio, la empezaron a envidiar. La primera vez que el inca le hizo ese desplante, Quillqa no los soportó, y le reclamó: “No soy más ni menos que ellas”. En aquella ocasión, Pachacútec no se inmutó.

Por su edad, en el transcurso de las campañas, el sacerdote Topa Huanchire, solo apoyaba motivando al inca y a los generales y dando instrucciones a las mujeres que atendían a los heridos y proveían de piedras y armas a los soldados. En la batalla contra los huancas, fue la segunda vez que el sacerdote Topa Huanchire observó a Quillqa como guerrera. Él era reservado con ella. Como tío del inca, era normal que guardara su distancia con una mujer que no pertenecía a la nobleza, y porque no era reconocida formalmente como concubina de su sobrino. Su admiración se impuso a su orgullo y al convencionalismo y se acercó a Quillqa: “Desde que te vi ya no me quedan ganas de crear fantasías que nos sirvan para ganar batallas o amedrentar al enemigo. Las dos veces que te he visto luchar, me he preguntado: ¿estoy soñando o he sido víctima de un chamán que me ha dado un brebaje para imaginarme lo que veo? Te felicito, vales más que mil soldados. El imperio te lo agradece”. “Solo cumplo mi deber, señor. Es un honor recibir de usted esas bonitas palabras”, pronunció atenta la guerrera. Desde ese segundo, la simpatía fue mutua entre Quillqa y el sacerdote.

En una tercera ocasión, Quillqa advirtió que un oficial enemigo, provisto de una macana y un hacha, se dirigía a la tienda de campaña donde moraba el sacerdote Topa Huanchire. Sigilosamente, la guerrera se acercó por detrás del atacante y le introdujo la wino en la garganta. El anciano sacerdote agarró su macana, se levantó rápidamente y al salir observó que Quillqa limpiaba su wino con su pierna derecha encima del rival muerto. “Te debo la vida, hija mía”, le expresó suspirando, Topa Huanchire. “De nada señor”, respondió Quillqa, y se abrazaron. Este hecho consolidó la amistad de ambos.

El sacerdote, quien, por su discreción, sabiduría y astucia, se convirtió en el noble de mayor confianza del inca, llegó a ser un aliado de Quillqa. Aprovechando que el inca estaba organizando sus regimientos, el sacerdote, inició una conversación con la guerrera: “Estoy de acuerdo contigo, hija”. “¿En qué?”, preguntó Quillqa. Luego, masticando y observando el tamaño y la forma de los nervios y los pedazos de unas tres hojas de coca, Topa Huanchire, respondió: “Auguro que mi sobrino reconocerá tu verdadero valor. Veo que el inca te dará el lugar que te corresponde. Eres un tesoro, créelo y actúa como tal. Ten paciencia, hija”. Quillqa no atinó a pronunciar una palabra, solo le habló con una sonrisa que reflejaba agradecimiento y gozo. Después de unos dos minutos, abrazó al sacerdote y le dijo: “Usted es una de las personas en las que más confío. Le ruego que cuando tenga algún problema, acepte dirigirme a usted para recibir su consejo”. El viejo sacerdote le hizo una promesa: “Cuenta conmigo en todo. En todo, así como lo escuchas”. Desde ese instante, Quillqa creyó a ciegas en el anciano sacerdote.

La amistad y cariño sincero entre Topa y Quillqa, en un inicio fue bien recibido por el personal de apoyo del palacio inca. Para Mama Anahuarque, le resultaba indiferente. Refiriéndose a ella y con una pequeña sonrisa, el sacerdote decía: “La vez que supo de nuestra amistad, estaba tan ocupada como soberana en reemplazo de mi sobrino, que no tenía tiempo para la envidia”. Cuando el inca estaba como general del ejército en los campos de batalla, la coya principal era una efectiva sustituta. “Mi sobrino se sentía tranquilo porque había acertado empoderando a su coya”, le aclaraba,

Topa Huanchire tenía un criado de nombre Tamayu. Sus padres murieron en una batalla y el sacerdote lo llevó a vivir con él desde que tenía 5 años. Bastó un año para que el viejo sacerdote se encariñe con el niño. Lo consideraba un hijo y lo complacía en todo. El sacerdote detestaba dos dichos tradicionales: “enséñale a valorar las cosas, no le des a tus hijos todo lo que te piden” y “al niño se le debe enseñar a ser responsable”.

En una charla con Quillqa, ella le pregunta: “Señor, ¿por qué no aprueba esas dos frases?”. Por cuanto, el sacerdote sabía la respuesta desde hace mucho tiempo, no tardó en decir: “Decir que no se le debe dar todo a un hijo es solapar la mezquindad. Un papá bien papá y una mamá bien mamá, no buscan excusas. Por el contrario, hacen hasta lo imposible para que sus hijos gocen de lo que ellos no han gozado. A eso le llamo trascendencia. Sobre el segundo enunciado, debo decirte que los rasgos naturales más importantes de un niño son la irresponsabilidad, el capricho y la inocencia. Todo lo que se haga en contra, es un atropello. La responsabilidad, racionalidad y malicia deben exigirse a un viejo como yo, a un niño jamás. Si buscamos la felicidad de los niños, dejemos que hagan sus cosas de manera inconsciente e irracional. He visto, repetidas veces a mis amigos que lo que más han disfrutado de sus hijos ha sido su inocencia, pero lamentablemente esta es pasajera. Conforme una persona avanza en edad se va llenando de disfraces hasta el punto de eliminar su inocencia. Y cuando la pierden, pierden la gracia para generar alegría a su alrededor”. “¡Qué gran lección he recibido, señor! ... a propósito de disfraces, deseo que me conserve este regalo que me dio mi maestra”, expresó con gran alborozo la guerrera, alcanzándole un bolso con el uniforme de samurái que le regaló Tomoe. “¿Y por qué no la sigues guardando tú?”, le preguntó el sabio sacerdote. “Presiento que se me

puede perder, señor. Estoy de campaña en campaña y no deseo por nada del mundo que se me extravíe. En sus manos estará más segura. Muchas gracias”.

El sacerdote llevaba al niño a todo lugar. Cuando tenía un encargo para el inca, empleaba al niño para que le lleve el quipu con el contenido del mensaje. Para que el inca esté seguro de que el recado provenía de su tío, siempre lo enviaba acompañado de un par de dientes delanteros de vizcacha. Esa era la señal que indicaba su autoría. Además del inca y el niño, Quillqa era la única que sabía de este secreto. El sacerdote le había dicho que esa seña solo lo utilizaba con el inca y ocasionalmente con la coya principal, y que en adelante ella estaría incluida en esa lista. La deferencia, fue tomada como un privilegio por la ex virgen del sol. “Solo creeré que un mensaje viene de usted si va junto con esa señal”, le prometió la guerrera. A Topa Huanchire le gustaba distraerse cazando vizcachas. Le resultaba desafiante, se deleitaba con el sabor de la carne de vizcacha y gozaba armando collares con 24 pares de dientes delanteros de vizcacha.

Una de las personas que sabía de cerca la relación entre el inca y Quillqa era el joven Yahuar. Este era un gran soldado de cuerpo atlético que reiteradas veces le había demostrado lealtad a Pachacútec. Siempre le cuidaba las espaldas al inca cuando este combatía. No temía poner su cuerpo cuando una flecha, lanza, piedra u otro proyectil iba con dirección al cuerpo de su amo. Era incapaz de hablar sobre un tema que debería mantenerse en reserva. Este comportamiento lo condujo a ganarse la plena confianza de Quillqa.

En una de las conversaciones con el inca, Yahuar le expresa su preocupación: “No solo hemos tenido bajas de soldados, también de mujeres. Veo entrega total no solo de hombres, sino de mujeres. Muchas mujeres, no les interesa su vida, con tal de cumplir con su misión de entregar el agua, los alimentos y las armas a los soldados. Un claro ejemplo es su esposa Quillqa. Y la mayoría de los hombres no sabemos valorar eso. Por el contrario, abusamos de ellas”. “¿Crees que eso es por machismo, mi leal amigo?”, preguntó Pachacútec. “No creo, mi padre fue machista y nunca le puso un dedo a mi madre”, respondió. Pachacútec, continuó la respuesta anterior: “Ummm, me gusta lo que acabas de decir. Considero que este es un problema de abuso por falta de amor, y no de machismo. También, es porque algunos hombres no son varones y algunas mujeres carecen de dignidad”. ¿Y cuál es la diferencia entre hombre y varón?, le interrumpió Yahuar. Entonces, el inca, recordando una lección que aprendió de Quillqa, sentenció: “Un varón demuestra su fortaleza o condición de hombre con otro hombre, jamás con una mujer”.

Pachacútec, tomando del hombro a Yahuar, siguió explicando: “Muchas personas tienen orgullo, pero no dignidad, hijo”. “¿Cuál es la diferencia?”, preguntó con gran interés el joven. Pachacútec, se explayó: “El orgullo se basa en un capricho, una apariencia, un interés subalterno y a lo más una creencia; en cambio la dignidad es la defensa de principios y valores morales. El orgullo nace de afuera, mientras que la dignidad fluye de nuestro interior. Dignidad se deriva de “digno” y digno proviene de “merecimiento”. Puedes sentirte orgulloso de lo que fueron tus padres, pero para ser digno necesitarás responder afirmativamente la pregunta: ¿me merezco esos padres?”.

Pachacútec, siguió exponiendo: “En mi propia familia, he sabido y visto cómo se enfrentan padres contra hijos y entre hermanos por la razón del orgullo. Padres que dejan de hablar a sus hijos o hermanos, que llegan a la agresión física y que por orgullo evaden soluciones. No se pelean porque se violó tal o cual principio, sino por la protección de una creencia particular, del “qué dirán” y a veces por intereses mezquinos”. Luego de decir esto, Pachacútec hizo una pausa. En ese momento, Yahuar interviene: “¿Por qué hay tanto maltrato de la mujer?”. El inca no respondió de inmediato. Pensó lo que diría. Luego de unos dos minutos, mirando al joven directo a sus ojos, respondió: “Primero, porque como te expliqué, muchos hombres son hombres, pero

no varones. Pero también el maltrato se da porque muchas mujeres son orgullosas, pero no tienen dignidad. Las mujeres no deberían esperar siquiera la primera bofetada, sino a lo más la primera amenaza. Aquí vale el dicho: 'el que pega una vez, pega siempre'. Y que una mujer aguante la primera amenaza, y peor aún la primera bofetada, No es dignidad".

Yahuar se quedó pensativo. Puso una cara de "no entendí". Pachacútec sonrió y complementó: "Nos sentimos orgullosos de ser incas, pero ¿somos dignos de serlo?, o mejor dicho, ¿somos merecedores de ser incas? Por orgullo menospreciamos a las personas en base a la estúpida creencia 'yo soy noble y él no'. En cambio, por dignidad apreciamos a los demás porque esa conducta se fundamenta en los principios de igualdad y de amor a los demás. En la relación marido-esposa, pedir perdón es digno y por lo tanto no nos hace menos, sino por el contrario nos hace grandes. Solo los mediocres temen pedir perdón y por eso se aferran al orgullo. Es privilegio de los grandes ser dignos al pedir perdón por los errores cometidos, y eso se engrandece cuando se da el paso firmemente sincero de corregirlos. Entonces una esposa o mujer será digna cuando antes de amar a su esposo, se ama a sí misma".

El joven amigo, cambió de cara y pronunció: "Entendí mi señor, entendí", luego preguntó: "¿En su gobierno ha pensado hacer algo al respecto? "Claro", dijo el inca, y siguió: "he trazado dos objetivos: aumentar la cantidad de mujeres dignas y aumentar la cantidad de varones". Yahuar se atrevió a lanzar otra interrogante: "¿Puedo hacerle una última pregunta, señor?". "Por supuesto, hazla ya, no tengo mucho tiempo", dijo el gran transformador. "Para usted, ¿qué es el amor a una esposa? "Es quererla, respetarla y cuidarla como tu madre, aun no se lo merezca", respondió con gran convicción el inca.

"¿Cuánta verdad hay en lo que me acaba de decir mi señor? Espero que su teoría lo lleve a la práctica", dijo para sí Yahuar.

En el campo de la relación interna, entre Pachacútec y Quillqa existía armonía. Sucedió esto porque principalmente, se complementaban en conocimientos, valores y habilidades. Al menos frente a ella, él tenía rasgos de varón a pesar del ambiente donde se crió y Quillqa lo fortaleció como tal. Por su parte, Quillqa, era una mujer digna y valiente y sus comportamientos no estaban detrás del orgullo. Pero en el terreno de las relaciones externas se presentaba una divergencia trascendente. Mientras que Pachacútec sembraba traición, Quillqa fue construyendo lealtad. La guerrera estaba en desacuerdo con que en cada pueblo dominado se designe un jefe impuesto por Pachacútec, sin tomar en cuenta el parecer del pueblo sometido. La virgen de sol, actuaba con naturalidad buscando que las personas confíen en ella. "Para llegar a la fe los caminos son la lealtad y la verdad. Las personas me tendrán fe si les demuestro lealtad y sinceridad", se auto aconsejaba. Esa era una de sus reglas de conducta. Y lo consiguió. Las personas de su entorno y las que llegaron a conocerla expresaban abiertamente su confianza en ella. Las llegó a caer en gracia.

Si bien, en lo que concierne al nombramiento de los gobernantes, el inca no escuchaba a Quillqa; en el terreno militar, sí. Cada nación que era parte del ejército inca, era dirigida por un militar de la misma.

Los curacas más poderosos daban fe de la sabiduría, bondad y lealtad de Quillqa. Uno de ellos dijo: "El arma de Quillqa para ganar lealtad es dar lealtad y hablar con sinceridad. Cada vez tiene más adeptos incondicionales porque observan en ella la práctica de esos valores".

A pesar del amor que sentía Quillqa por el inca, no se callaba en decirle lo que para ella era esencial. Ella le advirtió a Pachacútec sobre el tipo de semilla que estaba plantando: "Mi señor, sea justo. La ausencia de justicia origina rebeldía y de esta uno de sus frutos es la traición. Y la

traición es el enemigo más grande del control. No lo olvide, mi señor”. Para disipar alguna duda pendiente, continuaba: “Ese tipo de semilla se transformará en un árbol que tumbará todo lo que está construyendo hoy. Lo injusto que podría serle útil hoy, generará una justa rebeldía que estará en su contra mañana. Probablemente demore, pero así sucederá”, le decía. No estaba de acuerdo con que Pachacútec designara a sus amigos y allegados de Cusco como gobernantes de los pueblos conquistados. “Busque la lealtad a los principios del Imperio”, le repetía. “La lealtad a las personas es vanidad, indigna y efímera”, remataba. “Si desea que el ama sua, ama quella y ama llulla sean reglas en las tierras dominadas, busque que le represente alguien del mismo lugar, y ese alguien tiene que ser un líder que practique las tres leyes del Imperio que está construyendo”, complementaba. El inca se sorprendía de los fundamentos de Quillqa, y generalmente solo escuchaba.

En Quillqa, en lugar de crecer su soberbia al verse elegida por el inca, se desarrolló su humildad. La gente que conocía su relación con Pachacútec, la empezó a admirar con devoción e incondicionalidad. Todo favor que le pedían, y estaba en sus manos atenderlo, los satisfacía. Hasta recurrió a una de las comadronas del palacio del inca, para atender a una pobre mujer que tenía complicaciones para dar a luz.

El inca, al menos con sus familiares y amigos muy cercanos, era muy expresivo de sus sentimientos. Si estaba triste, lo reflejaba en el rostro, y también si se encontraba molesto o incómodo. En este aspecto, Quillqa lo conocía muy bien. Un día, aprovechó de que estaba risueño para convencerlo a poner en marcha dos de sus proyectos. Uno eran las casas de Tinkuy K’uchi dirigidas solo para mujeres; y el segundo, las Yachay Wasi Ayllu o Escuelas de Familias. A Pachacútec no se le quitó la sonrisa de la cara y pidió que le explicara cada plan.

Uno de los sustentos que desarrolló Quillqa fue: “Las casas de entrenamiento de la técnica Tinkuy K’uchi son parte de una estrategia disuasiva. No es para sembrar violencia mi señor. Un hombre, al estar frente a una mujer que domina esa disciplina, lo pensará dos veces antes de agredirla. Allí se le enseñará que solo en el caso de que el hombre la ataque, ella recurrirá a lo practicado. La agilidad y la resistencia de mi madre y de otras mujeres les ha permitido subsistir y superar a hombres mucho más fuertes”. Además, para sensibilizarlo dio un mensaje enfocado en el ego del inca: “Como usted me ha enseñado, mi señor, el abuso de la mujer son problemas de falta de dignidad y seguridad en sí misma y de la pobreza de amor practicada por los hombres. No importa que el hombre crea que es superior o que trate de explotar su fortaleza física, en las mujeres está en saberse que son iguales y actuar así y demostrar que también tienen talentos para compensar y superar la fortaleza física de los hombres”. “Muy bien, va. Hazlo”, aprobó el inca.

“Las Yachay Wasi Ayllu serán escuelas donde las familias expondrán sus problemas y los maestros le ayudarán a resolverlos. Si una familia no está completa no ingresará al salón de clase. Para que este aprendizaje sea entretenido, también habrá juegos familiares y se le enseñará artes y prácticas de los quehaceres del hogar”. “Entiendo, excelente idea, amada Quillqa. ¿No crees que para que el nombre de ese centro sea fácil de memorizar por la población, podría reducirse a sus iniciales, como por ejemplo ‘Yaway’?”, intervino entusiasmado, el inca. “Sí señor. Usted es lo máximo. Así haré. ¿Lo aprueba también?”, respondió Quillqa. “Hazlo ya. Cuenta conmigo para todo”, admitió Pachacútec. De alegría, esa noche Quillqa no durmió. Dio rienda suelta a su imaginación sobre la ejecución de sus dos proyectos.

Sin que Quillqa le solicitara, Pachacútec delegó a un orejón de su confianza para materializar esas ideas. Empezaron con la búsqueda de un maestro luchador experto en Tinkuy K’uchi. Lo encontraron. Quillqa le propuso a Isópoco. Este aprendió esa lucha a través de su madre, quien

a su vez había sido instruida por su esposo, el finado Kuntur. Este fue uno de los amigos más entrañables de su padre y de Manases.

Isópoco era bajito, delgado y de rostro enjuto, pero con brazos y piernas fibrosas. Era sumamente ágil y era conocido porque había vencido a los guerreros más reconocidos. Le dijeron que venían de parte del inca y se vio obligado a aceptar “gustosamente”. La primera escuela la formaron con un curaca que era conocido porque siempre estaba sonriente. Se llevaba bien con todo el mundo. Sin embargo, cuando veía comportamientos incorrectos se convertía en el puma más bravo de la región y era tenaz en sus medidas correctivas.

“No todo es emocional. Hay muchas cosas que son racionales”, una vez discutió Quillqa con uno de los maestros de la Yaway. “La mujer tiene que estar emocionalmente bien, confiar en sí misma, pero se sentirá así realmente cuando se esfuerce el doble que los hombres. Y la variable tiempo es racional, tiene nada de emocional. ¿De qué sirve decirse a sí misma a cada momento ‘voy a ganar, voy a ganar’, si no entrenas?”, fundamentaba.

Por su inteligencia, muchos conocidos y amigos consideraban una sabia a Quillqa. En una ocasión, un curaca del ayllu más próximo al palacio inca fue juzgado porque no cuadraban las cuentas. Pachacútec, le pidió que le ayudara con la solución de ese caso, pues estaba perjudicando el prestigio de su gobierno. Se detectó que en el año de su mandato 1,000 llamas no habían sido correspondidas con otros productos del pueblo con los cuales había tranzado. El curaca le echó la culpa a su administrador y al encargado del quipu. Cuando fue juzgado dijo que sabía nada del tema, insinuando que los demás habían delinquido y él no se dio cuenta. Quillqa sospechaba de él. “Tiene fama de ladrón y la cara le ayuda”, decía para sí. Pidió a uno de los funcionarios cercanos a Pachacútec para que el juicio se realice públicamente. Se realizó así. Luego al juez le pidió que le hiciera las siguientes preguntas: ¿Sabe que para ser curaca debe ser una persona competente?, ¿sabe que para ser curaca debe ser el más sabio de su comarca?, ¿se considera competente?, ¿se considera el más sabio de su comarca? y ... entonces, ¿por qué siendo competente y sabio, no se dio cuenta que estaban robando al frente de sus narices? ... O, ¿usted realmente es incompetente y bruto? Con esas preguntas, Quillqa quería que el curaca se desespere o caiga en contradicciones. Además, con esas preguntas, en el mejor de los casos, el curaca podría salir libre, pero no ser reelegido por incompetente y bruto.

Muchos soldados incas repetían el abuso que veían cometer a sus jefes. Personas inocentes de los pueblos dominados eran despojados de sus pocos bienes que tenían. Esto llegó a oídos de Quillqa. Por su parte, a pesar del pedido insistente de Quillqa, el inca se resistía a castigar este tipo de comportamientos. Su argumento era: “Todos mis antepasados han actuado así. ¿Piensas que los ocho incas que me antecedieron fueron necios?”. Quillqa, lo miró fijamente, pensó unos segundos sobre cómo persuadirlo y contestó: “No sé. Lo que sí sé es que el incanato cambió casi nada en los ocho reinados. También sé que usted lo está transformando. Sé que no lo está cambiando, lo está transformando”. ¿Y cuál es la diferencia?”, interrumpió el inca. “En que el cambio no elimina el pasado, pero la transformación, sí. El cambio es una acción mejorada del pasado, mientras que la transformación es una actividad que lo veta. Usted, mi señor, ya no es el noveno inca, es el primer emperador. Usted ha desaparecido el pasado. Y su obligación es seguir haciéndolo”. En un primer momento, el inca desatendió los argumentos de Quillqa, pero tiempo después actuó rigurosamente contra ese tipo de atropellos.

Como presintiendo lo que acontecería más adelante, una noche, entre sábanas, Pachacútec le preguntó a Quillqa: “¿Dime una sola diferencia, una que sea la más importante diferencia entre un padre y una madre?”. Quillqa, pensó un momento y lo atendió: “Para una madre la vida de su hijo es más importante que la de ella. Para un padre, no estoy segura”. Pachacútec asintió,

pero con dudas. Quillqa reaccionó: “Se lo digo de otra manera mi señor. Una madre, sin dudarlo, da la vida por su hijo; un padre, lo piensa”.

Sin proponérselo, Quillqa consiguió que Pachacútec, conviva con ella más de la mitad de su tiempo. La coya principal y las otras esposas tuvieron que reprimir sus celos porque habían tenido la oportunidad de presenciar sus habilidades como guerrera invencible. Jamás, se aprovechó de esta preferencia. Nunca indispuso a la coya principal ni a las concubinas.

Cuando la lucha se prolongaba, para estirar los esfuerzos de sus guerreros, Pachacútec les levantaba la moral con la siguiente arenga: “¿Qué está pasando? ¿Cómo guerreros tan inferiores les están resistiendo tanto tiempo? ¿Acaso se están olvidando que ustedes son los vencedores de todo el universo?”. Sobre su discurso, a Quillqa y a sus generales más cercanos les explicaba: “Si quieres agrandar tus resultados, tienes que agrandar tu meta. Si golpeas un tronco esperando que se mueva más, lograrás que ese tronco se mueva un yuku; pero si lo haces deseando que caiga al suelo, te aseguro que lo moverás mucho más que un yuku”.

Pachacútec se quedó en el Cusco y delegó a su hermano Cápac Yupanqui el liderazgo del ejército con destino al norte por la ruta del Chinchaysuyo. En su trayecto venció a los huancas. El jefe de los incas tomó medidas para evitar el saqueo y el abuso y liberó a los cautivos. En compensación, los huancas se comprometieron a honrar las normas incas. Con esta misma estrategia redujo a los pueblos de Huarochirí y Yauyos y luego Tarma. Varias comarcas no ofrecieron resistencia alguna. Así, llegó a dominar hasta la región de Cajamarca.

Pachacútec, persuadido por Quillqa, hizo suyo el rechazo drástico a las atrocidades contra el rival derrotado. El general Cápac Yupanqui en vista que a través de dos asaltos con tropas incas no logró su objetivo de dominar Vilcashuamán y Huamanga, recurrió a la tropa integrada por los chancas. Estos tuvieron éxito, pero asesinaron cruelmente a los soldados rendidos. El inca fue notificado por un chasqui de esta brutalidad y estalló en cólera. A fin de frenar ese tipo de comportamiento y prevenir una reorganización del ejército chanca a partir de la moral que habían ganado con esa victoria, ordenó a su hermano Cápac Yupanqui para que asesine a los chancas, advirtiéndole que si no cumple, se le aplicaría la pena de muerte. El general, no llegó a cumplir la orden y siguió aplicando la estrategia de expansión. Luego de tomar posesión de la región Cajamarca, emprende su regreso a Cusco. Durante este itinerario fue ejecutado por el orejón Inca Apon, a quien Pachacútec le había dado esa disposición.

“Lo veo preocupado, señor. Parece que tuviera un remordimiento”, le dice Quillqa al inca. “La verdad sí. Me duele haber mandado a ejecutar a mi hermano. Mi pena se agranda porque se trataba de un buen soldado. Pero mi aflicción sería mayor si traicionara el principio de la disciplina. El camino a la indisciplina es la repetición de la desobediencia o del capricho. Era mi deber evitar que se repita. Como la persona de mayor jerarquía del imperio, me asiste la mayor obligación de cumplir rigurosamente las instrucciones establecidas. Pero, no te preocupes amada mía. Ya se me pasará. Gracias por ayudarme a botar esta tristeza”.

Era tal la confianza entre el inca y Quillqa, que se apoyaban aclarando cualquier tipo de duda. Estas podían ir desde incertidumbres sobre qué costumbres y comportamientos adoptar o descartar, hasta decisiones de gobierno de gran trascendencia. Después de una reunión con los orejones sobre la jerarquía de los dioses, el inca seguía confundido. El argumento de sus consejeros se cerró en que no era pertinente la pregunta sobre qué Dios era el de mayor rango. Daban por sentado que el Inti era el dios supremo y poner en tela de juicio esa condición, no solo era una osadía, sino un pecado imperdonable. No contento con esto, Pachacútec le preguntó a Quillqa: “¿Quién crees es el dios más poderoso?”. Su amada se quedó sorprendida y no dudó en dar una respuesta puntual: “Inti”. A continuación, el inca dio rienda suelta a su

razonamiento: “¿Un dios supremo se dejaría opacar por la luna en las noches? ¿Un dios supremo se dejaría tapar por una pequeña nube en el día? ¿Un dueño del mundo y señor universal se queda de brazos cruzados y se deja vencer por el aguacero? ¿Un dios supremo sofocaría a sus hijos cuando estos trabajan la tierra?”. “Muy sensato lo que dice mi señor”, aprobó Quillqa y para saber su elección, le consultó: “Entonces, ¿quién es el dios de dioses mi señor?”. “Wiracocha, el creador del cielo y de la tierra, el que nos creó y el dueño de la vida y de la muerte. Por eso yo siempre le ofrezco mis plegarias y sacrificios a él y luego a los demás dioses”.

Conforme el inca se trasladaba de una región a otra en su estrategia de expansión, ordenaba y dirigía las construcciones del imperio. En algunos casos, los reconstruía o mejoraba espectacularmente esperando que se convierta en un inmueble modelo. No le bastaba con que sus congéneres disfrutaran con las obras, anhelaba que ese gozo sea perpetuo de generación en generación. “Seré un emperador digno si logro la dicha de los hijos de mis hijos”, se desafiaba. Así fue con el Templo del Sol y el adorno del Coricancha con grandes riquezas. En este segundo santuario, que fue la primera obra del gran transformador, mandó a labrar la imagen del dios Wiracocha en oro macizo. Intervino directamente en la edificación de hermosos puentes, caminos, pucaras, tambos, acequias, regadíos, andenes y toda obra para la ampliación de la tierra agrícola e infraestructura útil para el desarrollo del imperio. En esta tarea, Quillqa participó activamente y nunca dejó de estar al lado de su amado en las batallas. Dio ideas en las construcciones de Ollantaytambo, Sacsayhuamán, Coricancha, Machu Picchu y otras bellezas más, así como en las obras de desarrollo de la agricultura y de infraestructura para la comunicación y transporte. En las luchas, no solo dirigía la logística, sino era normal su enfrentamiento directo con el enemigo. Siempre salía airosa, y poquísimas veces resultó herida. El bastante tiempo que pasaba con Pachacutec, lo ocupaba también haciendo de su consejera en las principales tomas de decisiones.

El inca era detallista cuando revisaba las maquetas y los mapas en relieve que le presentaban los orejones, e intervenía con ahínco hasta en la decisión sobre el tamaño y la calidad de las piedras que se emplearían. Privilegiaba la belleza de los templos y demás obras, que no tenía reparos en autorizar adornos costosos, tal como los jardines de oro y plata. Las fuentes de agua de los palacios y templos contaban con caños de oro fino y el agua se empozaba en tazas de piedra o en tinajones de oro y plata.

Después de cada campaña militar o construcción importante, Pachacútec autorizaba un descanso que se podía extender hasta dos años. Desde que se profesionalizara el ejército, esta licencia se redujo, pues las tierras de los ayllus dirigidas por los curacas que proveían de hatun runas al ejército, ya no se quedaban abandonadas por la guerra. En este tramo de tiempo, el inca aprovechaba para fortalecer y acrecentar el número de soldados y oficiales, y también para gestionar el imperio desde la capital.

Las esposas del inca, incluyendo a la coya principal Mama Anahuarque, notaron que Pachacútec había perdido interés por estar íntimamente con ellas. Por otro lado, era común que el inca vaya a sus campañas militares acompañado de todas ellas, pero en los últimos tiempos, a lo más llevaba a una de ellas. La concubina Killa Curi, quien sin considerar a Quillqa, era la más bella, estaba resentida. Le chocó que, en los últimos regresos del inca de los campos de batalla a palacio, no le dedicara el tiempo normal de siempre. Se había acostumbrado a que el inca pasara mucho más tiempo con ella que con las demás. Esta indiferencia del inca despertó su curiosidad. “¿Qué está pasando? ¿Por qué el soberano ha perdido interés por mí?”, se preguntaba. En el último retorno del inca al Cusco, no fue visitada y furiosa le dijo a su sirvienta: “No soporto haber pasado a segundo plano. Ayúdame a saber qué está pasando”.

En contraste, Mama Anahuarque era una mujer pragmática y muy centrada. Esas virtudes le daban confianza al inca en los períodos donde la coya gobernaba en su reemplazo. A pesar que ella ya sabía que Quillqa era la mujer que había desplazado a todas las esposas, actuaba como si nada ocurriera. Cuando la mujer de un curaca le chismeó que Quillqa era la nueva amante preferida del inca y que ella gozaba de una gran influencia sobre él, declaró: “Mientras el imperio no esté en riesgo y mientras yo no dependa del inca para gobernar bien durante su ausencia, me interesa un tarwi lo que el soberano haga con su vida interna. Además, cuando me des un mensaje, hazlo completo. Me hubiera gustado que me informes también que esa mujer es una guerrera incomparable y que en los campos de batalla pone en riesgo su vida sin medir las consecuencias. Dame noticias, buenas o malas, pero completas y que sirvan para engrandecer el imperio. Otro tipo de novedades, resérvatelas. No te molestes de ponerme al corriente de informes ridículos, no los toleraré”.

Antes de que el inca tuviera intimidad con Quillqa, cuando volvía a la capital del imperio, se daba tiempo para estar con todas sus esposas. Si bien, más tiempo le destinaba a Killa Curi y a Mama Anahuarque, en ese orden; también se daba tiempo para estar con las demás. Luego, con la presencia de Quillqa, este reparto de tiempo cambió a favor de la guerrera. El soberano, para gozar de una mayor privacidad, había acondicionado una hermosa casa en las colinas de la capital para estar con Quillqa. Durante los momentos que permanecía allí, disponía de una seguridad dirigida por un apu.

El inca falló en su primer intento para someter a algunos pueblos de los Bosques del Este. Para evitar que se repita, Pachacútec optó por dirigir personalmente el ejército. Antes de penetrar esta zona de la selva envió espías para que le informen sobre el clima, la tranquilidad o intranquilidad de los pobladores de esos lugares, el espíritu guerrero de los posibles rivales, disponibilidad de soldados y armas y demás fortalezas y debilidades. Cuando estaba en camino al oriente, un chasqui le da la noticia de la rebelión del Collao. El inca regresa al Cusco, arma su ejército y sale al encuentro de los insurrectos. Los vuelve a sojuzgar. Luego pone al mando a sus hijos para mantenerlos así, y se regresa a la capital del imperio a cumplir labores administrativas. Más tarde, su hijo Túpac Yupanqui se encargaría de dominar a los chachapoyas.

El escape de Quillqa

A pesar de su fuerte personalidad, en la mente y accionar de Pachacútec, todavía regía el qué dirán. Esta fue la causa principal para no presentar a Quillqa como una esposa secundaria formal, ante la nobleza de mayor jerarquía. Orgullosamente, solo la tomaba de la mano y la abrazaba como una esposa, delante de sus allegados de jerarquía media.

Quillqa, cansada de demandarle que la considerara como una de sus esposas formales, y que no la atendieran, un día, al ver que el inca estaba solo, tomó valor e inició la siguiente conversación:

Quillqa: Señor, ¿me concede un poco de su tiempo? Deseo hablar algo serio con usted.

Pachacútec: Sí. Hablemos.

Quillqa: Antes de continuar deseo pedirle que no tome como falta de respeto, lo que yo considero que es justo.

Pachacútec: No te preocupes. Adelante, amada mía.

Quillqa: Si usted me considera una mujer de principios, inteligente y bella, entonces merezco ser una de sus mujeres informales.

Pachacútec: ¡Eso es soberbia, Quillqa!

Quillqa: No es soberbia, señor. No he dicho que yo tengo esos atributos. Dije que usted considera eso, y si fuera altanería, le hago recordar que, así como la humildad es un valor, la

verdad también. Por favor, dígame usted, ¿me considera una mujer de principios, inteligente y bella?

Pachacútec: ¡Claro, no lo puedo negar!

Quillqa: Por lo tanto, es verdad. En el peor de los casos, estaría careciendo de humildad, pero estoy siendo sincera. ¿Qué valor tiene mayor jerarquía? ¿La verdad es más importante que la humildad, o la humildad es más importante que la verdad? Los únicos que pueden dirimir ese dilema, son los dioses.

Pachacútec: ¿A dónde quieres llegar con esos argumentos?

Quillqa: Nuevamente correré el riesgo de que me califique como arrogante, por decir la verdad. Creo que le he demostrado que tengo mayor autoridad moral y capacidad que todas sus esposas secundarias. No incluyo en esta comparación a su esposa principal. Entonces, a lo que deseo llegar es solicitarle que me considere como la primera esposa secundaria.

Pachacútec (levantando un poco la voz): Pero, en esa comparación no estás considerando algo importante, Quillqa.

Quillqa: ¿Qué es eso importante, señor?

Pachacútec: No perteneces a la nobleza inca.

Quillqa: Es cierto señor, no soy de la nobleza, pero esa es una condición, no es un valor. Es una simple regla tradicional. No es un principio social privilegiado, intrínseco a la naturaleza humana, inmutable en el tiempo y el espacio, sobre el cual se basan las decisiones, se determinan los fines buscados y se eligen los medios para lograr los fines.

Pachacútec: Sí, pero con ese precepto nos regimos. Siempre ha sido así.

Quillqa: Le ruego señor que sea consciente que aquí está en discusión qué sustento vale más, una endeble norma o un valor.

Pachacútec (levantando la voz): ¡No seré yo el que incumpla esa regla!

Quillqa: Acepto su criterio, señor. Usted es el inca y yo una humilde hatun runa. Pero déjeme decirle que mi pedido no obedece “al qué dirán”, ni tampoco a una creencia, una costumbre o un capricho. Un capricho, una creencia, una costumbre o el qué dirán, se pueden negociar; pero el respeto a un valor, no.

Pachacútec: ¿Cuál es el valor aquí?

Quillqa: El valor de la justicia, señor. Y no solo se debe ser justo, debe lucharse por ella. Por su naturaleza inalterable y por ser propio de los seres humanos, todo valor se impone.

Pachacútec: Te repito, no seré yo quien rompa esa regla. Ya no deseo seguir hablando sobre este asunto.

Por cuanto el inca no le dio la razón, Quillqa, sin decir ni reclamar nada, decide huir junto con su inseparable y leal amiga Suyai. Mientras tomaba esta resolución se puso a llorar. “Me iré a un lugar donde el inca no llegará jamás”, planeó. En vista que Pachacútec se expandía al norte y al oriente, Quillqa optó por fugarse al sur. En ese entonces estaba en un fuerte construido por el inca en un pueblo de la sierra que tenía como una de sus fronteras, zonas pertenecientes al oriente.

Aprovechando que el inca con un grupo de once soldados de su plena confianza llevaban más de cinco noches de camino internados en la selva, y al escuchar que el soberano había programado continuar con su exploración del oriente por una media luna más, Quillqa se aprovisiona de todo lo necesario para un largo recorrido e inicia su escape. Previa a su salida, engaña al hatun apu (similar a un general de brigada), comunicándole con total serenidad: “Por orden del señor inca, saldré en secreto con destino a un lugar también reservado. Con el fin de ser ignorada por posibles enemigos, no llevaré soldados, solo me acompañará mi asistente Suyai. Nadie debe saber de esto. Para evitar que los soldados de guardia sospechen, acompáñeme al tambo más cercano”. El hatun apu, quien conocía las cualidades sensacionales de Quillqa como guerrera, jamás se imaginó que era una mentira, y obedeció disciplinadamente.

Mientras Quillqa y su amiga fugaban, el gran transformador seguía internándose en la selva. Al llegar a la cima de una montaña, junto con el grupo de once soldados que lo custodiaban, divisaron una pequeña ciudadela cuyas viviendas y todo lo que había allí brillaba. Renunciaron a su necesidad de reposar y bajaron a paso ligero.

Cada vez que se aproximaban se sentían más asombrados. Estando en el lugar vieron y tocaron que todo estaba limpio, en orden, perfectamente edificado y cubierto de oro. “A este pueblo llámenle ‘El Dorado’. Tiene un incalculable valor”, determinó el soberano. De pronto vieron un salón que en su zona de ingreso tenía dos columnas de oro y piedra, y a uno de sus costados observaron que sobre una piedra tallada de oro, cuyas dimensiones eran de un codo en sus tres lados, estaba sentado un humilde campesino tocando una quena. Era cieguito. Ni bien sintió llegar a Pachacútec le preguntó: “¿eres hijo del dios Sol?”. Sí, le contestó Pachacútec, sin titubear. “Pero escucho a otros hombres cerca de ti”, prosiguió el hombre. “Son mis lugartenientes”, le aclaró Pachacútec. El cieguito continuó diciéndole: “sígueme solo” y se dirigió a un cuarto lleno de joyas de oro. “Esto que vez tiene más de veinticuatro mil lunas. Fue construido por dioses y solo para dioses o hijos de dioses elegidos. Por lo tanto, solo será visto por dioses o hijos de dioses escogidos. Yo tengo el encargo de decirte que tú eres el único dueño, y que tus acompañantes tendrán que morir. Solo así se guardará este secreto. Después de mi muerte, que ocurrirá inmediatamente después de terminar de hablar contigo, será confiado a ti. Solo a ti. Y tú serás el responsable de confiarle solo a uno de tus hijos, y así será de generación en generación.

El inca intrigado por lo que acababa de escuchar, pregunta al campesino: “¿Solo lo podrá ver uno de mis hijos elegidos y no vivir allí?”. “Tengo el encargo de comunicarte solo eso, no más”. El inca no insistió sobre su inquietud, pero deseaba saber algo más: “¿Puedo elegir a mi hijo a mi libre albedrío? El cieguito, le respondió: “No. Es fundamental que ese vástago tenga autoridad moral”. “... Perdón, ¿cómo sabré si goza de autoridad moral?”, preguntó intrigado el inca. El invidente respondió: “Tendrá autoridad moral si demuestra con hechos concretos que fue tentado y no robó, no mintió y no flojeó. Si solo habla de no robar, no mentir y no ser ocioso, no ostentará autoridad moral”. “Muy bien, muy bien, entendido”, remarcó Pachacútec. Luego, el soberano le pidió permiso para seguir viendo la ciudadela.

Cuando Pachacútec y sus hombres se pusieron a observar unos dibujos de animales cuyas líneas eran de oro, el humilde anfitrión se acercó a Pachacútec y le dijo al oído: “Es tiempo de que tus amigos se retiren, ya no pueden continuar observando lo que está reservado para los dioses y para los hijos de dioses elegidos”. Sin discutir, el inca hizo una seña a sus soldados para que emprendan la retirada.

Estando a unos veinte codos de la entrada de la ciudadela, el soberano dispuso el regreso al fuerte. En ese preciso instante observó que el invidente se convirtió en cóndor y se dirigió a la cordillera. Posteriormente, sus acompañantes fueron muriendo uno a uno. El primero, se resbaló de una roca inclinada y cayó a un abismo, otro fue picado por una serpiente venenosa, y así hasta quedarse con un solo soldado. A unos veinte mil codos del fuerte, el último soldado fue mordido por un puma, pero no murió al instante. Sin embargo, no soportó la abundante pérdida de sangre y murió a unos cien codos de la entrada del fuerte.

A su llegada, el inca se dirige a la tienda de Quillqa y no la encuentra. Entonces, pide que se le reporte el hatun apu. Este le informa al detalle la conversación que mantuvo con la guerrera. El inca se molesta, pero al instante se controla y le dice al general: “Ahhh... es cierto, me olvidé de ese encargo secreto que le ordené”. El soberano dedujo que había huido a raíz de la última conversación que sostuvieron; y para evitar una decisión equivocada producto de su rabia, prefirió hacer nada al respecto.

Sin pretenderlo, Quillqa huye por los lugares donde el hijo de Pachacútec, Tupac Yupanqui, llegó a expandirse. Para paliar el hambre de ambas, llevó consigo camote y charqui (carne seca con sal). En esta huida le sirvió mucho lo que sembró, regó y cultivó: lealtad. Ella, para conseguir la fe de las personas utilizó dos armas: la lealtad y la verdad. “Los caminos a la fe son la lealtad y la verdad”, se repetía. Suyai no era la única que la protegía y escondía, sino también el personal de servicio del inca y las personas que la llegaron a tratar.

En su trayecto hasta Cusco no tuvo muchos problemas, pues contó con el apoyo de la gente que la conocía. A todos les expresaba: “Por razones de seguridad estoy viajando a escondidas a la capital. Tengo que cumplir con una misión delicada que me ha ordenado el inca”. Todos le creían y se esmeraban por acogerla de la mejor manera. Ella se sentía feliz con estas atenciones.

No llegó a Cusco. El riesgo de hacerlo era muy alto. El personal de confianza de alto rango del inca la conocía y a través de los chasquis estaban al tanto de todo. Por eso eligió los caminos que habían en las comarcas ubicadas al este de Cusco. Cada una llevaba una llama macho para la carga que transportaban. En cada animal llevaban unos 20 kilos entre ropas y víveres. Quillqa, oculta en un bolso delgado de tela de siete colores llevaba una wino de unos 45 centímetros.

Las amigas no tuvieron muchos problemas para llegar a la región de Ariaka o Arica. Allí recibieron ayuda de una familia muy humilde. Pasaron dos noches allí y continuaron su camino. A la noche

Quillqa, después de un poco más de una luna y media se dio cuenta que estaba embarazada. Ella se dio cuenta de su estado porque su ciclo menstrual era regular y empezó a tener mareos y náuseas. En un primer momento pensó: “Él es un hombre muy responsable y me ama, entonces me perdonará, pero será más fuerte en su decisión de no presentarme como su esposa”. Entonces persistió en su escape. Su tormento empezó desde que pisara un pueblito de la wamani Ariaka (actualmente se llama Arica y está ubicada al norte de Chile), provincia que pertenecía a la región del Collasuyo. En aquel momento, en esa zona era poco conocida. Poco tiempo después, esta situación cambió. La noticia de su escape se esparció por los chasquis y al mismo tiempo, su buena fama como persona y guerrera.

En su fuga, Quillqa sufrió de todo. Después de recorrer las regiones de Tarapacá, Antofagasta y Atacama, y estando embarazada de unos cuatro meses llegó a un pueblito de la región de Coquimbo, donde la mayoría reflejaba amargura en sus semblantes. Su embarazo pasaba inadvertido. Cuando ya caía el sol, se acercó a un tambo que había al costado de un camino. Se acercó para solicitar albergue y un poco de alimentos, a cambio de pagarle con trabajo. La mujer que atendía allí era una amargada que con voz prepotente y cortante le dijo: “Siga su camino. No le daré nada”. Saliendo del tambo, fue interceptada por un hombre fornido. Era el guardián nocturno de ese pueblo. Este, sin dar ninguna aclaración y sin considerar el estado de Quillqa, la tomó del brazo y la llevó a un calabozo. Quillqa permaneció quieta. Pensó que si le propinaba una golpiza no conseguiría sus objetivos.

Quillqa pasó hambre toda esa noche. Al amanecer, la sacaron del calabozo y la presentaron al jefe de la comarca de nombre Yagán. Era un hombre tosco nacido en una de las islas del archipiélago fueguino en el extremo sur de Chile, que por su habilidad para el comercio, los habitantes de esa comarca lo habían elegido como su representante. Había realizado trueques de todo tipo, empezando con peces hasta llegar al intercambio de joyas. Era un gran buscador de productos con alta posibilidad de ser intercambiados con ventajas y de mercados atractivos con alto volumen de trueque. “No me gusta perder el tiempo en minucias”, le comentaba a sus allegados.

Para ganar su estadía, Yagán le propuso ser concubina temporal de uno de sus hijos. Quillqa, en silencio dijo: “Ese debe ser detestable para las mujeres”, y luego respondió: “No señor, por favor plantéeme otra cosa”. “Ya que no aceptaste la buena propuesta que te hice, lo único que te queda es batirte cuerpo a cuerpo hasta la muerte con nuestro guerrero más fuerte”, sentenció el jefe del pueblo. Fingiendo temor, la guerrera le contesta: “Si no tengo otra opción, acepto, señor”. Luego, habló consigo misma: “Lo haré máchica”.

El guerrero era alto y fornido y por esa razón salió confiado y pretendiendo terminar la pelea en el primer ataque, se abalanzó con sus puños sobre la guerrera. ¡Se dio una tremenda sorpresa! Quillqa lo esquivó, le puso una zancadilla y cayó abruptamente al suelo. Este ataque y defensa se repitió unas tres veces. Quillqa, en base a su destreza ganó el combate fácilmente y en menos de dos minutos. Más que pensar en el rival, tenía cuidado de proteger a su bebé. Evitó acercarse a su oponente para evitar el forcejeo. Utilizó su agilidad felina y resistencia. Hizo cansar a su oponente hasta asentarle un codazo en el mentón y dejarlo noqueado. Le dieron una cabaña de adobe con techo de paja y hojas que evitaba la lluvia.

Estando en la vivienda, sintió dolores en el vientre y se asustó. Suyai salió corriendo a buscar a Yagán y le informó que su amiga estaba gestando y que en ese momento tenía fuertes dolores en el vientre. El rudo hombre se compadeció y salió disparado a buscar a la curandera del lugar. Después de unos brebajes, la guerrera se recuperó. Una vez que se le quitó el dolor, Yagán la invitó a quedarse una noche más. Cuando el jefe de la comarca le preguntó de dónde venía, la guerrera le contestó con una evasiva: “No sé de dónde vengo ni a dónde voy”. Yagán volvió a preguntar lo mismo y Quillqa nuevamente lo atendió con el mismo estilo: “De ‘tones’”. “¿De tones?”, re preguntó el anfitrión, Quillqa, tomándose el estómago le dijo: “Para los preguntones”. Yagán sonrió y ya no preguntó más.

Quillqa huyó físicamente del inca, pero se prometió tenerlo en su corazón hasta el día de su muerte. El recuerdo la conducía a dialogar consigo misma: “¿Por qué me enamoré de él? Nunca me obligó a estar con él. A pesar que le demostré mi sumisión, siempre me dijo ‘cuando estés segura de entregarme tu corazón y no tu cuerpo, ofrécame tu cuerpo’. También admiré su firmeza para tomar decisiones. Solo tenía infinitudes de dudas antes de poner en marcha algo, pero una vez que pasaba la etapa de la meditación, no daba marcha atrás. Jamás se confiaba. Para él no existían enemigos débiles. Toda batalla era planificada al detalle. Siempre se daba la tarea de verificar si sus soldados estaban dispuestos a todo y preparados en todo. Bastaba observar pequeñas dudas en los soldados, para no salir a combatir. Para él un buen soldado era aquel que estaba dispuesto a todo y preparado en todo. Me gustaba también que compartiera sus dudas y temores conmigo. Estoy segura, que con la única que compartía estas cosas, era conmigo. Su carácter era indomable. Era incorruptible. Podía equivocarse, pero no era por efecto de su vanidad y menos de una vil intención. Es inigualable. Aprenderé a ser feliz recordándolo”. Pero se engañaba, en realidad se afligía.

La ausencia de Quillqa puso melancólico a Pachacútec. Se le quitaron las ganas de continuar expandiéndose. No cesaban los recuerdos de sus días felices con Quillqa. Pachacútec reconoció que estaba en desequilibrio. Ganaba batallas, pero estaba triste. Volvió a su mente, el encuentro con Alejandro Magno. Pensaba: “La realidad es que me va bien como guerrero, pero como persona no. Un mayor tiempo como militar me hace ganar batallas, pero disminuye mi tiempo para estar tranquilo personalmente. ¿Cuál es el límite?”. De pronto recordó uno de los errores de Alejandro Magno. El macedonio le había dicho: “La búsqueda de la gloria me cegó Cusi. No solo me olvidé de disfrutar personalmente de lo que había logrado. Mi ambición arrastró a lo mismo a mis generales y soldados. Al final, poco sirvió ganar batallas y conquistar países a cambio de perder mi felicidad y de mucha gente leal. No cometes ese error Cusi. Serás un genio

si tu grandeza como soldado no es opacada con tu pequeñez como individuo. El amor a la gloria militar no tiene valor si como dices, no logras tu paz. No seas un tesoro sin valor, mi estimado Cusi”.

Pachacútec tenía la mirada perdida. Todo lo que veía la hacía recordar a ella. La tristeza dominaba sus días. Su corazón se impuso al qué dirán y al raciocinio habitual. Comprobó que a veces el corazón piensa mejor que el cerebro. Le parecía injusto el reclamo reiterado de Quillqa. Ahora creía que lo justo era que Quillqa sea su esposa principal. “Las tradiciones no son medidas de la justicia”, se increpaba. Y continuaba: “Mi cerebro no puede estar en desequilibrio con mi corazón”. La pena que sentía le sirvió para cuantificar la importancia de las mujeres que tenía.

Después de cavilar, el inca llegó a la conclusión de que necesitaba dedicar tiempo a su amada Quillqa. El límite fue el tiempo mínimo que tenía que dedicarle a su paz, a su tranquilidad. “Necesito balancear el tiempo y el esfuerzo que me demanda mi estrategia expansionista con lo que dedico a mi vida personal. Y no por egoísmo, sino porque una falla en el segundo campo repercutirá negativamente en el primero”, pensó Pachacútec. El gran transformador del mundo, siguió meditando: “Mi hijo Amaru no tiene la capacidad suficiente para cubrir el vacío que dejaré. Ha tenido la oportunidad de cogobernar cinco años conmigo y en el aspecto militar no se ha hecho digno de mi confianza. Es demasiado pasivo. Poco me servirá estar en paz en lo personal, si estaré ansioso en el terreno militar. Por otra parte, Amaru no es ambicioso, y es muy probable que se sienta aliviado cuando le comunique que su hermano lo reemplazará”.

Túpac Inca Yupanqui: cogobernador del imperio

Los pros y contras analizados, calmaron al inca. Decide entonces designar a Túpac Yupanqui como cogobernante en lugar de su hermano Amaru. “Túpac Yupanqui es un gran estratega, un brillante soldado y privilegia los intereses del imperio sobre los suyos, él me dará la seguridad que necesito”, reflexionó Pachacútec. Convoca a sus dos hijos y les comunica esta determinación. Por los supuestos que había elucubrado el soberano y porque Amaru era consciente del valor de su hermano, no opuso ninguna resistencia. “Yo continuaré en el norte y el oriente, y tú te ocuparás del sur”, le ordenó el inca a su hijo. Túpac Yupanqui se quedó sorprendido, pero contento, con esta resolución.

Entretanto el inca disipaba su duda sobre regresar o no, en busca de Quillqa, a ella le empezaron a salir manchas en la piel, padecía de pequeños dolores en la espalda y su abdomen empezó a crecer. Esta condición le favoreció. Los hombres y mujeres a los cuales servían a cambio de alimentos y hospedaje, eran muy atentos. De este modo recorrieron desde Valparaíso hasta las regiones de Maule y Ñuble. Quillqa, a punto de dar a luz siguió fugando. Al día siguiente de haberse alojado en un pueblo pequeño de la región Biobío, alumbra a su hijo. No necesitó elegir su nombre, pues el día que se le apareció Mama Quilla, planeó que en caso de que tuviera un hijo varón llevaría el nombre de Ayar, que significa “grande”. Los dioses seguían de su lado. Le cayó simpática a la partera que la atendió y esta no le cobró, y los esposos que la albergaron la invitaron a quedarse hasta que su bebé esté fuerte. Quillqa correspondió esa bondad con bastante trabajo doméstico y, Suyai, con labores agrícolas en las tierras de los anfitriones. Allí permaneció tres meses. Muy agradecidas se despidieron de los esposos y de sus cuatro hijos.

La elegida por los dioses, a mayor tiempo huyendo, más sufría. Por ratos se sentía injusta con Ayar, pues se reprochaba: “Por mi culpa mi bebé no goza de su padre”. El recuerdo y el sentimiento de culpa, por ratos debilitaban sus ganas de persistir en su retirada. ¿Acaso la razón de ser de un ser humano no es vivir para la felicidad? Se cuestionaba. ¿Por qué entonces me alejo cada vez más de ella? Su corazón se imponía y se aferraba a su alejamiento.

Tiempo después, cuando Quillqa llegó a la región de La Araucanía, Túpac Yupanqui llega a saber la razón por la que su padre siempre estaba nostálgico y el motivo más importante que lo llevó a pedirle que cogobierne. Averigua y llega a saber que Quillqa era una de sus mujeres y que había fugado muy hacia el sur, buscando un lugar donde su padre nunca la encuentre. Pero lo que más le llamó la atención de su indagación fue que se trataba de una guerrera invencible. Al general Kunturi le comentó alguna vez: “Merece mi respeto y reconocimiento por haber salido viva pensando en perderla a favor del imperio. Y eso es lo que más me importa”.

Una vez que Pachacútec terminó de organizar el gobierno de un pueblo que acababa de vencer y anexas, se acerca a su hermano Roca y le dice: “Hermano, debo comunicarte algo confidencial. He pensado comunicar al general Kiruka para que se quede al mando del cuartel del ejército de aquí. Quiero que me acompañes en mi regreso a Cusco. Retornaré en busca de Quillqa. No estoy tranquilo. Sé que ella sufre también. La necesito para estar alegre e inspirarme”. “Pero, ella escapó. No debió abandonarte sin tu autorización. ¿No crees que primero ella debe pedirte perdón?, le sugiere Roca. Pachacútec, tomando del hombro a su hermano le aclara: “Quillqa no me hizo ningún daño, no tengo de qué perdonarla. Su obligación no fue estar a mi lado contra su voluntad. No hubo desobediencia. Sería vil si por mi condición exijo amor. A Quillqa no le di su lugar como esposa, y por lo tanto no estaba obligada a amarme. Yo siempre le di el derecho a rebelarse contra lo injusto. Ella me ha obedecido haciendo respetar ese derecho. Esperar perdón abusando del poder es ruin. No hay nada que perdonar, hermano”. Roca, solo movió la cabeza de arriba-abajo dando a entender que había recibido una gran lección.

Al día siguiente, antes de decirle su decisión al general Kiruka, uno de los espías informa al inca que el grupo rebelde que había fugado, estaba haciendo coaliciones con algunos señoríos para contraatacar. La desconfianza que tenía el inca sobre la capacidad de maniobra de Kiruka, desalentó su regreso.

Ayar, el hijo de Quillqa, ya tenía un año cuando ella toma conocimiento de que su esposo ya no cogobernaba con Amaru, sino con su otro hijo. También, un chasqui amigo le advierte que Túpac Yupanqui la estaba buscando. Ella se encontraba en un pueblito ubicado en la región de la Araucanía. Como respuesta toma la decisión de escapar a un lugar donde tampoco el hijo del inca la encontraría. Debido a esto, en su trayecto iba investigando donde estaban los ejércitos de los pueblos por los cuales pasaba, para evitarlos, y así no recorrer los mismos caminos de Túpac Yupanqui. Quillqa creyó que lo más seguro era cambiar de travesía.

Quillqa y Suyai se dieron cuenta que varios campesinos tomaban balsas para dirigirse a una isla donde le habían dicho que habitaban personas dedicadas exclusivamente a la pesca. Ese medio de transporte servía para realizar trucos entre campesinos y pescadores. Algunos también eran útiles para que los ribereños pesquen a 600 y 800 codos mar adentro. “Tomaremos una de las balsas con dirección a la isla, y allí nos instalaremos”, le dice Quillqa a su amiga.

Planeando en que se transformarían en pescadoras, por tres días se pusieron a observar a los humildes pescadores ribereños. De esta manera aprendieron en qué lugar lanzar la red o el anzuelo y los medios a utilizar. También trabajaron ayudando a las mujeres de los pescadores en el traslado de las canastas de caña con peces hasta un centro muy humilde de comercialización de productos hidrobiológicos.

Vendieron sus dos llamas, compraron todo lo indispensable para habitar en la isla y dedicarse a la pesca, y posteriormente seleccionaron la balsa que los llevaría. Ayar solo tenía año y medio y por eso tuvieron mucho cuidado de arroparlo bien. Una vez todo listo y con mucho optimismo, los tres subieron a la pequeña embarcación. “Imposible que Túpac Yupanqui me busque allí”,

proyectaba la guerrera. Se equivocó. No era muy común ver en esos lugares a dos mujeres y un niño. Lo normal, en la playa donde estuvieron, era ver rudos pescadores entrando a la mar y mujeres solas jalando las canastas con los peces que sus maridos les iban entregando.

Túpac Yupanqui perseguía a Quillqa, pero nada le desconcentraba de su hambre de expansión. Se preguntó: ¿El Imperio o la aflicción de mi padre? Y más lo motivaba su sed de grandeza. Como meta personal tenía superar a su padre en todo sentido y estaba dispuesto a todo. Ese, probablemente, era el detonador que le hacía ganar las batallas. Hasta ese entonces, ya había vencido a los mapuches, araucanos y a los guerreros de la región de Maule. No obstante, no perdía de vista a Quillqa. Ya sea por su rebeldía o por sus talentos, quería conocer a Quillqa. No le interesaba localizarla, simplemente.

Unos nativos le informaron a Túpac Yupanqui que habían visto a Quillqa con un niño en sus espaldas y acompañada de una joven, subirse a una balsa. El hijo de Pachacútec, curioso por saber acerca del niño, se enteró que se trataba del hijo de Quillqa. Al saberlo, pensó: “Ese bebé es un príncipe como yo, es mi hermano”. De inmediato, ahora con el objetivo no solo de hacerla amistad con su padre, sino además de hallarla para brindarle su protección y apoyo, mandó a construir una balsa grande y fuerte para seguirla. Lo que no supo Túpac Yupanqui es que Quillqa se lanzó al mar desde la balsa donde huía porque siete facinerosos la quisieron violar.

La expedición en el mar de Túpac Yupanqui, estaba integrada por un apu, un runancha y 20 aucac runas. Antes de subir a la balsa que mandó a construir, había instalado un fuerte en la región de La Araucanía, y lo puso al mando de Kunturi, quien era un hatun apu (general de brigada) muy valiente y leal. Solo le comunicó que salía con la misión de buscar a una gran guerrera que respeta mucho. El ejército se había asentado en un pueblo que, por su forma de serpiente, llamaron Amaru.

Antes de salir a la mar, Túpac Yupanqui envió un mensaje a la capital del imperio comunicando que se había embarcado en la mar al frente de la playa del pueblo Amaru en búsqueda de la guerrera y de su hermano, el hijo de Quillqa. En el escrito le pidió que le dejara todo en sus manos y se comprometió a llevar a Quillqa y a su hijo en perfecto estado de salud. También le dijo que Quillqa era una mujer valiente y leal al inca y que le merecía todo su respeto. “Estoy seguro que con lo que aquí le digo, la tristeza y preocupación de mi padre disminuirá. Suficiente con los problemas que le acarrea el gobierno del imperio”, meditó.

El quipu con la noticia, estaba dirigido a Pachacútec, pero como el inca estaba en campaña fue recibido por Mama Anahuarque. “Yo le entregaré a mi esposo cuando regrese”, le comunicó al joven corredor. El chasqui, como hombre noble de confianza del inca, conocedor del poder absoluto que poseía Mama Anahuarque en la capital, en ausencia del soberano, no puso ninguna objeción y simplemente se despidió. La coya, creyendo que se trataba de algo muy urgente abrió el bolso donde iba el mensaje y lo leyó. “Ummm... lo del viaje preocupará a mi esposo, pero la parte del compromiso de mi hijo Túpac lo tranquilizará. Él no duda de la capacidad y la palabra de mi Túpac. Esto favorece al imperio”, pensó, y guardó el quipu.

Para subir a la balsa que había elegido, Suyai tuvo que pagar con todos los víveres que le quedaban. Quillqa, encargó a Suyai que lleve su vino y subió a la balsa llevando a su hijo en sus espaldas. El bebé estaba atado con una lliclla (manta colorida). Los nudos de la manta estaban a la altura de los senos de Quillqa. Suyai se puso nerviosa al ver que todos los tripulantes eran hombres. Quillqa, desata la lliclla para acomodar a su hijo en sus brazos, tomó un brazo a Suyai y se acurrucaron en uno de los costados de la balsa. Quería pasar desapercibida. Pero eso era imposible. Su belleza no era común, no se veía en todas partes. Observando la cara de tres de los tripulantes percibió que tendría problemas. Inmediatamente, a la par que con señas le pedía

a Suyai que le alcance la wino, se desató la lliclla y volvió a colocar a su hijo en sus espaldas. Suyai la entendió y le lanzó la wino.

Cuando ya estaban a unos 200 metros mar adentro, dos de los bribones se acercaron a Quillqa y uno a Suyai. Uno de ellos, mientras vociferaba “serás mía, serás mía”, pretendió desatar la lliclla (manta colorida), para luego abusar de ella. Suyai se desprende del hombre que la estaba acorralando y se acerca a defender a su ama, pero recibe un puñetazo en la cara y es derribada por uno de los hombres. Quillqa, a pesar de la desventaja de llevar a su hijo en sus espaldas, desembolsó su wino y tomó una estaca que había en la balsa. A uno de los maleantes le clavó la wino en el cuello y al otro le introdujo la estaca en el estómago. Por cuanto la estaca tenía astillas por todos lados, le hizo herida en la mano izquierda y por esa razón la arrojó y solo se quedó con la wino. Con una agilidad felina, se acercó a Suyai para auxiliarla. Ella seguía atontada en el suelo y el hombre que la agredió le estaba quitando la ropa. En pocos segundos Quillqa penetró su wino en las costillas del agresor. Al ver la actitud y habilidad de Quillqa, los otros cinco tripulantes se alejaron un poco y se pusieron a buscar sus macanas, para contra atacar. Quillqa, para evitar asesinarlos y quedarse sin rumbo en la balsa, aprovechó ese momento para levantar a Suyai, sujetar fuertemente la lliclla y lanzarse al mar.

Para suerte, ambas no sabían nadar, pero lo bueno fue que no temían al mar. Quillqa recordó cómo su perrito Medor sobrevivió cuando se cayó al río, y le grita a Suyai: “Como Medor, nada como Medor”. Así lo hicieron. Quillqa braceó evitando que su hijo tragara agua. Suyai hacía lo mismo y levantaba la lliclla para que no se hunda. Cansadas y con sus corazones acelerados, pero con el niño sano y salvo llegaron a una de las playas de la región de La Araucanía, donde estuvieron anteriormente.

Quillqa es capturada por el ejército inca en la región de La Araucanía

Continuaron su camino buscando un lugar para alimentarse y guarecer. Para su mala suerte, solo había pasado un día desde su contrariedad en la balsa, y fueron encontrados por soldados pertenecientes al cuartel inca que había dejado Túpac Yupanqui para someter a los mapuches rebeldes de ese lugar. Debido a que el general Kunturi, en obediencia a Túpac Yupanqui, había expresado su respeto a la guerrera; por el gran prestigio de ella y por haber sido la esposa del inca Pachacútec; los soldados que la llevaron a la celda, la trataban con mucho respeto, y le acondicionaron una cama especial para ella y su hijo, y otra para Suyai. La guerrera, tomó este incidente como algo bueno que le estaba pasando. Pensó: “No me puedo quejar, percibo que estaré encerrada, pero que me tratarán bien y no nos faltará cobija y alimentación. Esta es la ley de lo bueno en lo malo. En lo malo de estar prisionera existe lo bueno de tener todo lo indispensable. Así es la vida”.

Estando en prisión, Quillqa no fue tratada como una enemiga del ejército. Hasta el mismo Kunturi pensaba que era injusto que esté allí. Pero como no sabía qué hacer, la dejó encerrada. Autorizó que la dejen caminar en el patio, pero nunca los tres a la vez. Si, por ejemplo, Quillqa salía, Suyai y el niño se quedaban en la celda. Para distraerse, Quillqa conversaba con algunos soldados. Ella les caía simpática. Fue así cómo se enteró del viaje que había realizado Túpac Yupanqui y que, habiendo transcurrido media luna, no regresaba. Esta noticia hizo suspirar de alegría a la guerrera.

Antes que transcurra una luna, Quillqa, estando en prisión, el ejército inca fue atacado por un grupo numeroso de mapuches aguerridos, que cuando fue vencido por los incas emprendieron la huida. El ataque fue en la noche, cuando había poca guardia. La tropa de Kunturi sufrió un

ataque inesperado, pero dio batalla. Personalmente, antes de morir provocó 10 bajas en el enemigo a punta de huaraca y lanza.

El ejército inca se empezó a desordenar. Los gritos de guerra inundaron el lugar. Quillqa, su amiga y su niño estaban profundamente dormidos y despertaron. El enemigo prendió fuego para hacer salir a los soldados que estaban en sus carpas y esperarlos con sus flechas y lanzas. Quillqa, preocupada por el avance del fuego, grita a su celador solicitándole que la libere. “Te prometo que el inca sabrá que me ayudaste y que salvaste la vida del príncipe”, le dijo con potente voz. Ella estaba en una habitación antigua de piedra que hacía de prisión para los enemigos del ejército inca. El vigilante, más por piedad que por la motivación que escuchó de la guerrera, la dejó libre. Al instante, Quillqa le pidió que le dijera donde podría encontrar armas. El vigilante le hizo señales del lugar. Dejó a su hija y a Suyai a buen recaudo y le exigió a Suyai que cuidara la vida de su hijo.

Inmediatamente, la guerrera se acercó al lugar de las armas y tomó una wino, una huaraca y se puso al hombro un bolso de tela conteniendo piedras. Lanzado arengas inició su participación en el combate. “No retrocedan. Hagámosle frente, botémoslos de nuestro fuerte”, increpó la guerrera a los soldados que empezaron a replegarse y permitiendo así que el enemigo avance en su destrucción del cuartel. Su ejemplo animó a los soldados incas. Se batió con todo. Ocasión consecutivamente varias bajas con su huaraca, y cuando estuvo cerca al tumulto de la pelea cuerpo a cuerpo, cayeron muchos enemigos. Peor le fue a los rebeldes cuando la guerrera los enfrentó cuerpo a cuerpo. Los apus y soldados del ejército se quedaron fascinados con su intervención. “Era muy cierto lo que contaban de ella”, dijo Samin, uno de los capitanes del ejército.

Quillqa llega a ser jefe del ejército en la región de La Araucanía

“Una derrota catastrófica, la convirtió en victoria”, volvió a comentar en voz alta el apu Samin. Los demás oficiales y soldados aplaudieron, menos el apu Uchuwa. Luego, los soldados se retiraron a sus respectivos puestos y los ocho apus del ejército la rodearon formando un círculo. “Estamos a sus órdenes, guerrera inca”, tomó la iniciativa Samin. Quillqa, se tomó una pausa y recordó lo que alguna vez le dijo Pachacútec: “No me gusta el hipócrita que queriendo algo lo disimula con diplomacia. El verdadero líder corre el riesgo de que lo tilden de arrogante a cambio de imponer la verdad. Si realmente eres el más preparado, asume el liderazgo sin titubear”. “Acepto”, fue su respuesta.

Desde el día siguiente a este episodio, los oficiales y soldados de mayor jerarquía le hicieron reverencia en señal de sumisión y aceptación de su liderazgo. Sin embargo, el más grandulón del ejército, el apu Uchuwa, no quiso aceptarla como jefe. “Solo un hombre nos puede dirigir. Tú no. Tendrás que vencerme para aceparte como jefa”, la desafió. Quillqa, sin dudarle, aceptó el reto. Salieron al patio que estaba ubicado al centro del fuerte. Él llevó su wino y lanza. Quillqa le exigió: “cuerpo a cuerpo, nada más”. El combate duró unos 15 minutos. En ese tiempo, el grandulón se cansó de golpear al vacío. En el último minuto, Quillqa al verlo cansado arremetió con los pies y el puño hasta dejarlo rendido en el suelo. Al final le tendió la mano para que se levante. Uno de los apus del ejército, que sabía de la fama de Quillqa con la wino, le preguntó: “¿Por qué no le pidió pelear con la wino, si usted es invencible con esa arma?”. Le respondió: “No puedo humillar a mi ejército. Traté de derrotar a un apu, no desmoralizar a todos los soldados”. En este momento recordó las enseñanzas en el manejo de la espada que había recibido de su maestra, la samurai Tomoe. A pesar de su inobjetable derrota, el rostro de Uchuwa reflejaba rencor y anhelos de venganza.

Quillqa temía el regreso de Túpac Yupanqui y por eso pensaba una razón para dejar lo más pronto el liderazgo de la tropa inca. En el interín ideaba una forma inteligente de continuar con su fuga y se dio tiempo para sembrar camote y preparar el charqui que extrañaba.

Para no llamar la atención del imperio convocó a los capitanes y les indicó que la estrategia bajo su mandado sería la defensiva. “Nada de expansión por ahora. Tenemos que esperar el regreso del inca Túpac Yupanqui. Y mientras tanto duplicaremos la guardia día y noche frente a posibles rebeliones”. Además, para evitar que en la capital llegue la noticia de que ella estaba al mando del cuartel inca del pueblo de Amaru, ordenó que toda correspondencia sería recibida personalmente por ella.

Cuentan que gracias a Quillqa, Túpac Yupanqui, sin haberlo planeado descubrió Oceanía, específicamente una de sus regiones: la Polinesia francesa. Llegó allí 17 años antes de la llegada de Cristóbal Colón a América.

La concubina de nombre Killa Curi, a quien el inca la consideraba la más bella después de Quillqa, con la diferencia que sí la presentaba formalmente como una de sus esposas; tomó conocimiento de que Quillqa era la acompañante preferida de su esposo. La fama de Quillqa como consecuencia de su protagonismo en las batallas del ejército inca fue objeto de comentarios, primero en la nobleza y su entorno, hasta hacerse popular. A la par de sus cualidades como guerrera se empezó a comentar de su vida personal hasta relacionarlo con la del soberano.

A la concubina también le dijeron que la ex virgen del sol, harta de que la negaran como esposa formal, había abandonado al inca. Su rencor y envidia se unieron y aceleraron su decisión de indagar todo sobre ella. A uno de sus vasallos le dio el encargo de identificar los amigos y compañeros más cercanos de Quillqa. La concubina era bella, pero envidiosa y mala. Se sentía frustrada porque el inca no la reconocía como esposa principal en lugar de Mama Anahuarque, a pesar que era más bella. Se sobrevaloraba, pues ansiaba ocupar ese lugar sabiendo que una razón era que no le daba un hijo al inca; y otra, la mayor capacidad como gobernante que gozaba la coya principal. Solo Killa Curi sabía su condición de estéril.

El sirviente empezó rastreando a los padres de Quillqa. En conversación con algunas de las familias que pertenecían al ayllu Humaya, averiguó quiénes fueron los amigos de Quillqa. Llegó a dialogar con ellos y todos recordaban a Quillqa por su buen comportamiento. No le mencionaron siquiera un defecto. “Ahhh... se llevaba bien con todos... ¿no hubo alguien a quién le caía mal?”, preguntó el plebeyo. Uno de ellos le respondió que sí, refiriéndose a Tupu. A este malvado le salió el tiro por la culata. No soportó el desplante de Quillqa y esparció su odio difamándola y luego pretendió, sin éxito, hacer creer a sus amigos que ella le había declarado su amor y que él la rechazó porque no eran de su interés las mujeres fáciles. Sus amigos se alejaron de él. Lo creían un cobarde y encima mentiroso. El gran error de Tupu fue hablar mal a personas que ciegamente creían en Quillqa.

El vasallo le informó a su jefa sobre todo lo que había investigado. En vista que los malos se atraen sin necesidad de buscarse mucho, Killa Curi sonrió maliciosamente en señal de que había hallado el aliado perfecto. Sobre la marcha pidió que ubiquen y traigan a Tupu a su presencia. Cuando el envidioso y despreciable Tupu estuvo ante ella habló hasta de lo que no le preguntaron y para que ella le crea, utilizaba los nombres exactos de las personas aludidas. Empezó diciendo: “Quillqa no merece estar en el acllahuasi. Ella estaba impedida de ser una virgen del sol. Es una mujer capaz de hacer cualquier cosa con tal de lograr lo que quiere. La conozco bien porque éramos amigos íntimos y aprovechándose de esa confianza, me declaró su amor y yo no la acepté porque le dije que le tengo alergia a las mujeres fáciles”.

La concubina le interrumpió: “Antes que sigas, cuéntame cómo es eso de que no mereció ser una virgen del sol”. Tupu le respondió: “Llariku, el padre de Quillqa, un hatun runa arribista, deseaba a toda costa que su hija ingrese al acllahuasi. La ocasión para lograrlo se le presentó cuando el curaca Punku se ausentó del ayllu Humaya. Al ver que el apu panaca Mayu se estaba acercando al grupo de personas que estaba cultivando papa, tomando de la mano a su hija se dirigió a los agricultores simulando que les daba indicaciones. Esta acción confundió a Mayu. El apu panaca creyó que Llariku era el curaca. Luego al observar la belleza innegable de Quillqa, Mayu le preguntó quién era la niña y Llariku, ni corto ni perezoso, le dijo que se trataba de su hija. Luego, Mayu tomó la decisión de llevársela como virgen del sol. Llariku, en lugar de aclararle las cosas, bajó la cabeza en señal de reverencia y le dio las gracias”.

La malvada Killa Curi y su plan para eliminar a Quillqa y raptar a su hijo

Terminada la plática, Killa Curi levantando la voz le pide a Tupu: “Quiero que sigas el rastro de Quillqa. Necesito que me informes al detalle dónde está, cómo está, con quién está, qué hace, cuáles son sus intenciones, si ya tiene otro hombre a su lado, en fin, todo, absolutamente todo. Te pagaré bien”.

En vista que la red de caminos y los tambos se fueron extendiendo conforme avanzaban los ejércitos bajo el mando de Pachacútec y su hijo Túpac Yupanqui, el tunante utilizó como informantes a los chasquis que recorrían los caminos de la campaña al sur del hijo. Por cuanto no le fue posible extraer información a los atletas mensajeros, pues eran nobles que generalmente se caracterizaban por su rectitud; recurrió a los amigos y familiares de ellos. Tampoco tuvo éxito con estos grupos. Tanto era el odio del canalla, que le permitió no desmayar en su trabajo de husmear. Hasta que se le ocurrió la idea de investigar en los centros de trueques en las zonas donde comercializaban productos procedentes de los lugares más lejanos ubicados al sur del imperio.

Había transcurrido aproximadamente seis lunas desde que Quillqa escapara, pero ella era todavía el núcleo de las conversaciones, murmuraciones, cuentos e invenciones de los comerciantes. Luego de una paciente investigación, el sinvergüenza escuchó a un comerciante que traía joyas desde la región de Coquimbo, que había visto en persona a una guerrera con las virtudes y características que allí comentaban. Tupu se le acercó y preguntó: “¿Cómo era?”. “Más o menos de tamaño, pero aun estando embarazada se le notaba que era una atleta”, le precisó el comerciante. “¿Era una joven hermosa?”, insistió el delincuente. “Sí. Nunca vi una mujer más bella que ella”, siguió respondiendo el comerciante. “¿Estaba sola o acompañada?”, persistió Tupu. Ya medio aburrido de tantas preguntas, el mercader empezó a caminar y contestó: “Estaba con una amiga que también era joven. Hasta pronto”. El bribón, no se dio por vencido, fue detrás del hombre y porfió: ¿Le dijo de dónde era? El hombre molesto, alzando la voz le dijo: “No”. Después de unos segundos, le quiso tomar el pelo y expresó: “Ahora que recuerdo, sí me dijo de dónde era. Era de ‘tones’”. “¿De ‘tones’?”, quiso salir de dudas el malvado. “Para los preguntones”, terminó el hombre de las joyas y se alejó. El rencor de Tupu creció. No aceptaba que Quillqa fuera un imposible para él.

Lo bueno y lo malo para Quillqa era que los caminos y los tambos seguían a Túpac Yupanqui y mediante los oficiales, soldados y chasquis se extendía también la fama de ella. Sus participaciones activas en las campañas de Pachacútec se habían difundido favorablemente y las personas se la imaginaban como un ser fantástico. Los soldados, jefes del ejército inca y lugareños de las regiones que se iban conquistando, comentaban que Quillqa, en los combates volaba, cada piedra y cada flecha significaba un enemigo muerto, la wino que llevaba consigo

terminaba siempre en las gargantas de sus rivales, con puños y pies se enfrentaba a 10 rivales a la vez y salía victoriosa y que con el movimiento de su cuerpo esquivaba los proyectiles que le lanzaban sus adversarios. También se murmuraba que era el amor del inca. Por el acceso preferencial que tenía Túpac Yupanqui sobre la información administrativa y militar del imperio, estaba enterado de estas cosas y más. Muchos nobles incas pensaban que Túpac Yupanqui había superado la genialidad de su padre. Esto quizás explicaba su raciocinio especial sobre la situación de Quillqa. El hijo del inca no la buscaba con fines de venganza o castigo, sino con el objetivo de conciliarla con su padre, y de paso recuperar un elemento importante del imperio y gozar de mayor poder porque suponía que el inca dedicaría más tiempo a su amada y menos a dirigir el imperio.

Killa Curi, al saber que Quillqa estaba encinta de un hijo del inca, se exasperó. Se empezó a morder las uñas y caminaba de un lugar a otro. No deseaba hablar con nadie. Elucubraba: “Esa es la razón por la cual el inca camina con la mirada perdida, está triste y no habla conmigo ni con nadie. Solo responde lo necesario cuando le hacen alguna pregunta y desea saber menos de los problemas del gobierno del imperio. Le da más responsabilidad a Mama Anahuarque, y ella feliz de la vida porque cada vez tiene más poder. Todo eso pasa porque extraña a su guerrera engreída, pero por orgullo no trata de recuperarla. Pero si llega a conocer el estado de su amante, tendrá dos motivos para pisar su vanidad: ella y el niño. ¿Dónde estará? ¿Ya habrá nacido el niño o la niña? ¡Tengo que averiguarlo!”.

Esas dos incógnitas fueron resueltas por Mama Anahuarque. Una mañana se encontraron en el patio del palacio. “Te veo inquieta, muy inquieta Killa Curi”, empezó el diálogo, la coya. Dicen que la envidia se nota en todo lo que sale de los cinco sentidos: al hablar, mirar, tocar, escuchar y oler. La malvada no era la excepción y por esa razón la esposa principal conocía muy bien a la concubina. “Usted es indiferente, pero yo no. A mí sí me duele que el inca no nos preste atención”, confirmó la envidiosa. “Tú no eres más importante que el imperio, Killa Curi. Mientras el soberano ponga al imperio por encima de nosotros, todo está bien, ¿comprendido?”, respondió con firmeza la coya.

Ante la dureza de la coya, la perversa antepuso su astucia a su envidia y desesperación, e insistió: “Estoy de acuerdo con usted soberana, ¿pero no cree que el inca haría más y mejores cosas a favor del imperio si no estuviera pensando tanto en Quillqa y se concentrara en el gobierno y en las campañas militares?”. Con aplomo y mucho pragmatismo, Mama Anahuarque le respondió: “En la vida, hay cosas que se pueden cambiar y otras que no. El único órgano que se resiste con éxito a una orden del cerebro es el corazón. Hagas lo que hagas, digas lo que digas, no podrás sacar a la guerrera del corazón del inca. Intentarlo será peor, la terquedad de su corazón crecerá y podría acelerar sus actuales intenciones de recuperarla. Toma en cuenta también que yo soy una brillante gobernante y si el inca se concentra más en el quehacer de la gestión, menos poder tendrá yo. Por eso te ordeno que te tranquilices y que sea la última vez que te quejes de esa joven y menos que intentes hacerle daño. Si incumple esta orden te castigaré hasta con la muerte, ya que el daño será doble: a una guerrera que defendió con su vida al imperio y al nuevo príncipe que salió de sus entrañas. ¿Está claro?”.

La concubina se sintió dolida y por un momento permaneció callada. Sin embargo, se sobrepuso porque le faltaba saber dónde estaba la guerrera. Arriesgó y cínicamente preguntó: “Su orden será cumplida, mi señora. No lo dude. Usted sabe muy bien que para mí un hijo del inca es sagrado. Por lo tanto, es mi deber venerarlo sin importar si yo soy su madre. Y no lo adoraré si no respeto a su madre. Por eso deseo saber cómo se encuentran ellos y dónde están”. Mama Anahuarque, no quiso ser puntual en su respuesta y le dijo: “Tu preocupación se desvanecerá pidiendo a los dioses que protejan a mi hijo Túpac”.

Ni la amenaza de Mama Anahuarque frenaron el propósito maléfico de la concubina. Se detuvo a inferir cuál era la información que le había proporcionado la coya al decirle: “Tu preocupación desaparecerá pidiendo a los dioses que protejan a mi hijo Túpac Yupanqui”. Ella tradujo esa frase como: “Si Túpac Yupanqui está bien, entonces Quillqa y su hijo, estarán bien”. A continuación, dedujo: “Ajá, ellos están donde está el cogobernador del imperio”. No le fue difícil identificar el lugar. Le bastó preguntar sutilmente a los chasquis.

Killa Curi, con los datos sobre el hijo y la ubicación de Quillqa, de inmediato diseñó y dio inicio a la ejecución de un plan. Para su suerte, podía actuar con bastante libertad, pues el inca estaba en una región alejada de Cusco. Un chasqui le había comunicado que regresaría a palacio dentro de doce lunas a resolver las cuestiones administrativas que Mama Anahuarque le iba a dejar pendientes, y que nuevamente volvería a proseguir con su estrategia de expansión.

La concubina proyectó: “Mi esposo es un hombre enérgico, pero tiene un corazón tierno. Su carácter resuelto me obliga a una ejecución perfecta, y su segunda virtud la explotaré a mi favor demostrándole dulzura. Prepararé una emboscada a Quillqa y la asesinaré junto a su amiga, pero cuidaré que no le hagan daño al niño; haré creer que Uchuwa rescató al bebé; y le rogaré de rodillas al inca para que me permita criar al niño como si fuera mío. De ese modo, mi primo será el héroe y yo la madre abnegada”. Uchuwa, era el apu primo hermano de Killa Curi que fue derrotado vergonzosamente por Quillqa, cuando este lo desafió a combatir en el fuerte Amaru.

En lo concerniente al niño, Killa Curi hablaba por convicción. Era respetuosa de la sangre inca. Creía fielmente que todo hijo del inca llevaba sangre de los dioses igual que su padre y, en consecuencia, no solo era merecedor de respeto, sino de adoración. En esto temía las represalias de los dioses cuando tocaban a los suyos.

¿Debo decirle todo el plan a Tupu o solo una parte?, dudaba Killa Curi. Transcurrido dos días, recién tomó la decisión. “Tupu es un traidor y encima mentiroso. Solo un imbécil espera lealtad de un traidor. Por lo tanto, solo sabrá una porción de mi plan. Solo yo diseñaré la emboscada”. Para esta trampa recurriría a su primo hermano Uchuwa. Él sería el héroe que rescataría al hijo de Quillqa. Entonces, prepararía un mensaje que le llevaría uno de los asesinos de Quillqa. Allí le explicaría el lugar, el momento y quiénes participarían en la emboscada, así como la manera de rescatar al niño. En esta artimaña, algo faltaba. La concubina, discurría: “¿Cómo haré para que Quillqa vaya al lugar de la trampa? Ella no irá así por así. Tiene que existir una razón convincente para que concurra al lugar de la emboscada, donde los criminales la esperarán”.

Pensó toda la noche sobre el cebo que emplearía para conducir a Quillqa a la celada. Al día siguiente recordó a Topa Huanchire. Conocía al sacerdote porque este asistía con frecuencia al palacio a conversar con el inca o con la coya principal, o a rezar a los dioses a favor de ellos. Killa Curi, varias veces había tenido la oportunidad de conversar con él. Le llamaba la atención que el anciano vaya a todo lugar agarrando la mano del niño Tamayu. “Ese niño sabe todo sobre el viejo”, pensó, y continuó: “Topa Huanchire es muy celoso con lo que hace y comunica. No confía en nadie. Me dijeron que aparte del inca, la única persona que se ganó su confianza fue Quillqa. Una vez escuché decirle a Mama Anahuarque ‘cuando te envíen mensajes en mi nombre, no creas a la primera. Exige una evidencia al mensajero de que yo soy el remitente. Si no te muestra una prueba, yo no soy el que te envió el mensaje’. Te recomiendo que para tu seguridad imites esta práctica”.

“Primero me ganaré su corazón y luego le sacaré información”, se ordenó Killa Curi. Al siguiente día, acompañada de su sirvienta fue a la casa del sacerdote. Llevaban galletas de quinua bien preparadas que con toda certeza gustarían a cualquier niño. Buscó que Tamayu estuviera solo para acercarse y conversar. En el momento que estuvo alejado de los demás niños, ambas

avanzaron sutilmente hacia él y le empezaron a preguntar. “¿Dónde vives hijo?”, empezó Killa Curi. Muy atento, el niño señaló una bonita casa. Luego, la concubina le interrogó: “¿Con quién vives? “Con mi amo Topa. Él es muy bueno”. “¿Allí vive alguien más?”, re preguntó la concubina. “No. Solo estamos los dos”. “¿Qué comida te encanta, papito?”, volvió a curiosear la mujer del inca. “Lo que más me gusta en esta vida, es la mazamorra de chuño. Mi amo Topa siempre manda a preparar eso para mí solito”, contestó Tamayu. “¿Para ti solito, tu amo no come mazamorra de chuño?”, insistió Killa Curi. “Mi amo solo come hierbas y raíces”, le precisó el niño. No hubo más preguntas. La inocencia del niño produjo solo verdades. “No es conveniente atosigarlo más. Suficiente por hoy”, se dijo a sí misma Killa Curi y le hizo señas a su sirvienta para regresar a palacio.

Al día siguiente, de casualidad escuchó que Mama Anahuarque le decía a una de sus criadas: “Hija, ten listo los animales, los granos de maíz, las mesas, los vasos ceremoniales y todo lo demás. Mañana vendrá el sacerdote Topa a realizar un culto religioso”. Esto la hizo postergar su visita a Tamayu, programada para ese día. En la mañana siguiente, muy temprano ordenó a su sirvienta que prepare mazamorra de chuño. Una vez listo el postre, lo distribuyó en vasos de cuero, los introdujo en una bolsa de tela y de inmediato se dirigieron al lugar donde dos días antes encontraron a Tamayu. Se alegraron de ver al niño sentado en un tronco que había en la fachada de la casa. El niño olfateó tu postre preferido, movió los ojos y se frotó las manos, imaginándose el placer que sentiría al degustar su comida favorita. Killa Curi, creyó que ya no necesitaba enamorar al niño, para lanzarle la pregunta que le interesaba: “¿Quién lleva los mensajes de tu amo al inca?”. “Yo”, dijo a seca Tamayu. “¿Solo tú?, volvió a preguntar la concubina. “Sí”, respondió el niño. “El mensaje, ¿juntó con qué lo entregas?”, preguntó algo nerviosa Killa Curi. Tamayu, sujetando un par de dientes delanteros de vizcacha que formaban parte de un collar que en total tenía seis pares de lo mismo, respondió: “Con esto”. Posteriormente, cuando la sirvienta metió la mano al bolso para sacar los vasos con mazamorra de chuño, con la intención de regalarle al niño, Killa Curi le dio un jalón en el brazo izquierdo y le dijo: “Vámonos ya, tengo algo urgente que hacer”. Tamayu frunció el ceño. Esperaba deleitar la mazamorra y nada. Menos se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

Killa Curi, se frotaba las manos. Todo le estaba saliendo a la perfección. Cuentan por allí que así como el amor inspira, el odio también; la buena inspiración es fruto de la razón; y por lo tanto el amor y el odio producirán buena inspiración, si no se pierde la razón. La concubina siguió enriqueciendo su maléfico plan: “Prepararé un mensaje ficticio de parte del sacerdote Topa Huanchire dirigido para Quillqa. Ella creerá que procede realmente de él porque irá acompañado de la señal. El mensaje le será entregado por uno de los asesinos, disfrazado de campesino. Allí el sacerdote le pedirá que vaya sola y sin avisar a nadie, a un lugar donde se entrevistará con un emisario del inca y que este le comunicará la decisión del soberano. También prepararé un recado donde le explicaré todo el plan a mi primo hermano Uchuwa. Los arqueros tendrán que ponerse a la orden de Uchuwa y en el mismo lugar planificarán en detalle toda la emboscada. Una vez que tengan programado todo a la perfección, procederán”.

“Ahora sí necesito al granuja Tupu”, dijo Killa Curi y lo convocó a una reunión en una plaza solitaria. Asistió sola. “No puedo arriesgar”, decía. La concubina, se dirigió a Tupu de la siguiente manera: “Gracias por venir y ayudarme Tupu. Iré al grano. Necesito que contrates a los mejores arqueros de la región. Tienen que ser infalibles. Proyecto que incluyendo imprevistos trabajarán para mí un total de siete lunas. Deben estar dispuestos a trasladarse a un lugar lejano. Calculo que holgadamente se demorarán tres lunas para llegar al lugar, una luna para planificar en detalle su misión en ese lugar lejano y tres lunas para regresar. Por razones de seguridad, yo no tendré contacto directo con ellos, o si me viera obligada a tenerlo, lo haré cubriéndome el rostro. Bajo ningún motivo tú le darás información sobre mí. Tú me representarás. Tú darás la cara en todo”. ¿A qué distancia está ese lugar lejano, señora?, preguntó Tupu. “He calculado que es un

poco más de ocho millones de codos”, le atendió la malvada. “¿Cuántos arqueros necesita, y cuánto le ofreceré de pago, señora?, preguntó el forajido Tupu. Como la despreciable concubina ya lo tenía todo planeado, contestó rápidamente: “Doce. A cada uno le pagaré dieciocho puñados de plata antes de su salida al lugar, y esa misma cantidad a su regreso. ¿Está claro, Tupu?”. “Sí señora”, atendió el villano. “Yo le cobraré el doble”, tramó en silencio el rufián.

En este cometido, Tupu tropezó con el problema de que esos forajidos estaban dispersos. No hacían sus fechorías en grupos grandes. Los tuvo que buscar uno a uno y de suerte en parejas o tríos. La gente de su calaña le sugirió irse a las montañas y buscar allí. Tupu obedeció lo que le indicaron y llegó a reclutar doce abigeos muy hábiles con el arco y la flecha, que prestaban sus servicios al mejor postor. Este trabajo le demoró más o menos tres lunas (90 días). A cada uno les fue transmitiendo de lo que se trata el trabajo y la recompensa que ello implicaría. Una vez que estuvieron los doce, Tupu los llevó a una llanura alejada de la ciudad, y les dijo: “Se les pagará muy bien por cumplir una misión muy delicada y también por mantener la boca cerrada en el caso que le preguntaran quién fue el autor intelectual. Se les pagará la mitad antes de iniciar y una vez cumplida la tarea conforme a lo esperado, se les entregará la otra mitad. Mañana se les indicará claramente de qué se trata la misión e iniciarán una larga jornada. ¿Alguna duda?”. “Ninguna”, respondieron en coro.

La reunión se prolongó. Faltaba definir el interlocutor de los doce criminales. Por la reserva de la comunicación y por lo delicada que era la misión, Tupu necesitaba coordinar con solo uno de ellos. Hacerlo con todos al mismo tiempo o con cada uno, corría el riesgo de que el mensaje se filtre, paralice o distorsione. “Ahora deseo que se pongan de acuerdo respecto a quién será el jefe de esta misión”, ordenó seriamente, Tupu. Los delincuentes no se conocían mucho, pero al ver que se trataba de un simple coordinador, no le dieron mucha importancia. Uno de ellos pidió voluntarios. Solo uno levantó la mano, le apodaban “Paputo”. Luego Tupu le comunicó a Paputo el lugar y la hora de la reunión del día siguiente. Con un “Hasta mañana. Descansen bien”, Tupu terminó la reunión de ese atardecer.

Durante la búsqueda de los doce arqueros, la granuja Killa Curi programó con precisión los tiempos, los momentos y el lugar de la trampa. “Tiene que llevarse a cabo en uno de los días de luna llena, empezando el anochecer y en un sitio alejado de la población. Asimismo, preparó el mensaje a nombre del sacerdote y el que le enviaría a su primo Uchuwa. Le costó esfuerzo simular la forma de comunicarse de Topa Huanchire y particularmente, identificar las palabras que más utilizaba.

Después de la reunión de Tupu con los doce arqueros, en horas de la noche, se reunió con Killa Curi en la misma llanura. Los primeros en llegar fueron los dos. Al instante prendieron fuego para iluminarse y esperaron al resto. Una vez que estuvieron todos, ella, cubierta con un pasamontaña, se dirigió a los abigeos: “Asesinarán a una mujer. Ella se llama Quillqa y es diestra en el manejo de armas de guerra y en el combate cuerpo a cuerpo. Tiene una amiga llamada Suyai que no sabe de combates y es asustadiza. Tiene un hijo. A ese niño no lo pueden tocar, porque es sagrado. En sus venas corre sangre de los dioses. Bastará que le hagan un ínfimo rasguño para sufrir la venganza de los dioses. ... Hasta lo que acabo de hablar, ¿tienen todo claro?”. “Sí”, contestaron casi al mismo tiempo los sicarios.

La malvada Killa Curi, siguió con su discurso: “En esta misión no pueden darse el lujo de pestañear. Al primer descuido, les aseguro que Quillqa los matará a ustedes. Ella siempre está acompañada de una vino y una huaraca. Suyai le lleva las piedras y ocasionalmente porta su arco y flecha. No maten ni traten de ajusticiar a Suyai. Les repito: no es trabajo de ustedes asesinar a la amiga de la ex virgen del sol y tampoco al niño. Su objetivo es solo Quillqa. Deben rehuir la pelea cuerpo a cuerpo y hagan todo lo posible para que ella no emplee la vino ni la

huaraca. La muerte de Quillqa tiene que ser rápida, para evitar cualquier contratiempo. Considerando los tiempos de la misión, yo les avisaré cuándo iniciarán su viaje al lugar del crimen. Los detalles sobre la emboscada, el lugar y el reconocimiento de los objetivos, se los proporcionará Tupu. Adelante Tupu”. Acto seguido, el ex amigo de Quillqa expuso las particularidades y absolvió todas las dudas de los arqueros. Terminó diciendo: “El plan que le acabamos de exponer, se especificará en el mismo lugar con una persona que habita allí y que es de nuestra plena confianza. Esa persona será la que recibirá el mensaje que le llevará Paputo. Estando allá todos ustedes se pondrán a la orden de él”.

La pérfida concubina consultó desde chamanes hasta astrólogos, las noches de las apariciones de la luna llena en la región donde radicaba Quillqa. “No puedo fallar en este cálculo. Si no hay luna llena, los arqueros no verán con claridad a Quillqa y podría resultar un fracaso este encargo”, proyectaba. Había pasado media luna, desde que se reuniera la última vez con los doce arqueros y recién se sintió bastante segura del momento y la hora del ataque. Sin demora, buscó a Tupu, le señaló el día de la salida de la banda de los doce y le entregó dos mensajes, uno para Quillqa y otro, para su hermano Uchuwa. A Quillqa le entregaría el amigo de Paputo, y el mismo Paputo le entregaría el quipu a Uchuwa. Killa Curi había optado por no emplear chasquis para no levantar sospechas y porque desde Cusco hasta el pueblo de Amaru la escritura pasaría por muchas manos y podría caer en manos extrañas. “No te vayas confundir”, le exhortó Killa Curi. Cumplió fielmente con el pago pactado, y los delincuentes, cada uno con su llama, enrumbaron estimulados.

Al cabo de casi tres lunas, los maleantes llegaron al pueblo de Amaru y se hospedaron en una posada bien pobre de nombre “Para qué más”, ubicada en las afueras de ese lugar. Se hicieron pasar por mercaderes y mencionaban que su objetivo era llevarse alimentos a cambio de granos de plata. Para ganar confianza de los curiosos, mostraban en sus manos un poco de ese mineral. Cínicamente decían: “Estamos con nuestras flechas para defendernos de los abigeos”.

La emboscada de Quillqa por doce arqueros asesinos

Descansaron una noche y al día siguiente, Paputo se vistió igual que un campesino cusqueño y a plena mañana salió con dirección al fuerte inca a entregar los dos mensajes que tenía para Uchuwa. Paputo le comunicó que lea solo el mensaje que le remitía su prima hermana y que allí estaban las indicaciones sobre cómo proceder con el otro mensaje. “Espero sus instrucciones. Estamos instalados en la posada ‘Para qué más’ y no saldremos de allí para nada”, le dijo el arquero y se retiró. En esta tarea, se había previsto que de ninguna manera Paputo debería ser visto por Quillqa, y que, si así no se diera, el plan de contingencia era que el coordinador de la banda sería reemplazado por otro delincuente en el papel que le tocaba desempeñar durante el engaño a la guerrera.

La entrega de las dos escrituras se cumplió exactamente de acuerdo a lo planeado. En la entrega, Paputo no fue visto por Quillqa y no ocurrió nada que preocupe. Uchuwa, recibió los dos recados y guardó la que estaba dirigida a Quillqa. Después de leer el quipu, y guardar el bolso con oro y plata que le había enviado su prima para financiar sus gastos de regreso, sonrió de placer fantaseando que la oportunidad para su venganza había llegado. Killa Curi le indicó en qué consistía la emboscada y en especial le encargó que se ponga al mando de la banda de los doce y elegir quién de ellos le entregaría el mensaje a Quillqa. Allí le remarcó que de ninguna manera Paputo sería la persona encargada de entregarle el mensaje a Quillqa. Le explicó que la razón de esto era que antes que Paputo dé la señal para que empiecen los disparos de flechas a Quillqa, él invitaría a Quillqa a que se acerque para expresarle claramente el encargo del inca, para de esta manera alejarla de Suyai y de su hijo, y así tenerla como un blanco nítido y aislado. A fin de

descartar dudas sobre este asunto, el mismo que para la concubina era de vital importancia, añadió: “Si Quillqa ve que el mensajero es el mismo que la persona que la está invitando a dialogar, reaccionará rápidamente y podría frustrar el embuste. Te pido que hagas las cosas perfectas. Recuerda que nuestros objetivos son que tú seas el héroe ‘rescatando’ al niño y, yo la madre sacrificada”.

El apu esperó hasta el atardecer del día siguiente para reunirse con la banda de arqueros. Esperó que todos estén para luego trasladarse a una ruina muy antigua y descuidada, asentada lejos del pueblo. Estando al frente de ellos les dejó claro que él era el que mandaba y explicó a prueba de brutos lo que cada uno tenía que hacer antes, durante y después de la celada. Una vez que todo estuvo claro, citó para el medio día solo a Paputo. “¿Para qué señor yo solo?”, preguntó el coordinador de los asesinos a sueldo. “Mañana lo sabrás”, le dijo seriamente, el apu.

Desde el día siguiente se pusieron a buscar el lugar más propicio para la emboscada de Quillqa. Esta tarea demoró dos tardes y un anochecer. Eligieron el fuerte “Yana”, que en quechua significa “negro”. Cuentan que ese nombre se debe a que el general que lo mandó a construir era de raza negra.

A ese fuerte nadie lo visitaba, pero era bien conocido. Tenía la figura de un cuadrado cuyos lados medían aproximadamente cien codos. Había sido objeto de muchas leyendas. Estaba abandonado. Sus muros, pese a su antigüedad, estaban bien conservados y medían unos 40 codos de alto, y unos tres codos de ancho. Al centro tenía un espacio sin puertas que probablemente había sido la zona de ingreso. El muro en sus cuatro lados, en su parte superior, tenía un caminito cubierto por paredes de dos codos de alto que posiblemente cubrían el cuerpo de los centinelas que se ubicaban allí. En el fuerte había un patio circular que en uno de sus costados tenía un pozo de más o menos cuarenta codos de profundidad y unos cuatro codos de diámetro. La pared del pozo era de tierra húmeda, pero dura. Cuando Paputo y Uchuwa revisaron el fuerte no se percataron de su existencia porque estaba ligeramente tapado con ramas frágiles y hojas secas, y menos se dieron cuenta que en el fondo había una corriente de agua.

El apu citó a toda la banda para el atardecer del día siguiente. Asistieron todos puntualmente. Reconocieron el lugar, midieron distancias, simulaban las posiciones de Quillqa, de Suyai y el niño e hicieron pruebas de puntería desde las zonas altas de los muros. Para afinar sus punterías utilizaron un muñeco de trapo como blanco. Primero practicaron ubicando el muñeco al centro, y luego en posiciones diferentes. Se pusieron de acuerdo en que la primera lluvia de flechas instantáneas debería ser mortal y que se dirigirían al centro del patio circular. En esa jornada entrenaron hasta la media noche. El momento indicado para el ataque fue el anochecer poquísimo antes de la plena noche. Por la presencia de la luna llena, comprobaron que la precisión de sus punterías era la misma desde el atardecer hasta la media noche. Uchuwa recordó que su prima había sido enfática solicitándole que tenga cuidado en hacer las cosas perfectas, y por ese motivo acordó un nuevo entrenamiento desde el atardecer del día siguiente.

Al final de la última práctica, en el mismo fuerte Yana, antes de la plena noche, el primo hermano de Killa Curi pidió que los doce bandidos hagan un círculo para reunirse y proceder a la elección del arquero que entregaría el mensaje simulado a Quillqa. Se escogió al amigo de Paputo, cuyo sobrenombre era Pirrulí. La selección se basó en que dicho delincuente era de contextura delgada, aparentaba ser un bonachón e indefenso y que por esos rasgos no daría lugar a conjeturas. Una vez elegido el emisario indicó que la operación sería al anochecer, dentro de dos días. A continuación, informó que al día siguiente al medio día, Pirrulí notificaría a Quillqa y que junto con la entrega de la escritura, le expresaría lo siguiente: “Señora, me han encargado comunicarle que pasado mañana en el fuerte Yana, al anochecer lo estará esperando el

mensajero personal del inca. Buenas tardes”. Uchuwa, recalcó: “Se citará a Quillqa, no para mañana al anochecer, sino para el anochecer de aquí a dos días para evitar imprevistos. Entonces, el operativo se llevaría adelante en la siguiente noche de la entrega del mensaje falso”. Para acabar con cualquier incertidumbre, en voz alta preguntó: “Porrulí, ¿cuándo ejecutaremos la emboscada?”. El arquero, muy presto respondió: “¡De aquí a dos días en el anochecer, señor!”. Seguidamente, les ordenó que estén listos en sus puestos desde el atardecer. En el momento en que se estaban despidiendo, el apu se dirigió a Pirrulí: “Ve al mediodía, a esa hora hay pocos soldados merodeando por el cuarto de Quillqa. Ahh... y no te olvides de decirle verbalmente cuándo y a qué hora debe estar en la cita con el mensajero del inca”. “No se preocupe, señor”, atendió el criminal.

Al medio día del siguiente día, Quillqa recibió el mensaje tramposo, de manos de Pirrulí. Tal como lo había presagiado el apu, a esa hora el criminal no tuvo problemas para llegar a Quillqa. Luego que lo entregó, repitió exactamente lo que le habían dicho que hable: “Señora, me han encargado comunicarle que, pasado mañana en el fuerte Yana, al anochecer lo estará esperando el mensajero personal del inca. Buenas tardes”. Luego le hizo una reverencia, y se retiró.

Quillqa, al recibir la escritura, de inmediato se dio cuenta su procedencia. En el paquete estaba el par de dientes delanteros de vizcacha que el anciano sacerdote empleaba para hacer saber que el autor de la comunicación era él. Se emocionó. Por fin se enteraría de las novedades de alguien a quien le tenía mucho cariño, y que con toda certeza sabía que era correspondida. “¿Qué me contará mi tío?”, expresó cariñosamente, y un tanto nerviosa. Abrió el paquete, separó y guardó la seña y se puso a leer el quipu. Allí, el sacerdote Topa Huanchire, le escribe:

“Hija mía, espero que los dioses te estén cuidando junto a tu niño. A iniciativa del inca conversé sobre tu relación con él. Está muy preocupado por ti y por su hijo. De incógnito ha enviado a un mensajero especial para que converse directamente contigo. Ese mensajero no es el que te entregará esta escritura, es otro. Irás a esa cita acompañada de tu niño y Suyai. El mensajero personal del inca que hablará contigo, tiene el encargo de verificar que el hijo del inca se encuentra en perfecto estado de salud y que para su cuidado cuenta con una persona dedicada a él. No ha utilizado los chasquis para no correr el riesgo de que la información se quede en algún tambo o caiga en manos de personas malintencionadas. Él te explicará la decisión del inca, que no es desagradable. No temas. Los pormenores no me quiso decir mi sobrino. Nadie debe saber de este hecho. Si la persona que te entrega esta nota se olvida de comunicarte dónde y en qué momento te encontrarás con el mensajero especial del inca, espero que tú tengas tiempo de hacerle recordar.

No te olvides de tomar en cuenta que, si este recado no está acompañado de la seña que tú conoces, entonces es falso.

Recibe los saludos de Tamayu. Un fuerte abrazo para mi príncipe y saludos a Suyai. Que los dioses te cuiden, hija de mi corazón”.

En plena mañana del día siguiente, Quillqa toma su arco y se cuelga la wino a su espalda, y sin acompañantes, visita el fuerte Yana. Regresa nuevamente ese mismo día, antes del anochecer. A diferencia de sus atacantes, ella sí se percata del pozo. “Debo tener cuidado de no caminar por allí”, se recomendó. Ese día no llega a presentir nada malo. Sin embargo, el día de la reunión, amaneció con un mal presentimiento. Pero al instante se le pasaba, diciendo: “Mi tío Topa Huanchire, nunca me haría daño. Le he visto varias veces directamente a los ojos y nunca bajó la mirada. Debo sacar esa mala idea de mi mente”. Y así fue transcurriendo el tiempo.

Después del mediodía, alistó su wino inseparable, una huaraca y colocó unas 20 piedras en una bolsa de tela gruesa. “Iré con mi Ayar y Suyai y será incómodo o inútil llevar mi arco. No lo llevaré”, resuelve la guerrera. Aunque la confianza que le tenía al sacerdote la animaba, algo inexplicable le sugería que debería ir armada.

A Suyai le encarga reiteradamente que no suelte a su hijo. “Mi niño, todavía no tiene 36 lunas (tres años) de edad, necesita mucho cuidado. No te apartes de él por ningún motivo”, le pedía la guerrera. “Mi señora, no vayamos si intuye algo malo”, le rogaba Suyai. “Iré. Puede ser que mi mal presentimiento no sea para esta cita, sino para otro acontecimiento. Muchas veces he soñado al inca y él me dijo ‘cuando sueñes a una persona es porque esa persona te recuerda o te desea ver’. Y él nunca fallaba interpretando sueños”, se alentaba la ex virgen del sol. Además, anhelaba terminar con su sufrimiento e inestabilidad. Antes de salir le ordenó a su leal compañera: “Cuando yo me acerque al emisario del inca, tú te alejarás con mi hijo, y si pasara algo malo, prométeme que lo defenderás con tu vida”. “Se lo prometo, señora”, le correspondió Suyai.

“Yo ya saldré, luego partirás tú. Calcula cuánto te demoras sancochando papa y recién me sigues. Yo te esperaré ese tiempo en el tambo”, le indicó la guerrera a Suyai.

La guerrera no sabía que Tawa estaba enamorado de su amiga, y menos que ella correspondía con pequeños coqueteos a las miradas de su galán. No eran enamorados, pero estaban en ese camino. Tawa era el soldado que custodiaba la habitación de Quillqa. Por esta razón, cuando el vigilante vio que Quillqa salió en una hora rara, se quedó pensativo, pero solo atinó a rascarse la cabeza. Sin embargo, no reaccionó de la misma manera, en el caso de Suyai. Optó por seguirla guardando una distancia para que no se dé cuenta.

Desde el atardecer, los asesinos ya estaban en sus posiciones encima de los muros del fuerte Yana. En la parte trasera del fuerte se ubicaron dos arqueros en la zona izquierda y dos más en la derecha, tres en la parte delantera, dos en el costado izquierdo y dos en el costado derecho. Para no ser vistos por Quillqa, Suyai y el niño, antes de la operación, todos estaban sentados en el caminito cubierto por paredes de dos codos que había en la parte superior de los muros. Paputo, como emisario, después de invitar a Quillqa que se acerque al centro del patio circular, con el engaño de que allí le manifestaría el recado del inca, ni bien se ubique allí, gritaría “disparen”, dando inicio al ataque, y al mismo tiempo correría hacia la puerta trasera del fuerte, para desde esa ubicación convertirse en un atacante más.

En el trayecto al lugar, Quillqa llevaba a su hijo en sus brazos, pero al llegar al frente de la puerta principal del fuerte, se lo entregó a Suyai. Cuando estaban ingresando por la puerta principal, observaron que Paputo ya los estaba esperando. El coordinador de los sicarios estaba a dos o tres codos del muro opuesto a la puerta principal. Sin que Paputo le ordene que se aleje de su hijo y Suyai, Quillqa, agarra del brazo a Suyai y le dice que se quede en un costado. Ambos avanzaron con dirección al centro del patio.

La fama de Quillqa como extraordinaria guerrera puso nervioso a Paputo y le jugó una mala pasada. Su ansiedad aumentó cuando la vio llevando consigo su vino y huaraca. Por esa razón, no cumplió el plan de ordenar el ataque recién cuando Quillqa se pare al centro del patio. Pegó el grito para que sus compinches ataquen y corrió hacia una de las puertas traseras del fuerte, cuando la guerrera estaba a unos diez codos del centro. Esta distancia disminuyó la utilidad de las prácticas de los asesinos con tiros al centro. En vista que Quillqa estaba a la defensiva, ni bien escuchó el grito de Paputo, y para esquivar la lluvia de saetas, se empezó a mover velozmente de un lado a otro, pero no pudo evitar la andanada de flechas. Fue herida varias veces. Tambaleándose, continuó moviéndose en zigzag, y de un momento a otro, desapareció. Se había caído al pozo.

Los arqueros observaban desde lo alto y de pronto ya no veían el cuerpo de Quillqa. Pirrúli creyó que Mama Quilla se la había llevado. “Dios mío, dios mío, qué ha pasado, qué ha pasado. Por allí escuché que Quillqa era una engreída de la diosa luna. Ella ha intervenido y se la ha llevado”,

decía acobardado. Algunos creyeron en esa posibilidad, se aterraron y se miraron unos a otros, sin saber qué hacer. Uchuwa, que estaba como un arquero más, era más frío que los de su banda, y les llamó la atención: “No crean en cojudeces. Pirruli está hablando tonterías. ¡Bajen de sus posiciones y busquemos el cadáver!”.

Los arqueros buscan el cuerpo de Quillqa por todos lados y no lo encuentran. ¡Creo que Pirruli tiene razón!, vociferó Paputo. Enfurecido y desesperado, Uchuwa le alza la voz y amonesta: “No seas cobarde y sigue buscando”. Continúan con el rastreo, se percatan de la abundante sangre desparramada por todos lados y finalmente, descubren el pozo. Infieren que la guerrera se había caído al pozo porque las ramas que la cubrían estaban rotas y el hueco estaba libre. Luego, miraron hacia dentro y no pudieron ver nada. “Ha caído muerta al pozo”, comunicó Uchuwa a la banda. “¡Váyanse de inmediato! No dejen nada de sus cosas y menos sus armas”, les ordenó.

Suyai, permanecía en un costado, estaba espantada y le tapaba los ojos y los oídos al niño. Pero tanto era el alboroto que igual el niño se asustó y lloraba fuertemente.

Los arqueros huyen rápidamente y se alejan del lugar. Uchuwa se dirige a Suyai y pretende tomar al niño en sus brazos. Ella, recordando las instrucciones de su ama, abraza fuerte al niño y no se la entrega. Forcejean un poco, pero Uchuwa deja de hacerlo porque la perversa Killa Curi le había dicho que el niño, se trataba de un hijo del sol y no debía tener ninguna herida, ni siquiera minúscula. En ese preciso instante, aparece Tawa. Por cuanto el pretendiente de Suyai era un militar subordinado de Uchuwa, se coloca al centro, tratando tan solo de impedir que golpeen a su amada y al niño. “Te ordeno que te retires”, le gritó Uchuwa, pero el custodio no le hizo caso. Ante esa desobediencia, Uchuwa toma su vino y se la introduce en el lado lateral del abdomen. Tawa cae sangrando al suelo. Suyai grita asustada y en ese momento aprovecha Uchuwa para arrebatarse el niño. Ayar empieza a gritar y a patear al agresor. Esta vez, el criminal ignora las instrucciones de su prima y levantando la voz le ordena al niño: “Cállate, carajo”. Suyai, hace el intento de recuperar al niño, pero Uchuwa le introduce la vino en el centro del abdomen. Tawa y Suyai se quedan sangrando en el suelo, y el niño empieza a llorar con gran desesperación. Uchuwa no lo soporta, le mete un tremendo palmazo en el trasero y amenazándolo con un dedo le grita: “Vas a ir en silencio hasta Cusco. No sabes lo que te espera si me desobedeces”. El niño se asusta y calla, pero empieza a temblar y suspirar aceleradamente.

La villana Killa Curi se olvidó de contemplar algo importante en el oficio criminal. Uchuwa era un matón, pero no un asesino. Había matado, pero en enfrentamientos militares. Este pequeño vacío se tradujo en la desesperación del apu traidor. Para nada había previsto la presencia de Tawa y tampoco si Suyai estaba realmente muerta. No solo le inquietaba el asesinato de Quillqa y su amiga sino también la de un soldado del ejército inca. Su mente se nubla al punto de que no se asegura de la muerte de Suyai y Tawa. Entonces, sale corriendo del lugar con el niño en sus brazos, con dirección a una casucha abandonada donde tenía todas las provisiones de su viaje de regreso. Allí disponía de una llama para transportar sus vestidos y algunos alimentos, tanto para él como para el niño.

Uchuwa toma la misma ruta que ya conocía como apu del ejército inca. “Es la más corta. La planificaron los mejores consejeros de Túpac Yupanqui”, se alentaba. Luego se preguntó: “¿Qué ruta habrán tomado los doce arqueros?”

Cuando inició su regreso se dio cuenta de algo: “No creo que soporte el viaje con este niño en mis brazos, y si le obligó a caminar, me retrasaré”. Buscó el centro de trueques más cercano y compró una manta. Luego sujetó al príncipe a sus espaldas y emprendió el viaje. Esta molestia fue acelerando su olvido sobre quién era la persona que llevaba en sus espaldas. Al final, nada le importó que en el niño corría sangre del inca. Era un abusivo. No soportaba ningún gesto de

queja del niño. Ayar lo miraba espantado y por temor reprimía sus molestias. Desde la salida del pueblo Amaru, el viaje fue un calvario para el pobre niño.

La banda de los doce arqueros regresó por sus llamas y sus cosas, y emprendieron el regreso con toda tranquilidad. Ya se les había pasado la angustia de estar al frente de una verdadera samurai. “¡Qué escurridiza! Casi todas las flechas no le cayeron. Para nuestra suerte no tuvo tiempo de agarrar sus armas”, comentaba Paputo con sus secuaces. “Ahora, apurémonos para llegar y cobrar los que nos deben”, complementó Pirulí.

Lo que no sabían los malhechores es que el agua que había en la base del pozo, arrastró a Quillqa a una laguna. Casi inconsciente, mueve sus brazos para salir a la orilla y lo consigue. Sin embargo, su cuerpo no soporta y pierde el conocimiento.

Tawa y Suyai despertaron adoloridos cerca de la media noche. Habían perdido abundante sangre, pero sus heridas no eran tan profundas. Aprovechando la luna llena empiezan a buscar los restos de Quillqa. “Vamos al pozo, vamos al pozo. Allí se cayó mi ama”, le dice Suyai a Tawa. La profundidad no les permitía ver rastro alguno de la guerrera. “Pero, ¿estás segura que allí cayó, preguntó, dudando el centinela. “Yo estaba detrás de ella con Ayar. Vi clarito como se cayó al pozo. No tengo dudas”, le respondió Suyai. “¿Qué hacemos, qué hacemos?”, empieza a preguntar Tawa. A Suyai se le ocurre aprovechar que el guardián estaba enamorado de ella y le pide: “No hay tiempo que perder, ya está por llegar la media noche. Por el amor que me tienes, métete al pozo. Solo así confiaré en ti y te entregaré mi corazón”. Tawa no lo piensa mucho, decide lanzarse al pozo, pero planea lo siguiente: “Ni bien llegue a lo más profundo de allí te gritaré para que luego traigas sogas y salir, pero si no te llevo a gritar es porque una corriente de agua me arrastró a una laguna. En la segunda posibilidad, esperas el amanecer y buscas la laguna para juntarnos”. Luego, se lanzó al pozo.

Suyai, después de esperar un rato y no escuchar el grito de Tawa, resolvió también tirarse al pozo. “Tengo que encontrar a mi ama. Ella si podrá reclamar al príncipe Ayar”, se repetía para darse aliento. Tenía una corazonada de que era cierta la eventualidad de que abajo hubiera una corriente de agua.

Tawa, llevado por la corriente de agua desemboca en la misma laguna a la que había llegado Quillqa y luego con gran esfuerzo llega a una orilla. Cansado y debilitado por la pérdida de sangre y considerando que la noche era oscura, sale a un lugar seco y decide descansar hasta la mañana siguiente. Con Suyai sucede algo muy similar. Ella hace lo mismo que Tawa y se queda rendida en una orilla.

Los tres amigos llegaron al mismo lado de la laguna, pero en diferentes momentos y lugares. Esto impidió que se dieran cuenta de que estaban en la misma laguna y en la misma orilla. Tawa estaba en un lado, Suyai al centro y Quillqa en el lado opuesto a Tawa. Entre Suyai y Tawa había una distancia de unos 20 codos, y de Suyai a la guerrera unos 30 codos.

Al amanecer, un humilde anciano que pasaba por allí vio con asombro los tres cuerpos tirados en la orilla. Se desata la manta con la cual sujetaba los troncos de leña que llevaba en sus espaldas y coloca la carga en el suelo. Luego se acerca a cada cuerpo y los observa con gran atención. Nota que todos estaban vivos, pero muy malheridos, y por la evidente gravedad del estado de Quillqa elige atenderla primero.

La inocencia del campesino, le hace suponer que los tres eran amigos y que habían sido atacados por algún animal salvaje. Allí abundaban pumas y zorrillos. Antes de trasladar a Quillqa a su vivienda, para que cuando se despierten los dos amigos que se estaban quedando en la orilla de

la laguna, sepan que Quillqa está viva y la busquen, arrancó un pedazo de la chompa de la guerrera y lo colocó encima del cuerpo de Suyai. Al ver que del cuerpo de Quillqa todavía emanaban gotas de sangre, el bondadoso campesino, murmuró: “No necesito dejar más señales, suficiente con las gotas de sangre que sigue derramando esta hermosa criatura”.

Por cuanto el camino a su cabaña era distante, se pone el cuerpo de Quillqa en sus espaldas. Acomoda el cuerpo de tal modo que pueda llevarla tomando sus piernas y utiliza la manta de la carga de la leña para enganchar el cuerpo de la guerrera al de él. Luego se dirige a su vivienda, donde vivía solo. A primera vista, se quedó impresionado con la belleza de la ex virgen del sol y sintió mucha pena al verla sangrar por varias partes del cuerpo. La guerrera tenía incrustada una flecha en la parte inferior del lado izquierdo del estómago, otra en el muslo derecho, una tercera en el brazo izquierdo y una cuarta en el hombro derecho. La sangre no paraba de brotar.

Al llegar, el campesino puso agua en una olla de barro, prendió la leña y esperó que hierva el agua. Inmediatamente después vertió varias hierbas. Todo el contenido lo vació a una taza. Se lavó las manos y con gran valor y cuidado para evitar que pedazos de flecha se queden en el cuerpo de Quillqa, sacó una a una todas las flechas. En el momento que el campesino le echó el agua con hiervas en las zonas afectadas, despertó la guerrera. No se puso agresiva ni a la defensiva al ver la amabilidad que el pobre campesino mostraba en su rostro, y al instante se volvió a desmayar.

En plena mañana, Suyai se despierta y advierte el pedazo de chompa que tenía en su pecho, y de alegría se pone a gritar: “Esta es de mi ama. La encontraré, la encontraré”. Tawa la escucha y grita: “¡Suyai!”. Se acercan el uno al otro y se abrazan. Suyai, con el trozo de la chompa, le hace una pregunta a Tawa: “¿Cómo llegó a parar ese pedazo de chompa encima de mí?”. “Alguien encontró a mi jefa y se la llevó”, respondió el vigilante. Le salió el espíritu pesimista a la amiga de la guerrera: “¿La habrá matado?”. “Si lo hubiera hecho no te hubiera dejado ese rastro”, contestó Tawa.

Continuaron explorando pistas y encuentran rastros de sangre unos tras otros. “Esta es sangre de mi jefa. No está muerta”, gritó nuevamente con alegría, Suyai. Apuraron sus pasos, llegaron antes del atardecer a la vivienda del anciano. El campesino ya los estaba esperando. Los vio y les invitó a pasar solícitamente. Ni bien ingresaron y vieron a Quillqa que descansaba y que había sido curada, sus rostros se llenaron de optimismo.

El anfitrión les hizo ademanes indicándole que se echen en los espacios del suelo que estaban cubiertos por sacos y trapos y para que los atienda igual que a Quillqa. Tawa y Suyai le entendieron perfectamente y se acostaron. Luego fueron curados por el anciano, de la misma forma como lo hizo con la guerrera.

Durante el reposo de sus tres invitados, el campesino se puso a preparar un caldo de cabeza de alpaca. Cuando estuvo listo, el anfitrión hizo gestos invitándolos a comer. Suyai le hizo entender que comerían cuando Quillqa despierte. Nadie se atrevió a levantarla, prefirieron que tenga un descanso reparador. Ya entrando al anochecer, Quillqa despertó y no podía creer que Suyai y Tawa estuvieran a su lado. Al instante se puso a buscar a su hijo. Llorando y jalándole la chompa a Suyai, le exigía que le entregue su niño. “Dame a mi hijo, dame a mi niño. Me has fallado. Me prometiste protegerlo con tu vida. Dame a mi niño”, le gritaba. Suyai le soportó todo y también rompió en llanto. En esa condición le comentó lo sucedido. Quillqa siguió llorando y luego ya calmada fue consciente que nada ganaba desesperándose. La amiga continuó informándole: “Uchuwa hacía todo lo posible para que el príncipe no lllore y no sufra ningún daño. Me di cuenta de eso porque solo me atacó cuando me quitó al niño de los brazos. Creo que el objetivo era solo usted y yo. Me parece que entre sueños que ese criminal decía gritando que iría a Cusco”.

Quillqa la interrumpió y le llamó la atención: “Nada de ‘me parece’, ¿escuchaste o no escuchaste que iría a la capital?”. Asustada, Suyai contestó: “Si, estoy segura que escuché eso, por los diositos que no estoy inventando señora”. Esto tranquilizó a la guerrera.

Después de un rato de silencio, la guerrera empezó un nuevo análisis: “Debe ser cierto lo que dices Suyai acerca del viaje del asesino a la capital. ¿Quién o quiénes me quisieran matar? Los militares incas están descartados, por el contrario, me estiman mucho. La señal de los dos dientes de vizcacha solo se sabe en Cusco. ¡En la capital están los autores! Hacia allá iremos”. Ya más tranquila, Quillqa mirando a los ojos de sus amigos, con voz firme les prometió: “Juro que ese maldito apu me las pagará y también todos los criminales que me tendieron esta trampa. Ruego a los dioses que cuiden a mi príncipe”.

Cada vez que recordaba a su niño, la guerrera se entristecía. No deseaba comer, pero puso de su parte para hacerlo. “Comeré por mi niño. Él me necesita fuerte”. Previo a la cena, Quillqa creyó que era una mala educación no saber el nombre de su anfitrión. El humilde campesino les dijo que se llamaba Antay. En plena noche, los cuatro cenaron un delicioso y reparador caldo de cabeza de alpaca, y conversaron un poco. Seguían cansados y adoloridos y se quedaron a dormir hasta el día siguiente.

El plan de rescate del hijo de Quillqa y Pachacútec

Al amanecer, Quillqa ya un poco recuperada, conversa con sus dos amigos sobre el plan de rescate del hijo del inca Pachacútec: “Tenemos que darnos prisa. Tomemos en cuenta que ya nos llevan dos noches de ventaja. Para elegir la mejor ruta, tendremos que regresar al fuerte inca. Algunos oficiales que han servido al glorioso ejército inca y que tuvieron la suerte de tener como jefes a Pachacútec y Túpac Yupanqui, piensan que el hijo es mejor estratega que el padre y que es un excelente planificador al detalle. Por eso, utilizaré la información sobre la ruta utilizada por Túpac Yupanqui. Estoy convencida que es la más corta. Yo tengo el quipu que describe ese itinerario. Me la proporcionaron cuando asumí el mando del fuerte inca. Además, ese será el mapa que empleará el maldito Uchuwa. De ese modo, nos apresuraremos y al mismo tiempo, estaremos tras los pasos de ese vil traidor. La meta es rescatar a mi niño antes que Uchuwa llegue a la capital”.

Solo les faltaba saber dónde estaban y cómo volver al cuartel. Antay les indicó con claridad por dónde tenían que ir. Si es cierto lo que dicen por allí respecto a que el grado de felicidad total de la vida de una persona es un promedio ponderado de la felicidad e infelicidad en cada tramo de tiempo y en cada pedazo de espacio, entonces las dichas resultantes de los tres amigos se favorecieron con el tramo de tiempo con el anciano y el pedazo de espacio en la cabaña. Pero también, lamentablemente, el grado de felicidad es relativo a la infelicidad que la precede, y a la inversa. En otras palabras, por ejemplo, lograr ser feliz en el trabajo no es tan difícil si en tu hogar hay infelicidad. Esto se presentó en la despedida de los amigos. Antay estaba triste, pero no tanto como los tres amigos. Hasta Tawa, quien aparentaba ser poco sentimental, tenía los ojos húmedos. Después de mirar unos diez o veinte segundos al anciano, se despidieron y cada uno lo abrazó. Quillqa caminando en dirección que le había señalado Antay, voltea y le promete a su nuevo amigo: “Te volveré a ver”. Luego abrazando a su amiga Suyai le dice: “Me siento impotente de no poder hacer algo para curar la soledad de mi amigo Antay. Los dioses lo cuiden”.

Para no levantar sospechas cuando estuviera en el fuerte, decidió que Suyai le esperara en la vivienda de una amiga. Regresaría acompañada de Tawa. Luego iría a su encuentro y desde allí partirían hacia la capital del imperio.

En el camino al fuerte, Quillqa coordinó con Tawa los pormenores de lo que explicarían a los apus del cuartel. Tawa, aprovechó un silencio y le preguntó: “Señora, ¿yo partiré con ustedes? Dígame que sí por favor”. La guerrera le dio un rotundo “no”, pero dejó notar que era negociable. Ese “no” que por dentro señalaba la posibilidad de un “sí”, dio pie a que Tawa insistiera: “Jefa mía, déjeme aplacar mi sed de venganza por favor”. “¿Solo tu sed de venganza? Dime la verdad. Odio la mentira, ¡lo sabes!”, replicó la ex virgen del sol. “La verdad es que amo a Suyai y por nada del mundo quiero separarme de ella”. “Entonces, encárgate de las armas que llevaré y que llevarás. Sé consciente de que nuestro regreso es el inicio de una guerra sin tregua”. “Gracias señora. Soy consciente de lo que usted manifiesta. ¿Qué armas llevará?” preguntó Tawa. Ya casi al llegar al fuerte, Quillqa le instruye: “Una wino, una huaraca con unas 20 piedras y un buen arco y flecha. Acompañame a la reunión. Cuando empiece a designar mi reemplazo te dedicas a elegir las armas”. “Así será, señora”, le contesta el soldado.

Un poco más del mediodía llegaron al fuerte. “Estamos con el tiempo en contra. Vuela donde el apu Samin y dile que deje de hacer lo que está haciendo y que de inmediato venga hacia mí”, le ordenó Quillqa al soldado. Samin saludó atentamente a la guerrera y expresó: “Estoy a sus órdenes señora”. Quillqa, le da la siguiente orden: “Convoca de inmediato a todos los apus y al orejón. Tenemos que tomar decisiones inmediatas”.

Llegaron siete apus. Eran ocho, pero no estaba presente Uchuwa. Quillqa, antes que le hicieran preguntas sobre su ausencia, empezó la sesión explicando que había salido de caza acompañado de Tawa y que había dejado a su hijo con Suyai en la vivienda de una amiga. Siguió contando que se separó de Tawa y se perdió porque fue la primera vez que fue a ese lugar. Terminó diciendo que después de mucho caminar y muchas búsquedas se reencontró con Tawa. Uno de los capitanes le preguntó: “¿Sabe algo de Uchuwa, jefa?”. La ex virgen del sol no se demoró en responder: “Lo único que sé de Uchuwa es que forma parte de una banda de criminales. Mis espías personales me informaron que en sus horas libres se reúne con gente de mal vivir. Por eso les ordeno que ni bien lo vean lo metan preso y me comunican a como dé lugar”. Estaba tan de prisa, que no le importó mucho si le creían. Luego de disipar las dudas sobre su ausencia les comunicó que viajaría al sur por un asunto pendiente muy personal. “¿Recuerdan que ustedes me tomaron prisionera y que desde aquella vez me quedé aquí y por eso ya no pude llegar a mi destino que era más al sur?”, les preguntó. Nadie preguntó sobre ese asunto. No querían problemas con Quillqa, la conocían muy bien como guerrera. Esto favoreció a Quillqa, pues no deseaba persistir en su mentira.

Durante su período de liderazgo del fuerte inca construido en el pueblo de Amaru, Quillqa llegó a constatar la capacidad militar y lealtad al imperio del apu Samin. Este oficial también había sido el preferido de Kunturi, el hatun apu que después de ser asesinado por rebeldes mapuches, fue reemplazado por Quillqa. Ante los siete capitanes y uno de los orejones que había acompañado a Túpac Yupanqui, la guerrera propuso a Samin como jefe del ejército en su reemplazo. Para eliminar conjeturas, expuso: “Quiero dejar claro que el apu Samin me reemplazará solo durante mi ausencia. A mi regreso, volveré a tomar el mando”. Nadie se opuso.

Quillqa procedió a desearle éxitos a Samin, le dio un fuerte abrazo y le susurró al oído: “Confío plenamente en ti. La verdad es que me voy tranquila”. Samin, muy atento le dio las gracias.

La guerrera, consciente de que un mensaje transportado por el sistema de comunicación inca, llegaba a su destino mucho más rápido que otro llevado por un individuo, se vio en la necesidad de neutralizar su empleo, durante su ausencia al frente del fuerte inca instalado en el pueblo de Amaru. La diferencia se explicaba, principalmente, porque una persona para llegar a su destino tomaba descansos, mientras que en dicho sistema los chasquis corrían a gran velocidad

turnándose con otros de uno al siguiente punto hasta llegar a su destino. Asimismo, habiendo calculado que con todos los inconvenientes que tendría en la travesía de su retorno, demoraría unas tres lunas en llegar a la capital, más que ordenar, le solicita a Samin: “Hazme un gran favor, no comuniqués nada sobre mí. Como sabrás, he escapado del inca Pachacútec y no deseo que sepa que estoy aquí. Cuando tengas que enviar noticias no me menciones a mí. Solo informa que a ti se te ha encargado comandar el ejército inca. Te pido que solo lo hagas después de tres lunas, que es el tiempo que me demorará resolver mi problema personal”. El nuevo jefe del fuerte, recordando que el hatun apu Kunturi, estando al mando del cuartel le comentó que el inca Túpac Yupanqui le guardaba respetos a la guerrera, no titubeó la prometerle: “Vaya con absoluta tranquilidad, jefa”.

Terminada la reunión, Quillqa rápidamente se dirigió a su habitación para tomar algunas cosas suyas, de su hijo y de su amiga. También llevó el poco oro y la plata que tenía ahorrado, y que lo había escondido en su habitación. “Si trabajamos todo el tiempo para pagar nuestra comida y alojamiento, nos demoraremos demasiado. El oro y la plata nos ahorrará tiempo”, planeó. Luego vino Tawa, y este le dijo: “Señora, en lo del arco, las flechas y la huaraca no he tenido inconvenientes...”, y tomando la vino y mostrándosela, terminó de explicar: “... pero solo encontré esta vino, que no tiene las medidas de las que usted emplea. ¿Qué hago?”. “No te preocupes, esa vino es mejor de lo que esperaba, gracias”, le respondió.

La vino que le proporcionó Tawa, era más delgada, pero más larga de la que habitualmente utilizaba la guerrera. Quillqa, en lugar de desanimarse, se alegra. “Así como es, se asemeja a la takana con la cual me entrenó mi maestra Tomoe”, dijo para sus adentros, la ex virgen del sol. “Te siento maestra, te siento. Es una buena señal. Sé que me ayudarás a recuperar a mi príncipe”, continuó pensando. “Por favor, para acostumbrarme a las nuevas medidas de la vino, hazme recordar que debo entrenar en los momentos de descanso en nuestro viaje”, le solicitó a Tawa. El soldado respondió: “No se preocupe jefa”. “Deja eso de jefa. Llámame por mi nombre no más”, le pidió la guerrera.

Viendo que podría tener mucho equipaje y esto representar un estorbo, Quillqa le pregunta al soldado: “¿Tendré necesidad de ser arquera?” Él le respondió: “Sí jefa. No puede dar ninguna ventaja a esos criminales. No se olvide de meterle un flechazo a Uchuwa de mi parte”. “Te lo prometo”, respondió enérgicamente la guerrera.

Ya estaban por salir, cuando de pronto Quillqa recuerda que le faltaba el mapa para el regreso. De inmediato recordó el lugar donde había guardado el quipu con los datos de los pueblos caminados por los regimientos incas bajo la dirección de Túpac Yupanqui. Lo tomó, lo metió a su bolso, salió raudamente y tocando el hombro a Tawa, le pidió que salieran de una vez.

Antes de dirigirse a la casa donde Suyai los esperaba, Tawa solicitó a la guerrera que lo acompañe a la vivienda de un amigo, para que le proporcione una llama para el traslado de sus cosas. “Vamos, pero apura el paso”, le aceptó Quillqa. “Qué bien que estés llevando poco peso, Tawa. El camino es largo y tenemos que ir con poco peso”, le dijo la guerrera mostrándole el poco bulto correspondiente a ella, a su hijo y su amiga que había colocado en las dos llamas que estaba jalando.

Tawa recogió su llama, acomodó sus cosas en las espaldas del auquénido y se dirigieron donde los esperaba Suyai. Al punto de encuentro llegaron a plena noche. Hasta ese rato, el tiempo les había hecho ganar a los delincuentes tres noches de ventaja. Nuevamente, Quillqa al recordar a su hijo, suspiró de pena. La imaginación de que algo malo le estaba sucediendo le ganaba a su optimismo. Considerando que en la ruta había pueblos pequeños, acordaron salir de inmediato y caminar toda esa noche. “En el caso de que tuviéramos un percance, encontraremos personas

a quiénes recurrir. Así que empezamos de una vez nuestro viaje. Cuando estemos bastante cansados buscaremos una posada”, ordenó la ex virgen del sol.

En la ruta que seguía, Quillqa no se cansaba de preguntar a los comerciantes, los posaderos y las vivanderas si habían visto a un hombre con las características del secuestrador Uchuwa. Hacía hincapié que estaba acompañado de un niño. En el primer pueblo que atravesaron no le dieron siquiera una pista.

El apu delincuente estaba atemorizado y hacía todo lo posible para sortear preguntas relacionadas al niño. No se alojaba en lugares concurridos, y en su lugar lo hacía en las afueras del pueblo. Para eso, dentro de su equipaje que transportaba con la llama, tenía dos frazadas gruesas de lana.

Por su parte, los tres amigos trataron de ahorrar el poco mineral que llevaban como medio de pago y se alojaban en las posadas más económicas, y en una misma cama dormían las amigas. Debido a que para trasladarse más rápido llevaron poca carga y esto significó llevar solamente una frazada liviana para las dos mujeres, no arriesgaban a pasar la noche, o a descansar, en lugares descampados por temor a enfermarse. Tawa, se acomodaba en cualquier lugar, con tal de estar cerca de su amada.

Los integrantes de la banda de los doce asesinos, no se apuraban. Su mala costumbre de robar animales no la perdieron. Por el contrario, ahora atracaban todo tipo de producto que sea fácil de ser intercambiado por oro o plata. Robaban en un pueblo y realizaban el trueque en el pueblo siguiente más cercano. No tenían ningún tipo de clemencia. Su cobardía los llevaba a inclinarse por el asalto de los más indefensos. Sus víctimas preferidas eran menesterosos, ancianos abandonados y minusválidos.

La decisión de Uchuwa concerniente a hospedarse en lugares alejados de los pueblos trajo sus consecuencias. Ayar se enfermó. Sudaba intensamente, tenía fiebre y lloraba sin detenerse. La primera intención del malvado fue desatenderlo, pero al comprobar que no cesaba la fiebre, se vio obligado a buscar una posada donde socorran a la criatura. Ayar, cerca de cumplir 36 lunas, era un niño despierto. Ya pronunciaba algunas palabras y siempre estaba triste porque sabía que estaba en malas manos. La joven hija de un curandero lo atendió. Preparó un brebaje de hierbas naturales y le dio de beber al niño. Ayar sonreía con la joven. “Percibo en su carita una profunda tristeza”, pensó la joven. “Su hijo está asustado. Lo tengo que rezar”, le dijo a Uchuwa, y seguidamente, le frotó una vizcacha disecada. Cuando el apu traidor quiso darle una moneda de plata, la joven no le recibió. Le solicitó: “En lugar de pagarme, le pido que lo deje dormir hasta mañana al mediodía. No le vaya a dar la recaída y podría empeorar”.

Uchuwa, temió perder al niño. “Suficiente con el maltrato que le doy. Debo evitar que le pase algo irreparable. Y puede que mi prima tenga razón. No puedo arriesgarme a que los dioses me castiguen como venganza”. Decidió entonces, descansar con el niño conforme le había indicado la joven.

El apu, al día siguiente continúa con su viaje, con el niño en sus espaldas y tomando con su mano la sogá que sujetaba a la llama. El niño ya estaba mejor físicamente, pero sufría por dentro. Ese suplicio lo sufriría todo el tiempo con el delincuente.

El buen trato al niño no duró mucho. Más pudo el alma cruel y la comodidad que le gustaba a Uchuwa. El cobarde obligaba al niño a que camine, sin importarle las piedras, las ramas y los lodazales de las vías, ni el calor ni la lluvia, y solo cuando estaba agotadísimo, utilizaba su lliclla

para llevarlo a sus espaldas. El pobre niño soportaba todo en silencio, por temor a que le castiguen más.

Transcurrió unas tres cuartas partes de luna y llegaron a un pueblo, cuyas viviendas estaban en un gran hoyo. El pueblo estaba rodeado de una ladera con plantas de aliso en toda su área. Uchuwa, se preocupó un poco porque esa situación le impedía instalarse alejado del pueblo. Lo único que pudo hacer es hospedarse en un pequeño tambo que había a la entrada.

Ayar estaba con hambre y sin que todavía terminaran de instalarse en el cuartucho que le asignaron, inocentemente le pidió comida al malososo. Uchuwa reaccionó como una fiera salvaje y le propinó una cachetada y un salvaje palmazo en el trasero, amonestándolo: “No fastidies. Aguántate”. El niño se contuvo de llorar porque sabía que le iría peor. La habitación maltrecha tenía una gran ventana que estaba abierta. En el instante que el apu abusaba de Ayar pasó por allí un campesino. No soportó ver tal abuso, se acercó más y desde la ventana intervino: “Oiga no sea un animal. ¿Por qué maltrata a la pobre criatura? ¿No es su hijo? ¡Métase con un hombre!”. Ni corto ni perezoso el matón salió del cuartucho, chillando: “Contigo entonces, pobre diablo. Te haré tragar lo que has dicho”. El hombre ya lo esperaba en guardia y se dieron de puñetazos y patadas. Uchuwa al final terminó venciendo. En base a fuerza bruta lo arrojó al suelo y estando allí lo acribilló a patadas. El pobre hombre que por defender al niño se llevó una paliza, se fue gritando: “Ya verás cobarde, ya verás. Te acordarás de mí”.

Y esa amenaza se cumplió. Lo que no sabía el criminal era que el hombre tenía dos hijos, que eran los más belicosos del pueblo. Su esposa al llegar ve que el hombre cojeaba al caminar, se tomaba las costillas con gesto de dolor y le ve los moretones que tenía en el rostro. ¿Qué te ha pasado?, le preguntó. El buen hombre le narró todo en detalle y cuando terminó le advirtió: “No le vayas a decir a tus hijos”. Como siempre, la señora lo primero que hizo cuando llegaron sus dos hijos le contó todo, exagerando un poco.

Los dos jóvenes se pusieron furiosos y fueron a la habitación de su padre. Le inquirieron atrevidamente: “Díganos quien es ese hombre y dónde vive. No tema nada. Lo que le hicieron no quedará así”. Más que por su venganza, el padre creyó que ese bribón debería recibir su merecido por golpear a una criatura indefensa, y por ese motivo le informó todo, destacando que se trataba de un forastero. Luego, les dijo: “Sígueme. Pero por favor, no hagan escándalo delante del niño”.

Llegan al lugar y uno de ellos se hace pasar por el michic (teniente gobernador) del pueblo. solo un hermano ingresa a la posada y el otro y el padre se quedan afuera. Uchuwa sale con miedo. Se le presenta el joven y lo amedrentó solicitándole: “Acompáñeme”. “... Pero, ¿qué ha sucedido señor?”, respondió acobardado Uchuwa. “Ya le explicaré. Solo sígame”. El abusivo con los débiles cayó en la trampa y lo siguió. Llegaron a una pampa donde a su alrededor no había gente. Cuando estuvieron en el centro aparecieron el padre y el otro hijo y empezó la masacre. No quedó ni una parte del cuerpo del apu sin golpes. Estando en el suelo, el padre se acerca y le mete un puntapié en el brazo. “Para que siempre te acuerdes de no golpear a un angelito indefenso”. Tanta fue la golpiza, que el malososo quedó tirado por un buen rato en el suelo, sin poderse levantar.

La tunda que le dieron, fue una señal para el abusivo. No recapacitó, su espíritu miserable le susurró al oído: “De seguir así cavarás tu tumba”. Reflexionó que, de continuar maltratando al niño, este se quejaría. Se dio cuenta que Ayar era un niño inteligente y temió que lo delatara al llegar al imperio. “Si el inca llega a saber que he abusado de su hijo, eso significará mi muerte”, medita el abusivo. Prosigue: “Lo bueno es que es un niño y tengo la oportunidad de aprovecharme de su inocencia. Los adultos somos rencorosos, pero los niños no saben lo que es

odiar. La inocencia de los niños es la fuerza que elimina toda maldad. Cambiaré de actitud. A partir de ahora fingiré y haré que crea que lo quiero mucho”.

La pérdida de tiempo por la enfermedad de Ayar y por la tunda que le dieron, acortó la ventaja en distancia que tenía Uchuwa frente al equipo de la guerrera. Los retrasos del primo hermano de la concubina Killa Curi y los menores descansos que hicieron Quillqa y sus amigos, trajo como resultado que el equipo de la guerrera tome la delantera en la ruta para llegar a la capital del imperio.

Inicialmente, para su travesía Quillqa había previsto tres escenarios. Uno en el que ella y sus amigos llegaban antes que Uchuwa y su hijo; el segundo, en el que sucedía lo contrario a la primera posibilidad; y el tercero, consistía en alcanzar a Uchuwa y su hijo, durante el viaje, es decir antes de llegar a la capital del imperio. En la primera situación, ella se escondería y espiaría hasta saber a ciencia cierta a dónde llega y con quién dejarían a su hijo, y luego recién planearía el rescate. De suceder la segunda alternativa, indagaría dónde se encuentra y con quién está su hijo, y también recién pensaría cómo recuperarlo. En la tercera posibilidad, sin contemplaciones eliminaría a Uchuwa. “Conforme ocurran realmente las cosas, iré afinando mi plan”, reflexionaba.

El problema fue que estando Quillqa y sus amigos, por delante de Uchuwa, sin darse cuenta se desviaron de la ruta que planificaron al inicio. Se habían equivocado de pueblo como destino parcial. Llegaron a un centro poblado de nombre “La Viña”, en lugar de “Laberinto”. De estar en el segundo, hubieran llegado en poco tiempo al pueblito llamado “Caldera”, que era uno de los puntos de llegada del viaje. Ni bien apreciaron el error, para retomar la ruta planeada, preguntaron a un lugareño cómo se llega a Caldera. El hombre tomó una rama y les hizo un mapa en el suelo de los caminos que tenían que recorrer. Mientras trazaba los caminos, el amable señor, dibujó un círculo y mencionó que se trataba del centro poblado “Don Goche”, trazó dos caminitos más y volvió a trazar un círculo llamándolo Caldera. “Nos ha explicado a prueba de brutos”, expresó sonriente la guerrera.

La angustia de Quillqa aumentaba conforme pasaban los días. Saliendo de La Viña, llegaron a una pequeña llanura donde dos niños estaban pastando sus animales. A uno de ellos le preguntaron cómo llegar más rápido a Don Goche, y no le dieron razón. Esto les hizo dudar. ¿Estaremos en el camino correcto?, preguntó un tanto angustiada la ex virgen del sol. “No se preocupe ama, le aseguro que esos niños jamás han salido del lugar donde viven”.

La guerrera Quillqa y su enfrentamiento con los doce asesinos arqueros

Quillqa vio cansados a sus amigos, pero les exigió continuar. Aceptaron y caminaron hasta que les alcanzó la media noche. Estaban en la falda de un cerro y a los pocos minutos observaron la única vivienda que existía en ese lugar. Se acercaron a pedir que les proporcionen un lugar para pasar la noche. Los ancianos que estaban allí lloraban afligidos y por esa razón los ignoraron. Los tres amigos se acercaron a darles un abrazo y los ancianos no los rechazaron. Los pobres lo habían perdido todo y sus rostros denotaban total desesperanza. De las pocas palabras que comprendía y de los gestos, Quillqa interpretó que varios hampones le habían robado todo. Le dejaron nada. Se habían llevado siete alpacas, cuatro llamas, lana de vicuña, charqui de guanaco y todos los patos y cuyes que tenían los ancianos.

Los pobres ancianos no tenían tierras, solo se dedicaban a la crianza de animales en cantidades de subsistencia. También entendió que el robo ocurrió poco antes del anochecer y que ellos vieron todo el saqueo. Los delincuentes ni se inmutaron al ser vistos por los agraviados. Por

temor, el hombre y la mujer no defendieron el único capital que tenían, pues los rateros eran muchos y estaban armados con flechas y winos.

Quillqa dedujo que se trataba de los doce arqueros. A pesar de su dolor, los ancianos le invitaron un caldo de hierbas que habían preparado. Quillqa reprimió sus ganas de partir para alcanzar a sus agresores, porque no quiso defraudar tanta bondad. Antes de despedirse, Quillqa, mirando al anciano, le solicitó que le diga hacia dónde se dirigieron. El anciano le indicó con la mano que salieron hacia el norte. La mujer, intervino para dar el nombre del centro poblado donde probablemente comercializarían los productos robados. Mencionó "Don Goche". El rostro de Quillqa cambió de expresión. Le volvió la esperanza, y con gran entusiasmo, preguntó: "¿Así se llama ese pueblo?". La respuesta de la anciana la dio moviendo la cabeza arriba abajo. Quillqa gozaba por dentro con esa información y se decía a sí misma: "Ir a ese sitio no significará pérdida de tiempo, pues por ese pueblo se va a uno de nuestros destinos. Gracias dioses míos por darme esta señal". Tawa compartió el entusiasmo de su jefa, y a continuación pidió al anciano que le dijera cuán lejos estaba Don Goche. La respuesta fue que, si no demoraban en salir, llegarían mucho antes del amanecer.

La iniciativa para seguir caminando, nació de Tawa: "No hay tiempo que perder, salgamos ya hacia Don Goche", les dijo a sus amigas. Cuando terminó de hablar eso, Quillqa ya estaba lista. La guerrera les anunció: "Presiento que el momento de la justicia se acerca. Apresurémonos, solo perderemos el tiempo que me representará atrapar a esos criminales. Además, ganaremos tiempo con esta caminata nocturna". Pero se dio cuenta que su venganza podría servir también para hacer justicia a favor de los ancianos. El producto de su abnegación fue solicitar al anciano para que los acompañara. Lo convenció prometiéndole que recuperaría lo que habían perdido y que él tenía que estar en la captura para señalar a los culpables y traer de vuelta sus pertenencias. La anciana con un ademán le sugirió a su esposo para que se apure en unirse al equipo.

La ventaja para la banda de los doce arqueros era que estarían comercializando lo que robaron, habiendo descansado. El equipo de Quillqa, caminaría toda la noche para llegar al amanecer a los puntos que el anciano sospechaba harían la operación.

Cuando la luz del sol alumbró, el equipo de la guerrera llegó a Don Goche. Durante el camino ya habían hablado sobre el detalle de lo que harían. Quillqa se imaginó que los doce no negociarían en conjunto, sino que se dividirían. Previó que un grupo se encargaría de la comercialización de animales, otro de la carne y un tercero de la lana. De igual manera, aprovechando la luz de la luna, la ex virgen del sol solicitó al anciano que dibuje en el suelo el plano de distribución del mercadillo de trueques. El humilde ganadero se lució trazando las líneas que ilustraron con claridad dónde se ubicaba cada zona del interior del centro de intercambio de productos.

El mercadillo de trueques no estaba cercado. Las transacciones se realizaban en una pampa ordenada por zonas de productos afines. Cuando llegaron, Quillqa y sus amigos buscaron un lugar discreto y estando allí esperaron que los criminales llegasen al lugar. Mama Quilla estaba con Quillqa, pues el mercadillo de trueques era pequeño, y además las zonas de comercialización de animales, carnes y lanas colindaban, tal como lo había dibujado el anciano. Por el reducido tamaño del recinto, la primera decisión que tomó fue entregar su arco y las flechas a Suyai.

Los criminales se distribuyeron como se esperaba. Antes de actuar, la guerrera miró a Tawa y le dio la siguiente instrucción: "Yo atacaré a los arqueros encargados del trueque de animales, tú me cuidarás las espaldas, intervendrás cuando lo consideres oportuno o cuando yo te de la orden y no perderás de vista a los asesinos que están en la zona de carnes". Dirigiéndose a Suyai le ordenó: "Espiarás los movimientos de los asesinos que estarán comercializando la lana de vicuña

y cuidarás al ganadero. Si se escaparan síguelos hasta saber su escondite. Luego vuelves al mismo lugar del anciano. Ese será el punto de encuentro”. Ayudándose con señas, al anciano le solicitó: “Usted no se mueva de aquí bajo ningún motivo”.

Con su wino en la mano, Quillqa se acercó sigilosamente a la zona de animales. Tawa iba unos tres codos atrás. Seis arqueros estaban negociando el trueque de animales. Quillqa en silencio clavó su wino en la garganta al ladrón que estaba detrás de los otros. Sus secuaces no se dieron cuenta. Ágilmente penetró su wino en la garganta de un segundo, y casi al instante atravesó con su wino el abdomen de un tercero. Fue en ese rato que las personas que estaban allí empezaron a dar gritos y a correr desordenadamente. Solo se quedaron Quilla, Tawa y los nueve asesinos que restaban. Pirrulí y siete más quisieron escapar del lugar. Empezó a gritar: “Estamos frente a un espíritu. No podemos pelear con una muerta. ¡Huyamos!”. “Cállate carajo”, Paputo le llamó la atención y le metió una patada en el abdomen. El golpe encolerizó a Pirrulí y huyó despavoridamente con tres más. A estos, Suyai se encargó de seguirlos. El anciano no se movió del lugar donde estaba.

Las personas que asustadas corrieron e interrumpieron sus transacciones, se detuvieron alrededor del mercadillo y desde allí se pusieron a observar lo que pasaba entre Quillqa, Tawa y los delincuentes. La bulla despertó a la gente del lugar y desde la entrada de sus viviendas también hicieron lo mismo. Una mujer, comentó: “Esa chica es rápida como el viento. Parece que se estuviera vengando de un gran daño que le han hecho esos hombres”.

Se quedaron Quillqa y Tawa contra Paputo y cuatro criminales más. Los delincuentes rodearon a Quillqa y Tawa sin perderles la mirada. Dos delincuentes no tuvieron tiempo de reaccionar. A uno le clavaron la wino en la garganta y al otro le propinaron un puntapié en el mentón. El primero murió y el segundo se quedó inconsciente en el suelo. Quillqa, para evitar un contra ataque inesperado del bandido que estaba en el piso, se acercó velozmente y le ensartó su wino en la garganta. Paputo, intentando explotar la circunstancia del remate de Quillqa se acercó a ella para clavarle la wino, pero Tawa intervino oportunamente por su detrás, clavándole ligeramente su wino a la altura de la cintura. Paputo estaba herido, pero seguía en pie. Los otros dos arqueros se lanzaron al mismo tiempo contra Quillqa, ella los esquivó y a uno de ellos le incrustó la wino en la ingle. Solo quedaron Paputo y uno más. Quillqa le dijo a Tawa: “Encárgate de él, y déjame a Paputo”.

El coordinador de los criminales se acobardó y rengueando pretendió huir. No le interesó que uno de sus compañeros todavía estaba luchando contra Tawa. Quillqa no realizó mucho esfuerzo para alcanzar a Paputo. Introdujo su wino en el estuche de tela que tenía en sus espaldas, sacó su bolso grueso en el que llevaba las piedras de su huaraca y lo agarró de su parte superior. Quillqa lanzó velozmente el bolso con piedras a la sien de Paputo. El golpe fue preciso y potente e hizo perder el conocimiento al coordinador de los arqueros. Quillqa, imaginándose lo que su niño estaba sufriendo, agarró del cuello a Paputo, sacó su wino y le atravesó la garganta.

Cuando Quillqa se acercaba para apoyar a Tawa en su pelea con el último criminal que se había quedado, se escuchó una recia voz que expresaba algo así: “¿Qué pasa allí? ¡Deténganse!”. Se trataba del michic del pueblo Don Goche, acompañado de tres guardianes. La guerrera y Tawa no opusieron resistencia y un guardián los tomó del brazo a cada uno. Al delincuente lo ataron y así lo trasladaron. De inmediato, Quillqa llamó al anciano para que lo acompañe y luego le aclare todo al teniente gobernador.

Los espectadores comentaban, hilaron cabos sueltos y llegaron a la conclusión de que la guerrera había enfrentado a criminales. Por eso, uno de ellos al observar que el michic se llevaba

a los tres sin hacer ninguna salvedad, gritó: “Dejen libre a la joven y a su compañero. Ellos nos han defendido. Ellos han hecho justicia”. Todo el resto aplaudió por un largo rato.

Mientras Quillqa caminaba al calabozo, la gente se le acercaba a darle las gracias y a tocar su mano. La cantidad de personas que gritaban a favor de la libertad de Quillqa y su amigo, aumentó poco a poco en el camino, y así llegó al calabozo.

El anciano era muy respetado por el michic de Don Goche. Era un trabajador honrado y nunca había tenido problemas con los de su comunidad. Siempre donaba charqui para las comidas que se preparaban en las fiestas y varias veces le había regalado charqui de guanaco al michic. Por estas consideraciones, cuando el anciano le explicó todo, el teniente gobernador no lo pensó dos veces para autorizar la libertad de Quillqa y su amigo. Asimismo, el michic se sentía seguro de esta decisión porque se había enterado, por intermedio de sus colegas de los otros pueblos, acerca de las canalladas de esta banda de arqueros.

El michic, después de resolver la liberación de Quillqa y Tawa, pensó: “Estoy atravesando por mi peor momento. Cada vez más gente opina que estoy de adorno. Dicen que solo aparezco en las fiestas para comer y emborracharme. Comentan que solo soy bueno para tomarme todo el trago de las fiestas. Y la verdad, la verdad, en parte tienen razón. Entonces, todo lo ocurrido puede ser útil a mi reelección. Tengo que aprovechar el cariño que le tiene la gente a la joven y la importancia de haber eliminado y capturado a una banda muy peligrosa. Creo que una ceremonia declarando como huéspedes ilustres a los dos jóvenes, será un buen motivo para invitar a las autoridades de mayor jerarquía de la región. Y todo eso abonará a mi favor”.

El michic, previo a la invitación, le preguntó a Quillqa a dónde se dirigía y en qué podía ayudarlo. Ella le habló que solo deseaba regresar a su pueblo natal, pues como su padre había muerto, ya no tenía nada que hacer en Amaru. Suyai y Tawa, dijeron algo parecido. El teniente gobernador, no se fijaba en las respuestas, solo se imaginaba en la recuperación de su prestigio con la ceremonia. “Mucha gente la ha visto, empezarán a comentar maravillas y eso llegará a los oídos de las autoridades de la región”, decía con felicidad el teniente gobernador.

Quillqa, estaba preocupada por Suyai. “Tengo que despedirme de una vez. Sé nada de Suyai”, se preguntó. Iba a tomar la iniciativa para despedirse, y el teniente gobernador se le adelantó: “¿Podrían hacerme el honor, usted y su amigo, de ser mis invitados centrales de la ceremonia donde los declararé huéspedes ilustres de Don Goche?”. Ella, dudó un instante, pero le contestó con una seriedad que expresaba un mensaje de no negociable: “Le ruego que sea mañana mismo. Tengo que llegar a tiempo al campeonato de lucha en el que participaré en mi pueblo”. El michic, no le quedó otra cosa que aceptar: “No se preocupe, así será. Muchas gracias”.

Quillqa se acercó a Tawa y al oído le dijo: “Busca a Suyai. Debe estar en el sitio que acordamos. Ve con el anciano. Me quedará todavía aquí, quiero hacerle una visita al asesino que está en prisión. Espérenme, no se muevan de allí”. “Al instante, jefa”, contestó atento el enamorado de Suyai.

La guerrera volvió a donde estaba el michic. Esperó que estuviera solo, para decirle: “Señor, ahora que recuerdo, a un amigo del pueblo Amaru, no solo le despojaron de todo, sino que cuando su mujer salió a reclamarles, la mataron con cuatro flechas y, no contentos con esa maldad, la metieron al pozo de agua que había al frente del corral de sus animales. Creo que esta es la banda que cometió esa atrocidad. Deseo salir de dudas, ¿me permite entrevistar al delincuente, señor?, solicitó Quillqa. El michic le contestó: “Es todo suyo”.

Todo el pueblo sabía de lo ocurrido, particularmente los guardianes que estaban bajo el mando de michic. Cuando Quillqa llegó a la celda del arquero, uno de los guardianes le pidió acompañarla durante el interrogatorio al criminal, pero ella se hizo la despistada y le contestó con toda seriedad: “No necesito compañía. Quédese donde está”. El custodio entendió a la perfección.

Una vez frente a frente con el delincuente. Quillqa mostrando su wino, empezó diciendo: “Si no hablas con la verdad, te mataré. No me importa la vida, ya sabes. Uchuwa tiene a mi hijo y lo voy a recuperar. Cuéntame todo o te mato ahora mismo. Primero dime quién los contrató”. El asesino se negó a responder. Quillqa, miró hacia atrás para saber si el centinela la estaba observando y comprobó que era un guardián obediente. Nadie la observaba. Entonces, con el dedo pulgar y el dedo índice le agarró de la Manzana de Adán, y apretándole fuerte, le amenazó: “Habla o te mueres ahora mismo”. El delincuente se amilanó y le respondió: “Solo sé que dos personas nos contrataron. Un joven y una señora de la nobleza inca”. Quillqa, le interrumpió: “¿Quién es esa señora y cómo sabes que pertenece a la nobleza?” “No sé quién es, porque las pocas veces que hablamos con ella, iba con un pasamontaña que le cubría el rostro. Y parece que pertenecía a la nobleza por su manera de vestir y hablar. Además, el joven que también coordinaba con nosotros le hacía caso como si fuera su sirviente. Eso es todo lo que sé. Los detalles lo conversaban con Paputo. Él nos representaba ante ella y ante el joven. Luego estando en Amaru, el que dirigió todo fue Uchuwa. Eso es todo lo que sé señora. Por favor no me haga nada”. Quillqa, insistió. Con su mano le cogió el dedo índice, lo amenazó con rompérselo, y le dijo: “Dime todo lo que sabes o te rompo el dedo, te juro que lo haré”. Temblando, el asesino añadió: “Lo único que me faltaba decirle es que Paputo y Pirruli eran muy amigos. Paputo le contaba todo a Pirruli”. ¿Quién es Pirruli?, siguió interrogando la guerrera. “El que hoy nos pidió que huyamos y que, por eso, Paputo le metió un puntapié”, respondió el arquero. Quillqa le soltó el dedo índice, pero le agarró el índice mayor y se lo rompió. El delincuente se quedó gritando de dolor.

El guardián, al escuchar el grito del delincuente se acercó a la puerta. En ese mismo instante, Quillqa se retiraba. Le preguntó, ¿qué ha pasado, por qué grita? “Está loco. Él solo se ha mordido el dedo. No le haga caso”.

Quillqa, aceleró el paso para encontrarse con sus amigos. Se alegró de verlos a todos. Empezó diciendo: “Tenemos solo hoy para eliminar a esos asesinos. Suyai, ¿sabes exactamente dónde están los cuatro asesinos? La amiga leal, le respondió: “Sí señora. Están en una cabaña abandonada alejada del pueblo, ¿le hago un mapa para llegar allí?”. “Sí, por favor”, le atendió la guerrera. Suyai agarró una rama y en el suelo dibujó el camino para llegar. Estaba cerca.

Ya había pasado el mediodía, y por cuanto el mercadillo dejaba de funcionar antes del atardecer, el pobre ganadero tenía que acelerar sus transacciones. Todavía no pensaba comercializarlos, pero lo sucedido lo llevó a cambiar de idea. Se sentía feliz. Se comprobó que era cierto aquello de que el grado de felicidad es relativo a la infelicidad que la precede. El gran pesar que le produjo el saqueo se convirtió en una gran alegría. A sus nuevos amigos, les suplicó que lo esperen un momento. Fue a las zonas de los trueques donde estaban sus productos y muy pronto otra vez estaba con el equipo de la guerrera.

El anciano, muy agradecido le entregó a Quillqa todo el charqui de guanaco y toda la lana de vicuña. Quillqa no le aceptó. Se había dado cuenta que lo ofrecido representaba para los pobres ganaderos una parte importante de todo su capital. El anciano insistió, y al final, Quillqa le recibió una porción de charqui de guanaco y un poco de lana de vicuña. Luego, se abrazaron y se despidieron.

Una vez que el anciano se fue, Quillqa se dirigió a sus amigos: “No me podía negar. El amable señor lo iba a considerar como una ofensa. También acepté para no tener que trabajar mucho para pagar nuestros alimentos y estadías. Con mayor razón ahora que hemos perdido tiempo por desviarnos de nuestra ruta y por aplacar mi sed de venganza. Miremos el charqui y la lana como medios que nos acercan al malvado Uchuwa. Ese maleante me las pagará. Ya sé que él dirigió la emboscada en Amaru y que él me llevará a sus secuaces que tiene en Cusco y a la cabecilla de toda esta crueldad”. “¿Cabecilla?”, le pregunta sorprendida su amiga. “Sí, así es. Solo falta saber quién es. Por esa razón es que falsificaron el mensaje de Topa Huanchire. Tenía que ser alguien de la nobleza inca. Lo que no me dijo es la razón por la cual querían matarme junto con mi hijo”. ¿Y sabe por qué querían matarme, señora? Preguntó inquieta Suyai. “Supongo para no dejar huellas ni testigos de mi muerte”, contestó la guerrera.

En la reunión de los tres amigos, Quillqa empezó hablando: “Ahora sí utilizaré mi arco. Los atacaremos a la distancia. Tenemos que aprovechar la luz del sol y atacar antes del atardecer. A Pirrulí lo mataremos solo después que hable todo lo que sabe. A los otros tres los eliminaremos sin clemencia. Si yo tuviera que acercarme, Tawa me cubrirá las espaldas. Vayamos de una vez. Allá veremos a qué distancia de la cabaña abandonada nos ubicaremos y dónde. Pásame las flechas Suyai. ¿Algo que crean no he previsto?”. “Creo que nada. En el mismo lugar tendremos las cosas más claras”.

Con el arco, las flechas, la huaraca, la bolsa con piedras y la wino, empezó a caminar la guerrera. Junto a ella iba Tawa con su wino y huaraca. Suyai servía de guía. Al llegar se ubicaron al frente de la cabaña. Era un lugar con partes descampadas y arbustos. Se fueron acercando a gachas hasta llegar a cubrirse en los arbustos. De esta manera se ubicaron a unos cuarenta codos de la entrada de la vivienda destartalada. La última instrucción de Quillqa antes de la intervención fue: “Suyai, no te muevas de ese arbusto. Si sale uno solo, yo me encargaré de lanzar; pero si salen en grupo, yo daré la orden de disparar. Tranquilos, esperemos aquí. Si no salen, ya veremos qué hacemos”.

Sin imaginarse el plan de Quillqa y sus amigos, y confiados que al menos Paputo estaba vivo, los cuatro asesinos, que cobardemente se escaparon del evento del amanecer, discutían si irse de una vez o esperar a Paputo. “Vayámonos de una vez Pirrulí”, planteó uno de los arqueros. Pirrulí le respondió: “¿Acaso sabes por dónde regresar? El único que sabe es Paputo. Tenemos que esperarlo. Si no viene hasta el anochecer, nos vamos. ¿Qué les parece?”. “Me parece bien, ¿pero no crees que está furioso y se vengará de nosotros por abandonarlo?”, cuestionó otro de los hampones. Con mucha seguridad, Pirrulí habló: “No creo. A él no le conviene eliminarnos. No creo que quiera regresarse solo. Se encolerizará, pero se le pasará. Yo lo conozco bien, ya lo verán”. Entonces acordaron alistar sus cosas y esperar a Paputo hasta el anochecer.

Pirrulí era de estatura mediana, delgado, con pinta de “yo no fui” y caminaba con el cuerpo inclinado hacia la izquierda, porque era zurdo neto. Todas sus cosas lo hacía con la pierna, el pie, el brazo y la mano izquierda. Nada podía realizar con los miembros diestros. Por eso sus amigos lo consideraban un torpe. Desde niño le gustó lo cómodo. “No entiendo a quién ha salido holgazán este, su papá era trabajador y su madre también. Este es vago de nacimiento. Hasta cuándo vamos a cazar, si el animal no pasa por su costado, no caza nada. Es incapaz de salir a buscarlos”, decía su amigo Paputo. Era muy valiente cuando tenía todas las de ganar, pero cuando estaba en aprietos se encogía. Era un abusivo cobarde.

Uno de los arqueros, cuyo alias era Chapuko, salió a miccionar. Cuando se alejó a unos diez codos de la entrada de la vivienda, fue embestido por una flecha directa a su corazón. Tawa, protegido por Quillqa, se acercó inmediatamente para esconder el cuerpo. Después de un rato, Pirrulí, extrañado de la ausencia de su compinche, dirigiéndose a uno de los tres que estaba dentro de

la casucha, le ordenó: “Sal a ver”. Le contestó: “Salgamos los tres al mismo tiempo”. Así lo hicieron. En el instante que uno de ellos empezó a llamar a Chapuko, fue objeto de un flechazo en la garganta. Los otros dos, sorprendidos por el ataque mortal, trataron de entrar nuevamente a la casa. Solo Pirrullí ingresó. Quillqa ni Tawa le dispararon, pues lo querían vivo. El otro sufrió una pedrada en el pulmón lanzada con la huaraca de Tawa y una flecha casi en el mismo lugar, dirigida por la guerrera.

Dentro de la casa estaba Pirrullí, solo y temblando de miedo. En un primer momento creyó que Paputo había regresado a vengarse. Descartó esa posibilidad después de observar la magistral puntería que dio de baja a uno de sus secuaces. No dudó de la presencia de la guerrera. Constató que ya no era un cuento lo de su habilidad con todo tipo de armas y en la pelea cuerpo a cuerpo. Calculó que de los doce, él era el único sobreviviente. Presentía su muerte. No pasaba por su cabeza que le darían una tregua a cambio que hable todo lo que sabe.

Pirrullí empezó a gritar: “Mujer, te diré todo lo que quieras, pero no me mates. Te daré todo lo que me pidas, pero no me mates, te lo juro”, y salió de su escondite con las manos en alto y botando su arco. Estaba detrás de un muro de piedra construido al frente de la vivienda. En el suelo había pequeñas ramas secas y por temor a hacer ruido, no se movía. Intuía que aun quedándose quieto, en cualquier momento sería hallado por la guerrera. Entonces, eligió salir y rendirse. “Si me rindo sin hacer pelea, se compadecerá mí”, especuló.

En lo que acertó Pirrullí es en que Quillqa en realidad era una persona bondadosa, pero desconocía que era una mujer de principios y que creía que estos no solo se cumplen, sino que se lucha para que así sea.

Desde que la guerrera emprendió la recuperación de su hijo, en su mente ya estaban muertos los doce arqueros, Uchuwa y todos los que confabularon su muerte, en especial, el secuestro de su adorado hijo. El caso de Pirrullí no era la excepción. Solo era una cuestión de un pequeñísimo tiempo para que hable todo lo que sabía. Ella estaba enfocada en saber quién era la jefa de la banda. Fue así que le gritó: “Si deseas vivir, tendrás que decirme quiénes los contrató. Habla y no te haré ningún daño. ¡Habla de una vez!”. Pirrullí corroboró lo que le había dicho el asesino que apresaron en Don Goche: “No sé nada, no sé nada. Hicimos el trato con un joven y con una mujer que se tapaba el rostro con un pasamontaña. Eso es lo único que le puedo decir, señora. Por favor tenga piedad de mí”. Para nada mencionó que la concubina y Tupu coordinaban directamente y a solas con su amigo Paputo. Quillqa insistió: “¿Tu amigo Paputo no te contó algo más?”. “No, él sabía lo mismo que yo”, mintió Pirrullí.

Ante esa mentira, la guerrera se acercó más y le lanza una patada en la boca del estómago. Pirrullí quedó tendido en el suelo. Quillqa, conocedora de los blancos letales del cuerpo, pero sin saber que el asesino era zurdo, le da un pisotón en la zona donde se unen el omóplato y el húmero izquierdo. Pirrullí se desgañita de dolor. La guerrera, con su vino en la mano, lo amenaza: “No te tendré compasión, miserable. Tú no me la tuviste. Y lo peor es haber raptado a mi bebé. ¡Habla todo lo que te contó Paputo o te la clavo en la garganta!”. “Sí, sí, le diré, pero no me haga daño, por favor”, clamó Pirrullí. Y continuó: “Le juro por Inti y por la Pachamama que lo único que me dijo fue que la mujer vivía en el palacio del imperio, y que ella es la que envió los mensajes para Uchuwa y para usted”. ¿Y por qué querían matarme a mí y a mi hijo?, insistió la guerrera con una mirada amenazante. El asesino al verla, titubeando añadió: “Paputo entendió que la señora estaba celosa, y que el joven la odiaba a usted. Por los dioses, no sé más”. “¿Y a mi inocente hijo, por qué?”, volvió a preguntar la guerrera. “A él no lo querían matar. Paputo nos advirtió a todos que al niño no teníamos que hacerle ningún daño porque era sagrado. Así ha sido, no sé más. No me mate por favor”, respondió temblando el criminal.

Mientras miraba furiosamente, la guerrera iba deduciendo quién podría ser la cabecilla. Pero, le faltaba información sobre su cómplice. Por esa razón, después de propinarle un golpe en el rostro, retomó su pesquisa: “¿Cómo era el joven que hablaba con ustedes?”. “Era alto, delgado, de cara chupada, siempre estaba demacrado y tenía sus orejas bien grandes. Así era el que habló sin pasamontañas con nosotros”, dijo quejándose de dolor el asesino. “¿Era noble, vivía en palacio?”, re preguntó la ex virgen del sol. “No creo, parecía de familia pobre”, atendió el delincuente. Quillqa se dio por satisfecha y le hundió su vino en la garganta.

“¿Quién podrá ser la mujer que vive en palacio y que me tiene celos y quién ese joven alto, delgado y de orejas enormes?”, se preguntaba a cada momento la guerrera. Para hilar datos, se juntó con sus amigos a razonar. Quillqa dijo: “En donde no hay dudas es en lo que ambos coincidieron. Como no han tenido tiempo para ponerse de acuerdo en lo que mentirían, es seguro que una mujer como jefa y un joven como su cómplice todo lo planearon desde la capital del imperio, ella pertenece a la realeza inca, Paputo era el que representaba a la banda de los doce con la cabecilla y Uchuwa fue la persona que dirigió mi emboscada y el rapto de Ayar. Lo que declaró Pirrulí y no el otro, fue que el plan no incluía quitarle la vida a mi hijo porque es sagrado; la jefa de todo vive en el palacio imperial; el mensaje que le llegó a Uchuwa y el otro que me lo entregó él, los envió la mujer... y es muy probable que ella también lo haya escrito. También me dijo que la cabecilla estaba celosa y el joven me odiaba. Ahhhh... y que el joven era delgado con unas orejas enormes y de origen humilde. “¿Qué conclusiones podemos sacar?”, preguntó ansiosa Quillqa.

“Otra cosa que es cierta señora, es que no quieren matar a su hijo”, intervino Suyai. “En qué te basas para decirme eso. ¡No lo hagas para animarme!”, exigió la guerrera. La amiga, le aclaró: “Uchuwa forcejeó conmigo para quitarme a la criatura. Si hubiera querido matar a los dos lo hubiera hecho sin pretender quitarme el niño. Cuando me quitó al niño, recién me hirió con su vino”. “Ummm... sí, si tienes razón. Entonces, incluyamos como incuestionable que a mi niño no le quitarán la vida. Me has tranquilizado Suyai, gracias”, concluyó la ex virgen del sol, abrazando de alegría a Suyai. A ese estrechón se unió Tawa.

Quillqa, ya quería tener todo claro para planificar el rescate y por eso persistió en aclarar la validez del resto de información: “... ¿Y cuán probable es que la jefa sea la que envió y escribió los mensajes, la cabecilla esté celosa de mí, el joven que tiene orejas enormes me odie y que la que me odia viva en palacio?”. “Yo no estoy segura de que viva en palacio, pero sí puedo suponer que es una mujer poderosa. Sobre lo demás, le sugiero que creamos a Pirrulí, señora”, opinó Suyai. “Yo creo exactamente igual”, apoyó Tawa a Suyai. “Estoy de acuerdo con ustedes. Lo único que me faltó preguntarles y que no me podían decir que no sabían era cuánto les habían pagado”, dijo Quillqa. “Sí pues faltó averiguar eso, pero no es muy importante”, expresó el vigilante. ¿Por qué?, insistió la guerrera. “Porque han sido doce arqueros, la misión era delicada y por lo tanto el pago ha sido fuerte. ¿Cuánto ha sido? No sé, pero de lo que si estoy seguro es de que a los asesinos le dieron bastante mercancía, oro o plata”, sustentó su respuesta Tawa.

Quillqa decide buscar a su hijo en el palacio de gobierno del imperio

Quillqa, siguió discurriendo, y luego pronunció: “Aun existiera la posibilidad de que alguien más poderoso o poderosa fuera el verdadero jefe o jefa, si capturamos a la mujer que me tiene celos, sabremos dónde está mi hijo y también toda la verdad. Todas las pistas nos llevan a palacio: solo me tendrían celos por haber sido una de las mujeres del inca, en el palacio existe una creencia ciega en que el inca y todos sus hijos son sagrados porque son hijos del dios Inti, la cantidad sustancial de pago a los criminales como soborno, en fin... Husmearemos palacio, amigos, y conforme los hechos ocurran en la realidad, iremos detallando lo que haremos. Oremos a

nuestros dioses para que cuiden a mi príncipe”. Ni bien escucharon ese pedido, los tres se dieron la mano y se pusieron a rezar.

Al día siguiente, Quillqa y Tawa se arreglaron para asistir a la solemnidad. Debido a que Suyai “no existía” para el teniente gobernador, estaría observando desde la muchedumbre. “Tengamos nuestras cosas listas para que ni bien termine la ceremonia salgamos volando a Caldera”, instruyó la ex virgen del sol. El acontecimiento fue un éxito para el michic, pero no rotundo. Esto ocurrió porque se programó muy pronto, y algunos invitados importantes no pudieron estar presentes. A pesar de este inconveniente, el teniente gobernador estaba feliz. “Nunca me habían felicitado tanto. Ahora me recordarán como el artífice de la seguridad de Don Goche y no por mis borracheras y tragazones”, decía.

La ejecución de once asesinos y la captura de uno de ellos, y la participación en el evento de condecoración que se llevó a cabo en el centro poblado Don Goche, en honor a Quillqa y Tawa, les hizo retrasar el viaje a los tres amigos, y nuevamente, el matón Uchuwa pasó adelante. Ellos no tenían idea de que así estaba aconteciendo.

El apu ya estaba dirigiéndose al territorio de Atacama, cuando la guerrera y sus amigos estaban por ingresar a la región de Coquimbo. Allí, la guerrera en su huida del inca, en un pequeño pueblo, para sobrevivir y obtener estancia y alimentación se vio obligada a luchar y vencer a su guerrero más fuerte. Para esquivar contratiempos, optaron por caminar por unos cerros que rodeaban ese pueblo, pero tratando de no desviarse de su ruta.

Sin inconvenientes de importancia, Quillqa y sus amigos atravesaron las regiones de Atacama, Antofagasta, Tarapacá y Ariaka. Luego, en la comarca de Takana (actualmente se llama Tacna), saliendo con dirección a Mukiwa (hoy Moquegua) unos pescadores al verlos cansados, se apiadaron de ellos y le regalaron pescado. Le indicaron que más adelante habían unas señoras que le podían hacer el favor de freírlos. “¡La gente de Takana no solo conserva limpia sus calles, sino también sus corazones!, exclama con satisfacción la guerrera. Más adelante, se acercan a una de las señoras que vendían pescado frito. Le ofrecen regalarle pescado fresco crudo a cambio que le frían los otros que le habían regalado. Cuando terminaron de comer, Tawa sonriendo les dijo a sus amigas: “Por fin he comido como los dioses mandan”. En son de broma y sonriendo la guerrera le dice: “Ay, si como comes, ¡pelearas!”. Todos sonrieron.

Cuando los amigos reiniciaron su marcha hacia Mukiwa, el delincuente Uchuwa y Ayar salían de Areq Qhipay (de las palabras quechuas “Areq” que significa “volcán”, y “Qhipay”, detrás) rumbo a la capital del imperio. Es decir, los separaba unas diez noches de distancia. En el tramo de Areq Qhipay-Cusco, el delincuente lucía transformado. Engreía al niño. En lugar que el niño le ruego como antes cuando tenía hambre o cualquier otra necesidad, él se adelantaba y le preguntaba qué quería. Lo abrazaba y lo llevaba sobre sus espaldas. No le dejaba que camine. Le buscaba lo que le gustaba. Se daba el trabajo de buscar las posadas más cómodas. Para ganarse el cariño de Ayar, en una ocasión intentó darle un beso en la mejilla, pero él se volteó.

El matón asesino ya estaba cerca de la capital y su mente estaba encaminada a planear cómo se convertiría en el héroe. Su primera idea fue utilizar un chasqui para enviar un mensaje a su prima comunicándole sobre su llegada a la capital, para que ella prepare el recibimiento con antelación, pero al darse cuenta que eso podría hacer pensar a la nobleza que estaba buscando figuración y que el inca lo podría tomar como una provocación a sus enemigos internos y eso a su vez poner en peligro a su hijo, desiste. “Lo que mejor impresionará a la nobleza será mi ‘humildad’ y ‘valentía, así que no haré gala de nada. Debo hacerles creer que soy un soldado que solo cumple su deber con el imperio y su soberano y que hice hasta lo imposible para que el niño

llegue perfectamente bien. Es importante también que el niño de muestras de aprecio a mi persona”, discernía el matón asesino.

Con esa idea, en todo momento del día tenía al hijo de Pachacútec en sus espaldas. Su cansancio e incomodidad pasaron a segundo plano. Todo sacrificio se justificaba a cambio de ganarse el afecto del príncipe. El oro y la plata que había ahorrado en el camino, bien valía la pena gastarlo para proveer de mejores alimentos al niño. Así, en el atardecer llegó a la parte alta de la capital. Allí había una fila de eucaliptos y otra de molles y elige el molle más frondoso para sentarse a descansar. Estaba exhausto. ¿Es un buen momento para entrar al palacio o espero hasta el amanecer?, meditó buscando el mejor momento para su farsa. Decidió no esperar, ya que el aspecto que tenía a esa hora era natural, lo verían agotado realmente y eso reflejaría mucha entrega y sacrificio.

Después de reposar un rato, Uchuwa emprende su camino con dirección al palacio del inca. Llega con la cara grasienta y de su ropa emanaba un olor insoportable. Se identifica como un apu del ejército que servía en el fuerte construido en el pueblo de Amaru en la región de La Araucanía. Pregunta al guardián por la concubina Killa Curi. Pasan la voz a la malvada y ella le hace pasar a su vivienda que tenía instalada dentro del palacio. Se abrazan y traman todo lo que harían de inmediato. Para hacer sentir bien al niño, lo lleva a una pequeña habitación donde había una cama bastante cómoda y pide a su sirvienta que lo bañe y le de comer lo que el príncipe le pida.

Killa Curi le sugiere a su primo que no se cambie de ropa y menos que tome un baño. “Así se te ve como un soldado a la altura de lo que exige el inca”, le dijo. Una vez que el niño estaba arreglado, lo toma de la mano y se dirige a la vivienda principal del palacio. En este lugar ocurre la charla que se narra a continuación.

Mama Anahuarque: ¿Qué está pasando? ¿Quién es ese niño y quién es ese hombre?

Killa Curi: Tranquila señora. Le traigo una buena noticia. El niño se llama Ayar y es el hijo de Quillqa. Él es mi primo, el apu Uchuwa. Es un héroe, pues rescató al niño de las manos de unos asesinos.

Mama Anahuarque (abrazando al niño príncipe): ¿Tú eres el hijo de la guerrera? ¿Cómo te llamas?

Ayar (asustado no quería hablar).

Killa Curi: Pobrecito, está cansado, y como no nos conoce todavía, no quiere hablar.

Mama Anahuarque: ¿Me pueden contar qué ha pasado?

Killa Curi: Que le informe el apu Uchuwa, mi primo hermano.

Mama Anahuarque (dirigiéndose a una de sus sirvientas): “Antes que hable el apu, corre y llama al sacerdote Topa Huanchire.

Mientras esperaban, Mama Anahuarque miraba a los otros, sorprendida, pero sin dejar de abrazar al niño y pasarle la mano por su cabello.

Topa Huanchire (después de saludar a todos): ¿Qué ha sucedido? ¿Quién es ese niño tan apuesto? y ¿quién es el señor?

Killa Curi: Es Ayar, el hijo de Quillqa; y él es mi primo hermano, el apu Uchuwa.

Mama Anahuarque: Ahora sí, apu, cuéntenos todo lo sucedido. Dígame exactamente lo ocurrido al detalle.

Topa Huanchire (ansioso y preocupado): ¿Y qué ha pasado con Quillqa? ¿Qué es de ella?

Uchuwa (nervioso, tomando aire): Soy el apu Uchuwa. Luego le informo sobre la señora Quillqa señor sacerdote. Sirvo al ejército imperial en el fuerte que el inca Túpac Yupanqui construyó en el pueblo de Amaru. Hace unas tres lunas, por coincidencia salí a cazar a un lugar cercano donde con ese mismo fin también había ido la señora Quillqa. Ella tenía por pasatiempo salir a cazar.

Mama Anahuarque: ¿Tanto la conoces que sabías que su pasatiempo era cazar vizcachas?

Topa Huanchire (para sí mismo): ¡Qué raro! Cuando yo le dije que mi recreación favorita era cazar vizcachas, no me dijo que a ella también le gustaba. ¡Ummm!

Uchuwa (nerviosísimo): ¿No sabían? Ella era la jefa del fuerte de ese pueblo.

Mama Anaharque: ¿Cómo? ¿Y no nos avisaron?

Uchuwa: Pensé que ustedes sabían de eso.

Mama Anaharque: Cuéntame cómo llegó a ser la jefa del ejército, sin que mi hijo ni nadie lo supiera.

Uchuwa (respirando profundamente): Nuestros soldados la capturaron junto a su hijo.

Mama Anaharque: ¿Por qué la capturaron?

Uchuwa: Su hijo, el inca Túpac Yupanqui había ordenado su captura. El inca estaba ansioso de encontrarla y darle su merecido. Eso es lo único que sé al respecto.

Mama Anaharque (en silencio y sin abrir la boca): ¿Mi hijo quería castigarla? ...Ummm.

Topa Huanchire: ¿Estaba Quillqa sin su sirvienta?

Uchuwa: ¿Quién?

Topa Huanchire: Su sirvienta.

Uchuwa: Estaba con su sirvienta.

Mama Anaharque: Sigue diciéndome cómo Quillqa llegó a ser jefa del ejército.

Uchuwa: Como le decía, ... ella fue capturada por nuestros soldados y encerrada en un calabozo con su hijo y su sirvienta. Al niño le dimos todas las comodidades. Y los apus decidimos tenerla allí hasta que regresara el inca Túpac Yupanqui. Luego, en la media noche nos atacaron unos mapuches, mataron al hatun apu Kunturi, quien era el jefe del ejército e incendiaron el fuerte. Al estar en peligro la vida del niño, ordenamos que liberen a la señora Quillqa, junto con su hijo y su sirvienta. Una vez libre, como ella es una buena guerrera, participó directamente en el combate y debo reconocer que gracias a su intervención convertimos una derrota en victoria. Debido a que los ocho apus no nos pusimos de acuerdo para elegir quién reemplazaría al general Kunturi, en reconocimiento a la valentía de la señora Quillqa, acordamos que ella dirija el ejército. Ella aceptó sin dudar. Al parecer dimos en el clavo de su ambición.

Topa Huanchire (para sus adentros): No me gusta este apu. Quillqa es valiente, pero no ambiciosa. ... Ummm.

Mama Anaharque: ... Fuiste a cazar al mismo lugar donde estaba haciendo lo mismo la guerra, ¿qué más?

Uchuwa: Estaba al acecho de una vizcacha y de pronto escuché carcajadas de unos hombres. Me acerqué y vi que uno de ellos tenía al niño en uno de sus brazos. Ayar gritaba, reclamando "mamá, mamá". Me acerqué a una distancia prudencial, tomé mi huaraca y lancé una piedra al cuerpo de uno de ellos, dejándolo herido. En vista que los criminales no tenían listos sus arcos para disparar, salí de mi escondite, gritando que no hagan daño al niño y que me lo entregaran. Luego los amenacé con el engaño de que vendrían mis compañeros de caza, advirtiéndoles que eran soldados como yo y que estaban armados. Al ver mi porte militar y al apreciar que estaba decidido, dos criminales levantaron al herido y huyeron. No osé perseguirlos porque eran unos doce criminales provistos de arcos y flechas".

Mama Anaharque (aprovechando que Uchuwa tomó un respiro): ¿Y la guerrera?

Uchuwa: Esperé un rato que todos los criminales se fueran y me puse a buscar a Quillqa, pero no la ubiqué. Ya era el atardecer y pensando que los criminales podrían regresar, cargué al niño y me lo llevé al cuartel.

Mama Anaharque: ¿Avisaste al fuerte lo sucedido?

Uchuwa: Sí, por supuesto. Ellos están al tanto de todo. Les di todos los detalles del lugar para que busquen el cuerpo de la señora Quillqa.

Topa Huanchire (poniéndose de pie): ¿El cuerpo? ¿Cómo sabes que la guerrera está muerta, si nos has dicho que no la llegaste a ubicar?

Uchuwa (nerviosísimo): ... Perdón, me equivoqué. No quise referirme al cuerpo, sino a la señora. Yo sospecho que la han asesinado, pero no lo he comprobado.

Mama Anahuarque: ¡Qué raro! Por una boca u otra, ya me hubiera enterado de que Quillqa estaba desaparecida o algo así. Lo que me dices es novedad.

Topa Huanchire (mirando a los ojos de Uchuwa): ¿Solicitaste que sigan buscando a Quillqa?

Uchuwa: Se acordó continuar con la búsqueda de Quillqa. Por cuanto apresuré mi regreso a palacio, no sé por qué no comunicaron lo de Quillqa. Luego de dejar todo en orden, me dediqué a preparar todo para mi viaje de regreso.

Topa Huanchire: ¿No crees que fue muy arriesgado traer al hijo del inca sin estar resguardado?

Uchuwa: Sí, es cierto, fue arriesgado, pero al mismo tiempo calculé que una expedición de seis personas escoltando a un niño llamaría la atención de enemigos o delincuentes, y en esa situación el riesgo sería mayor. Por esa razón, cuando un apu dispuso que cinco soldados me acompañen como seguridad del niño, descarté esa medida. Les dije que poco serviría estar acompañado con cinco soldados cuando los delincuentes o enemigos atacan en grupos de mayor cantidad. Entonces en el fuerte se convencieron que lo más conveniente era viajar solo, pues la expedición con seis personas cuidando un niño estaría en desventaja numérica frente a las probables amenazas y además levantaría sospechas.

Mama Anahuarque: ¿Tuviste problemas en el camino?

Uchuwa: Infinitudes de problemas señora, pero gracias a los dioses salí bien librado. Siempre tuve presente que el problema no era yo, sino el niño. Todo el plan lo formulé pensando en que el niño no debería correr riesgos.

Topa Huanchire: ¿Cómo te has mantenido en tan largo y pesado viaje?

Uchuwa (con una voz que exteriorizaba sufrimiento): La poca cantidad de joyas que me proporcionaron en el ejército no me alcanzó para mucho. Tuve que realizar todo tipo de trabajo para conseguir buenos alimentos y posadas cómodas para Ayar. Pero eso no me importaba. Todo el tiempo lo único que me interesaba era que el niño estuviera en perfecto estado.

Mama Anahuarque: Bueno, bueno ... a nombre del imperio te adelanto mi gratitud por el sacrificio que has hecho. Mañana mismo al amanecer comunicaré de todo esto al inca para que él te conceda el reconocimiento oficial.

El pobre Ayar se pasó toda la conversación durmiendo en los brazos de la coya. De tanto en tanto, mientras dormía, el anciano sacerdote le acariciaba la cabeza. Killa Curi, con la intención de congeniar con el niño, le pidió a la coya que se lo dé para llevárselo a dormir con ella. En el preciso instante que Mama Anahuarque iba a dar su respuesta vio a Topa Huanchire mover discretamente la cabeza hacia los costados. La esposa principal del inca le contestó: “Yo me encargaré del niño hasta que regrese su padre”. Luego, a solas, le preguntó al sacerdote: “¿Por qué me dijiste que no debería dárselo?”. “Porque quiero verlo. Es guapo y me hace recordar a la guerrera, a quien quiero mucho. Hoy rezaré a los dioses para que la protejan. Hasta mañana”.

La condecoración por el inca del secuestrador del hijo de Quillqa

Terminada la reunión, Uchuwa se frotaba las manos. Se decía: “Lo conseguí, lo conseguí. Me creyeron todo. Ahora a esperar el premio del soberano”. Killa Curi, no estaba muy satisfecha, pero al ver que nada se podía hacer, se dio aliento: “Ahora solo falta que el inca me entregue el niño para criarlo”. Luego, los primos se reunieron y hablaron a voz baja, sobre los siguientes pasos que darían para culminar exitosamente con su farsa. Uchuwa, realmente estaba agotado y procedió a descansar en la habitación que su prima le había acondicionado.

Por su parte, Mama Anahuarque, quien había olvidado de enviar el mensaje que su hijo Túpac Yupanqui había remitido a su padre, llamó inmediatamente a una de sus sirvientas para ir en busca del chasqui más accesible. “Debo remitir ese mensaje al instante y luego esperar dos días para darle la noticia de que su hijo está aquí sano y salvo. No debe darse cuenta que me olvidé de enviarle ese mensaje, pues pensará que lo escondí a propósito y me regañará”.

Ni bien estuvo al frente del atleta, le proporcionó el mensaje para su esposo: “Corre lo que más puedas y comunícale lo mismo a tus relevos, porque antes del medio día de pasado mañana, mi esposo tiene que tener ese mensaje”. El corredor, confiado en que con sus reemplazos sí cumplirían con esa meta, le respondió: “Descuide señora, así será”. Probablemente, el atleta hizo la comparación en el sentido de que el inca estaba a unos novecientos mil codos de distancia y los chasquis en su conjunto recorrerían más de un millón de codos en el plazo que le fijó la coya.

El inca Pachacútec se sintió aliviado después de leer el mensaje de su hijo. Si tenía alguna duda respecto a recuperar a su amada, esta desapareció por completo. Su mismo hijo, quien estaba conquistando más pueblos que él, admiraba a Quillqa. Y había otra razón: el nuevo príncipe. Empezó a imaginarse cómo sería su niño. De rodillas imploraba a sus dioses para que cuiden a Quillqa y a su hijo. Lamentaba no poder hacer nada. Se dio cuenta que sería en vano regresar a la capital. “Si regreso a la capital, luego, ¿a dónde iría si Quillqa y mi hijo están mar adentro? Confío en mi hijo Túpac. Ese es el nuevo Alejandro Magno. Es el Alejandro del Nuevo Mundo”. Después de elucubrar, no se apuró en volver a la capital. En el pueblo conquistado donde estaba habían problemas administrativos que requerían su presencia.

Sin embargo, pasaron tres días desde que recibiera el mensaje de su hijo y recibió uno nuevo procedente de Mama Anahuarque. Al leer la noticia que su hijo estaba en palacio y que Quillqa estaba no habida, abandonó todo. Solo hizo una pequeña reunión para tomar una sola decisión: encargar al apusquipay (significa general del ejército) la puesta en marcha de todo lo pendiente, además de hacerse cargo del gobierno del pueblo conquistado. Luego partió con un grupo de soldados.

Topa Huanchire, después de escuchar a Uchuwa, dudaba, pero luego se fue olvidando del tema. Más le preocupaba el estado de su amiga la guerrera. Tanto pensar en ella, se le presentó al dormir. En su sueño la vio sana y fuerte como la conocía, pero triste. Este hecho, despertó nuevamente sus interrogantes sobre Uchuwa.

Había varias cosas en el apu abusivo que le hacían desconfiar al sacerdote. Con Topa Huanchire se cumplía el dicho “más sabe el diablo por viejo que por diablo”. Reflexionaba: “No me cuadra lo del pasatiempo de Quillqa respecto a que le gusta cazar vizcachas y no entiendo cómo al niño le es indiferente habiendo convivido tanto tiempo. No sé cómo sabe que mi sobrino Túpac quería castigar a la guerrera cuando él es bastante reservado y solo trata temas particulares con los nobles que le son íntimos. No me trago el cuento de que se equivocó cuando nos dijo que Quillqa estaba muerta, sin haber visto el cadáver. Si yo no le preguntaba por la sirvienta no nos hubiera hablado sobre su existencia. ¿Mi amiga guerrera es una ambiciosa? Imposible que haya cambiado tanto. Por algo quiso traer solo al niño, no acepto que haya sido por razones de seguridad del príncipe. Y por último, ¿él solo hizo correr a doce criminales? No creo. Masticaré mi coca para invocar a los dioses y me saquen de las dudas”.

El sacerdote se esforzaba por ser justo. Esto lo llevó a dialogar con Mama Anahuarque acerca de sus vacilaciones. Había pensado trasmitirlas al inca, pero antes quiso analizarlas con la coya. “Ella es una mujer inteligente y práctica y me ayudará a corroborar mis dudas o a eliminarlas. No quiero ser injusto con el apu”, recapacitaba. Cuando se encontró a solas con la coya y le expresó sus inquietudes, ella le explicó sus apreciaciones: “No especulemos tío. De las interrogantes que tienes, me quedo con dos. La guerrera no es ambiciosa. De serlo nunca hubiera escapado del inca. Y dos, conozco a mi hijo y no creo que haya querido castigar a Quillqa así por así. Mi hijo es bien reflexivo. Yo le enseñé que como soberano tenía que actuar acorde a los intereses del imperio. Y por supuesto, como tú dices, él es muy discreto y no creo que esté

hablando cuestiones delicadas con los capitanes. Con los generales podría hacerlo, ¿pero con los capitanes? ¡En la vida!”. “Entonces, ¿por qué miente?”, razonó el sacerdote. “¡Allí está el problema!”, dijo la coya. Después de unos minutos, Mama Anahuarque, terminó el diálogo diciendo: “Dejémonos de preocuparnos tío. Démosle el beneficio de la duda. ¡Total, podría tratar de mal hablar de la guerrera para ganarse la simpatía de nosotros y del inca y de esa manera conseguir un buen premio del inca!”. “Sí, sí, puede ser, puede ser”, dijo el sacerdote y se despidió.

Uchuwa ansiaba ser declarado héroe y nombrado apusquipay (general del ejército, representaba la jerarquía máxima y reportaba directamente al inca). Justificaba esos anhelos, diciéndose: “Lo merezco, he salvado con gallardía e inteligentemente, la vida de un príncipe”. Killa Curi, para que no se decepcione en caso no logre ese rango, le sugiere: “¿No crees que también sería un justo premio si te designan como héroe y general de brigada?”. “No. Ni me menciones esa posibilidad. Para ascender a ese grado llegaré sin ayuda de nadie. Hasta general de división (apusqui randin) me alegraría”, le dijo el matón abusivo. Para suerte del par de criminales, Ayar había olvidado todo el maltrato. No demostraba aprecio por Uchuwa, pero tampoco lo rechazaba. Cuando Uchuwa se le acercaba para jugar, el príncipe, simplemente lo ignoraba.

Por su parte, la malvada concubina planificaba cómo persuadiría al inca para que le de la tenencia de Ayar, y se imaginaba que con Quillqa muerta, ella pasaría a ser nuevamente la preferida, y más adelante, desplazar a Mama Anahuarque como coya principal. “Al soberano lo enamoraré aplicando una de las virtudes que más valora: la sinceridad. Con el niño bajo mi cuidado y por mi mayor belleza él pasará más tiempo conmigo y luego aprovecharé esa situación para sustituir a Mama Anahuarque como la coya principal”. Al parecer todo estaba perfectamente calculado.

Después de pasar seis noches en palacio, Ayar se empezó a llevar bien con la coya y su sirvienta. Se dejaba cargar y llevar de la mano de un lado a otro. No obstante, Mama Anahuarque, decía: “Aquí tiene de todo, pero su carita denota tristeza. Extraña a su madre. Si pido a mi esposo que me encargue su crianza, me pondrá como objeción que no tendré tiempo por mis labores de gobierno. Algo tengo que pensar para convencerlo”. Después de evaluar varias opciones, eligió la idea de empoderar a uno de los curacas más leales para que se encargue de administrar recursos no tan importantes y así ella tener más tiempo para dedicarse al niño. “Y para que el inca apruebe esta alternativa, le solicitaré que él designe al curaca”.

Cuando el inca arribó, se olvidó de los protocolos y de los saludos a la guardia de palacio. Con las justas abrazó a Mama Anahuarque. Esto no molestó a la coya, ella ya lo había anticipado. Por el contrario, lo llevó apresuradamente donde estaba Ayar. El niño jugaba en el suelo y el inca lo cargó, y mientras lo abrazaba y besaba le decía “mi niño, mi niño adorado”. Ayar estaba perplejo. Por algo dicen que la sangre llama a la sangre. Eso sucedía. El niño le mostraba a su padre el juguete que tenía en sus manos y hacía nada para irse a otros brazos. Se sentía a gusto con su padre. Mama Anahuarque, salió de la habitación diciendo para sí: “Aquí salgo sobrando”. Cuando el inca vio que salía le ordenó: “Convoca de inmediato a una reunión a mi tío, el apu y Killa Curi”. Una vez que salió, Pachacútec levantó con sus dos brazos a su príncipe y dijo: “Desde hoy no te faltará nada. Lo tendrás todo. Eres lindo como tu madre. ¿Dónde está ella?”. Como si Ayar entendiera, con sus deditos le señaló hacia el sur. Luego de la felicidad, el inca recordó a Quillqa se tomó la cabeza y salió al salón de la reunión, donde todos los citados, ya estaban presentes.

El inca saludó a todos y se ubicó al centro del salón. Con el fin de tener pistas sobre Quillqa, al apu le indicó: “No exageres ni rebajes, deseo que me digas exactamente la verdad de los hechos.

Te escucho”. Uchuwa relató casi lo mismo que la primera vez, con la diferencia que no insinuó que Quillqa estaba muerta ni que era ambiciosa, y tampoco mencionó que Túpac Yupanqui la buscaba para castigarla. Con Killa Curi lo había planeado así, para evitar cualquier reacción del inca o de la coya en defensa de la guerrera. Nuevamente habló que todo lo que planificó y ejecutó estaba enfocado en garantizar el perfecto estado del niño.

Pachacútec, dirigiéndose a Mama Anahuarque y Topa Huanchire, les consultó: “¿Alguna otra información que quisieran saber? El sacerdote tomó la palabra: “Apu, ¿por qué cuando nos informó la otra vez nos dio a entender de forma muy sutil que Quillqa estaba muerta y era ambiciosa, y que el inca Túpac Yupanqui la buscaba para castigarla, y ahora no? Uchuwa, recordando que el inca premiaba la verdad, con voz sumisa, respondió: “Decir que estaba muerta fue una ligereza de mi parte señor. No me consta, espero que los dioses la conserven sana y salva, disculpe. Y cuando dije “al parecer dimos en el clavo de su ambición”, refiriéndome a la señora Quillqa, quise darle la connotación de que ella era inconformista”. Y por qué mencionaste que mi hijo la buscaba para castigarla, ¿cómo lo sabías?, participó la coya. El criminal, sabiendo que un finado no tiene el derecho a esclarecer, respondió: “Supuse eso porque el general de brigada Kunturi, que en paz descansa y de los dioses goce, nos ordenó que no tengamos compasión en su captura y que la llevemos al fuerte viva o muerta”. Al inca le pareció que el apu había expuesto con la verdad y le creyó. Luego lo felicitó a nombre del imperio. “Organiza para mañana mismo una ceremonia de reconocimiento al apu Uchuwa”, le solicitó a Mama Anahuarque y dio por culminada la reunión.

Killa Curi esperó quedarse a solas con el inca para acercarse. Luego, inclinando la cabeza hacia abajo, le dijo: “Mi señor, deseo que me permita hablar con usted. Será por poco tiempo. Es algo muy importante”. El inca, acepta su pedido y se reúnen en la habitación de la concubina. Estando allí, Killa Curi, llorando le dice: “Imploro su perdón, adorado soberano. Por temor a perder su cariño, le escondí mi peor frustración”. “¿De qué hablas?”, le interrumpió Pachacútec. Ella, cuidando de no emplear la frase “le mentí”, le explicó: “Soy estéril mi señor. Desde que lo supe vivo atormentada por no poder entregar toda mi vida y todo mi amor a un hijo. Estoy dispuesta a someterme al castigo que usted me imponga por ocultarle ese problema”. El inca tomó a bien lo dicho por la concubina, pues estaba en la línea de lo que más respetaba: el valor de la verdad. Por esa razón le respondió: “No hay nada que perdonar hija, no te preocupes”. A la villana todo le estaba saliendo a la perfección. Esto la motivó a lanzar su pedido central: “Mi señor, le suplico la tenencia del príncipe Ayar. Le prometo que daré mi vida por él, entregarle todo mi amor y educarlo dignamente”. “¿Sabes lo que me acabas de decir? ¡Que la madre de Ayar está muerta! Quiero que lo sepas: ella no está muerta. No deseo escucharte más”. Esa respuesta fue inesperada para la cínica. Sintió que todo su maléfico plan se había venido abajo.

Paralela a la junta del inca en palacio, Quillqa y sus amigos se hallaban a tres noches de distancia. Posiblemente esta cercanía provocó que el ritmo cardíaco del inca aumente levemente. “No sé qué me pasa”, dijo. Mandó a traer a su tío. Después de saludarse, el inca le consultó: “No entiendo por qué tengo un presentimiento. No me duele nada, solo siento un ligero aumento en los latidos de mi corazón. ¿Podrías darme una explicación?”. El anciano, se puso a masticar coca y tomó un trago de alcohol en nombre del soberano. Al rato, dio su interpretación: “Tu corazón está sufriendo, no por ti. Sufre por alguien a quién quieres mucho. Te está diciendo que una persona que amas está afligida. No veo otra razón”. Con lo reseñado por Uchuwa, el inca tenía la esperanza que Quillqa estuviera viva y ahora con el augurio de su tío se fortaleció, pero se imaginó que enfrentaba circunstancias adversas. “Ayúdame a preparar un mensaje al fuerte de Amaru solicitándoles que me informen todo lo relacionado a la madre de Ayar”, ordenó a su tío.

Y llegó el día de la condecoración del apu Uchuwa. Se desarrolló en el salón dorado del palacio. El inca estaba vestido formalmente. Portaba el topayauri, el suntur páucar, el uncu y la mascaipacha. A sus costados estaban la coya Mama Anahuarque y el sumo sacerdote Topa Huanchire. En primera fila estaban los curacas que habían podido venir, dos panacas reales, veinte nobles de sangre, cuarenta nobles de privilegio, el hatun apu que dirigía la seguridad del palacio, tres apus, las concubinas del inca y algunos invitados especiales. El primer acto fue el rezo a los dioses a cargo del sumo sacerdote. Luego, con un puma de plata en la mano izquierda, el inca tomó la palabra:

“Considerando:

Que tu comportamiento ha sido la de un puma,
Porque has sido una fiera solitaria y te desplazaste por diferentes climas y altitudes,
En razón de que fuiste símbolo de fortaleza y de cautela preservando la vida del príncipe Ayar,

Resuelvo:

Primero, nombrarte como apusqui randin. Con este rango, el próximo ejército de diez mil soldados lo comandarás. Mientras tanto, te harás cargo de la dirección de la seguridad del palacio, y
Segundo, entregarte el puma de plata en honor al mérito.
Comuníquese, regístrese y cúmplase”.

El anciano sacerdote empezó a frecuentar palacio más seguido. Quería estar de cerca y jugar con Ayar. “Esta criatura me hace recordar a mi amiga. Es guapo y simpático como su madre”, decía cuando lo veía. El inca se lo entregaba diciendo: “Los viejos y los niños se atraen porque tienen los mismos rasgos. Son irresponsables, ingenuos y caprichosos”. Era muy cierto, Ayar lo que no pedía a los demás, se lo hacía al anciano.

La concubina Killa Curi, no tomaba en cuenta que el sacerdote se había fijado en que Tupu la visitaba diariamente. Lo había visto hasta dos veces en un mismo día. En una ocasión, cuando se retiraba, el sacerdote le preguntó qué servicio estaba realizando en la vivienda de Killa Curi y le dijo que le estaba arreglando siete acus que le quedaban grande. “La señora ha bajado de peso y me ha pedido que le arregle sus acus”, le respondió el mentiroso. Topa se olvidó del tema y no volvió a preguntar.

Uchuwa, no se quedó contento. Aspiraba ser apusquipay, pero al final se resignó, pues nada podía hacer. Por esa razón para gozar de mayor autonomía esperaba que el inca saliera de campaña. Pero, para su mala suerte, el inca decidió pasar varias noches más en el palacio con su hijo. Esta decisión la comunicó de inmediato al apusquipay que dejó al mando del ejército que dirigía personalmente antes de venir a la capital.

El nuevo general de división se sintió complacido con la ausencia del inca en palacio. El soberano, acompañado de tres soldados se fue con Ayar a la hermosa casa que construyó en las colinas de la capital para estar a solas con Quillqa. Esta circunstancia, permitió que los primos se reunieran para perseverar en sus ambiciones. Killa Curi, no se dio por vencida y quería que su primo la ayude a idear y poner en marcha nuevas acciones que la conduzcan a su objetivo de desplazar a la coya. Para completar su equipo de criminales, incluyó a Tupu.

El apu tampoco se quedó conforme con su puma de plata ni el nuevo cargo. Ambicionaba las joyas del inca. Ideaba: “Con el alejamiento del inca, mi único obstáculo es la coya. Para mi prima, ella también es el estorbo. Pero, el único problema sería el de las orejas enormes. No sé cómo encajaría aquí. Como mi prima confía mucho en él, debemos encontrar objetivos comunes para en función a estos formular acciones que ejecutemos los tres”. Luego de unos minutos, dio con la solución.

Uchuwa, coordinó con su prima una reunión secreta en la habitación de la concubina. Él se encargaría que Tupu ingrese al palacio discretamente en horas de la noche. “Tenemos que juntarnos ya, no vaya suceder que el inca se aburra de su hijo y regrese pronto a palacio.”, le dijo el apu a su cómplice. Uchuwa, por su lado había confabulado ganarse la plena confianza de la coya y con esa meta la seguiría para saber dónde estaban las joyas del inca. Posteriormente, se contrataría asesinos solo para eliminarla y luego los tres robar el tesoro y repartírselos. Killa Curi haría de actriz fingiendo pena por la muerte de Mama Anahuarque y tendría el camino libre para reemplazarla. Creía que todo lo tenía fríamente calculado, al menos en la teoría.

Esa misma noche se reunieron en la habitación de la concubina. El apu fue el primero en hablar explicando el plan que tenía en mente. Killa Curi estuvo totalmente de acuerdo, pero Tupu no. Después de escuchar, el infame de orejas enormes, se puso serio y expresó: “Yo actué por odio, no buscando riqueza ajena. Como la guerrera ya está muerta, no me interesa matar a alguien por joyas. Así que lo único que me queda es pedirle a la señora Killa Curi que me pague por los servicios prestados”. Killa Curi fue la encargada de responderle: “Tienes razón Tupu. A unos los mueve el odio, a otros la riqueza, a algunos el poder y a poquísimos el amor. Yo busco poder, no digo ‘busqué’ porque todavía no he perdido la esperanza de alcanzarlo. No tengas cuidado Tupu, cumpliré con pagarte lo convenido”.

La respuesta inesperada del sinvergüenza Tupu generó un cambio de planes de los primos. Alguien dijo “para el bueno, disponer de un objetivo es necesario; pero para el malo, es indispensable”. Esta declaración fue ignorada por los malvados primos. El apu planteó: “Ya que la persona que haría el trabajo sucio no está involucrada, no nos queda más que seguir cada uno por su lado, y si en el camino, nos necesitamos, colaboraremos”. “Dime exactamente, ¿qué planteas, primo?”, interrogó la concubina. El apu respondió: “En concreto, tú busca desplazar a la coya, y yo continuar en mi camino al poder y a la riqueza”. “Total, ¿pretendes el poder o la riqueza?”. “Las dos cosas”, contestó Uchuwa. “Deduzco que no sabes lo que quieres. Te aconsejo que elijas uno, pues para ser rico tienes otras vías además del poder. Bueno, decídelo tú. Lo que digo tómalo como un humilde consejo”.

A objetivos diferentes corresponde acciones y satisfacciones distintas. A la concubina, la estaba del inca fuera de palacio con Ayar le sabía horrible, al menos temporalmente; en cambio al apu todo lo contrario. Él daba rienda suelta a sus maniobras particulares. Killa Curi se vio obligada a esperar que el inca salga en campaña para desplegar sus artimañas orientadas a lograr el cariño de Ayar.

Por su parte, el calculador Uchuwa añadió a sus cualidades, la de sobón de la coya. “Ella tiene gran influencia en el inca y toma decisiones autónomamente y cuando el inca esté en campaña o ausente como ahora, estaré a sus órdenes. Me ganaré su confianza ciega”, tramaba el abusivo criminal. Cuando la coya asistía a un lugar y le solicitaba resguardo le mandaba más de lo que solicitaba y encima, él mismo dirigía el equipo. Procuraba que los reportes de los curacas estuvieran en orden y a disposición inmediata para la coya. Y de esta manera fue despertando el aprecio de Mamá Anahuarque.

Quillqa arriba a la capital del imperio: la venganza

No contaban con que la guerrera ya le pisaba los talones. Los tres amigos, al llegar a la capital del imperio se dirigieron a las colinas que están en sus alrededores. Querían pasar totalmente inadvertidos. Estando allí se refugiaron en una vivienda de barro abandonada, y se juntaron a dar los últimos detalles de su ingreso a palacio y sobre cómo rescatarían al niño. Quillqa tomó la palabra: “Llegamos a la conclusión que todas las vías nos conducían a palacio, pero primero

visitemos a Topa Huanchire. Tengo fe ciega en él. No creo que él me haya hecho esa trampa, salvo que tuviera una razón poderosa. Arriesgaré. Ustedes me esperarán aquí. No se muevan por ningún motivo. ¿Comprendido?”. “Sí señora”, dijeron los enamorados con voz baja para evitar llamar la atención. Dejó sus Armas, excepto su vino, y bajó rumbo a la casa del anciano sacerdote.

Al llegar vio a Tamayu entretenido jugando al frente de la casa de Topa Huanchire. Miró a todos lados y tocó la puerta. El anciano le abrió y al verla, sorprendido exclamó: “Dioses míos, ¿es cierto lo que estoy viendo?”. La abrazó, su rostro cambió del asombro a la felicidad y le dijo: “Pasa hija, pasa”. Antes de sentarse, el anciano, tomándole la cara le dijo: “¡Estás viva, estás viva!”. Quillqa, angustiada, lo primero que preguntó fue: “Ha visto a mi bebé, ¿está sanito? “Está fuerte como un puma, hija mía. Tú eras la que me preocupaba. Ayar está en brazos de su padre. Él está feliz con su hijo”. La guerrera empezó a sonreír y cada vez se convencía más de que su amigo no había sido el autor de la carta que utilizaron para la emboscada. Ya calmos, la guerrera empezó:

¿Usted me envió un mensaje al fuerte del pueblo de Amaru?

Topa Huanchire: ¿De qué me hablas?

Quillqa: De una carta donde me decía que el señor inca estaba muy preocupado por Ayar y por mí.

Topa Huanchire (levantándose de su asiento y alzando los brazos y la voz): ¿Cómo podía hablarte de tu niño si recién hace días por boca del apu Uchuwa sé de su existencia? ¡Imposible, hija, imposible!

Quillqa: ¿Me envió algún mensaje?

Topa Huanchire: ¡Nunca, nunca jamás!

Quillqa: Una persona me envió un mensaje de parte suya. Allí me decía que el inca había enviado a otro mensajero especial para que converse conmigo. Luego me indicó el lugar de la reunión con el portador del recado del inca. Yo fui, con recelos, pero fui. Presentía cosas malas, pero más pudo mi confianza en usted.

Topa Huanchire: ¿Ese mensaje estaba acompañado de la señal que conoces?

Quillqa: Sí, por eso creí que venía de parte suya.

Topa Huanchire: ... Pero, esa señal solo la saben el inca, la coya, tú y yo... ahhh, y también Tamayu.

Quillqa: La persona que falseó el mensaje fue la que me tendió la trampa.

Topa Huanchire: Cuéntame todo, todo, analicemos y deduzcamos.

Quillqa: Fui al lugar que me indicó el mensajero y allí me esperaron varios asesinos arqueros. Gracias a los dioses solo me hirieron y luego caí en un pozo. Al fondo había una corriente de agua que me arrastró a un lago. Allí me encontró el ermitaño Antay, quien me curó y salvó la vida. Luego hizo lo mismo con Suyai y Tawa. El asesino y matón Uchuwa quiso matar a Suyai y Tawa, pero solo los dejó malheridos. Pudo arrebatarme a mi amiga a mi bebé y se vino con destino a la capital. Para mi viaje tuve que regresar al cuartel para aprovisionarme de todo lo necesario.

Topa Huanchire: Ya lo decía yo, ese Uchuwa me cae mal. Es primo hermano de la concubina Killa Curi. El inca cayó en su embuste y lo ha nombrado general de división.

Quillqa: ¿Ese maldito es primo de la señora Killa Curi?

Topa Huanchire: Así es. ¿Tienes idea de quiénes son los autores de lo que te han hecho?

Quillqa: Hice declarar a dos asesinos y deducimos que la jefa es una mujer que pertenece a la nobleza y que cuando hablaba con los criminales se cubría la cara. Sus cómplices son Uchuwa y alguien de orejas enormes. Los que planearon todo desde la capital fueron la mujer y la persona de las orejas grandes. ¿Usted cree que podría haber otro secuaz más poderoso?

Topa Huanchire: No sé. Tengo dudas. ¿Podría ser la coya? Recuerda que ella también conoce la señal de mis mensajes. Mejor no nos rompamos la cabeza. ¡Desatemos la madeja empezando con Uchuwa! Umm... ahora que me hablas de orejas enormes. Ya recordé, ya recordé a alguien así. ¿Qué otro rasgo te dijeron que tiene?

Quillqa: Los asesinos declararon que era alto, delgado, de cara chupada y siempre estaba demacrado. Señor, ¿cómo hacemos declarar a Uchuwa antes de matarlo?

Topa Huanchire: Hija mía, ya probaste más que suficiente tu fortaleza, velocidad y elasticidad. Eres conocida en el imperio por tus cualidades físicas, ahora te toca demostrar tus virtudes mentales.

Quillqa: ¿Qué me quiere decir con eso? ¿Me quedaré con ganas de matar a Uchuwa?

Topa Huanchire: Estoy pensando en darle a probar de su propia medicina y luego tu ve lo conveniente. Yo también sería capaz de eliminar con mis propias manos a quien toque a Tamayu. No voy a juzgarte eso. Es tu opción, pero el plan tiene que ser inteligente. Esta vez ya no será fuerza contra fuerza.

Quillqa: ¿Qué hacemos señor?

Topa Huanchire: Tranquila hija, déjame averiguar algunas cosas primero y luego diseñamos nuestra estrategia. ... Antes que me olvide, vénganse a mi casa. Ya no sigan incómodos. Extiende mi invitación a tus amigos.

El anciano sacerdote se preguntaba: “¿La coya es la jefa de esta banda? Ella es mujer, de la nobleza y tiene recursos como para contratar criminales, pero nunca la vi celosa de la guerrera y no veo los motivos para hacerlo. ¿Qué ganaría Mama Anahuarque eliminando a la guerrera?”. Luego se respondía solo: “No tiene nada que ganar. Ella es una mujer pragmática y todo lo hace calculando qué ganará el imperio, el inca y ella, pero sobre todo el imperio”. Abstrayéndose así, estimaba baja la posibilidad de que la coya sea la cabecilla. De pronto recordó que el hilo seguro era Uchuwa y razonó: “¿Por qué quiso matar a Quillqa y robar a su hijo?”. No encontró respuestas, pero en esa duda vino a su mente su relación familiar. Pensó: “Ese criminal es primo hermano de la concubina, y ella sí estuvo celosa de Quillqa. Ajá, ya sé qué hacer”.

No obstante que el anciano sacerdote se estaba inclinando por descartar a Mama Anahuarque como cabecilla, en su mente permanecía la incertidumbre. “No puedo dar el siguiente paso del plan sin estar seguro del papel de Mama Anahuarque en este caso. Algo me dice que ese flaco de las orejas gigantes tiene algo que ver aquí”, se decía. Fue entonces que visitó a Killa Curi.

La concubina le preguntó al sacerdote: “Es un honor su visita, señor. ¿Qué se le ofrece?”. Al instante, Topa le expresa: “Por favor envíame a tu sastre. Quiero que me arregle dos ponchos”. Extrañada, la concubina le contesta: ¿Qué sastre? ¿Yo no tengo sastre? ¿No te estaban arreglando tus acsus?, vuelve a interrogar el anciano. “No, ¿cómo sabe de eso o quién le ha dicho eso?”, contestó preocupada la concubina. Topa continúa: “El otro día me encontré con un flaco, alto que salía de tu vivienda y le pregunté qué servicio estaba realizando y me respondió que estaba achicando tus acsus porque te quedaban muy anchas”. La astuta, le dice: “Ahhh... sí sí, ahora recuerdo. Me había olvidado. Es el sastrecillo de nombre Tupu. ¿Qué deseaba que le arregle?”. “Quiero que alargue dos ponchos. Como sabrás, con los años, uno se vuelve friolento. Dile que lo espero mañana en mi casa”, le solicitó el anciano. Killa Curi se comprometió a ubicar a su socio y enviarlo al día siguiente.

Topa Huanchire regresó a su casa y se sintió dichoso. Tenía la compañía de cuatro buenas personas. De no tener con quien conversar; pues Tamayu más estaba en la calle jugando, que en la casa; ahora le iban a faltar palabras. “Hija, sospecho que mañana vendrá a la casa el famoso flaco de las orejotas”, empezó el diálogo el sabio sacerdote. “¿Cómo lo hizo?, expresó sorprendida, la guerrera. “Otro día te cuento. Para sacarle información, creo que todavía vas a tener que demostrar tus virtudes físicas”. “Si a las buenas no confiesa, no me queda otra. No se imagina las ganas que tengo”, respondió suspirando la guerrera. Antes de terminar la conversación, Quillqa le ordenó a Tawa: “Una vez que el flaco de las orejotas esté dentro de la casa, te encargas de que la puerta esté cerrada”. “Comprendido, señora”, aceptó el soldado.

Killa Curi para quedar bien con el sacerdote, engañó a Tupu diciéndole que lo necesitaban para algo muy importante para él y que ella no le diría de qué se trataba porque era una sorpresa que el mismo anciano se encargaría de darle personalmente. El delincuente, tontamente creyó.

Tal como lo esperaban, el delincuente llegó a media mañana a la vivienda de Topa Huanchire. Detrás de la puerta estaba la guerrera y al centro de la primera habitación estaban el anciano y Suyai. Tawa le abrió la puerta, se saludaron y el soldado lo invitó a sentarse. Quillqa ya se había dado cuenta de que se trataba del difamador Tupu. Creyó que no había lugar para más protocolos e inició la interrogación.

Quillqa (de pie): Voltea, cobarde criminal. ¿Te acuerdas de mí?

Tupu (asustado): Sí, sí, pero ¿qué pasa?

Quillqa: No te hagas el imbécil. ¿Quién te mandó a raptar a mi hijo y a matarme?

Tupu (restablecido del miedo y con una frialdad sin nombre): No sé de qué me hablas.

Quillqa (propinándole un puñete en la nariz): ¡Responde carajo mis preguntas!

Tupu (sangrando y quejándose de dolor): ¿Cómo te respondo si no sé de qué me hablas?

Topa Huanchire (dirigiéndose al criminal y gritando): Habla, te conviene.

Tupu: Si sabría le diría, pero no sé nada.

Quillqa (incrustándole la wino en la pierna derecha y con voz rencorosa): Si no hablas, te mato. Te lo juro.

Tupu (gritando de dolor y sangrando): Hablaré, hablaré, pero no me mates, por favor, no me mates.

Quillqa: Habla de una vez, carajo.

Tupu: La señora Killa Curi me contrató. Ella lo planeó todo. Yo busqué a los doce asesinos por orden de ella. Más no sé.

Topa Huanchire (preocupado por el involucramiento de Mama Anahuarque): ¿Por qué quería matar la concubina a Quillqa?

Tupu: Ella siempre quiso reemplazar a la coya y Quillqa se le cruzó en el camino. Estaba celosa que Quillqa la haya desplazado como la preferida del inca.

Topa Huanchire (elevando la voz): ¿Y por qué carajos quisieron raptar a una inocente criatura?

Quillqa (encolerizada, antes que responda, le propinó un puñete que le rompió los labios):

Contesta abusivo de porquería, ¿por qué pretendieron secuestrar a mi bebé?

Tupu: Killa Curi quería pedirle al inca para que le permita criarlo y de esa manera, él le dedique más tiempo a ella.

Topa Huanchire: ¿Y qué quería conseguir el apu Uchuwa con la muerte de Quillqa y el rapto de Ayar?

Tupu: Le juro que de eso no sé nada. No sé quién es ese tal Uchuwa.

Quillqa (tomándole de la mano y rompiéndole el dedo índice): ¡Esto por si acaso sepas algo y nos quieras hablar!

Topa Huanchire (suspirando): Suficiente por ahora.

Quillqa: ¡Tawa ata fuertemente a este criminal y amordázalo! ¡Si se escapa, te cuelgo!

Tawa (sonriendo): Ya señora.

Lo revelado por Tupu, fue un alivio para el anciano sacerdote. Por la admiración que sentía por la coya, aspiraba que no fuera la jefa de tanta maldad. Entonces, pensó: “Descartada Mama Anahuarque como cabeza de la banda, entonces ella será mi gran aliada para hacer posible la ejecución de la primera parte del plan. Ahora me toca afinar todo con Quillqa y sus amigos”.

Ya reunidos los amigos con Topa Huanchire, el anciano dio por iniciada la reunión: “Nuestra estrategia tendrá dos partes. La organización del evento y su ejecución”. Después de describir los pormenores, mirando a la guerrera dijo: “Para la primera fase, necesito el apoyo de la coya. Hija, deja en mis manos la organización de esa etapa”. “Me da mucha confianza verlo tan seguro, señor. ¿A qué se debe?”, expresó Quillqa. “Sabes niña, todos tenemos un punto vulnerable. Me

refiero a ese punto, que puede ser un capricho, un interés o una expectativa, que si alguien nos lo llega a detectar y satisfacer, ese alguien saldrá con su gusto en cualquier pedido o planteamiento que nos haga. Me notas optimista porque ya sé los puntos frágiles del inca, de Mama Anahuarque y del criminal Uchuwa”. Antes que la guerrera volviera a preguntar el anciano, continuó: “Sé por qué los tres aceptarán los que les propondré. Mi sobrino cederá a todo lo que para él represente la gloria, la coya se doblegará ante cualquier cosa concreta que esté alineada con su interés, y el delincuente aceptará todo lo que satisfaga su ambición miserable. Confía en mi hija”. “No preguntaré más. Adelante con su plan, señor”, culminó la Samu Inca.

Sobre la marcha, Topa visitó a la coya. No podía arriesgar ponerle al tanto de toda la estrategia, pues tenía presente que por muy práctica que fuera, Quillqa competía con ella de alguna manera. Comenzó diciéndole:

He visto cómo se esfuerza Uchuwa, considero que deberíamos proponerle al inca una reconsideración de su ascenso para promoverlo al grado de apusquipay. ¿Qué opinas al respecto?

Mama Anahuarque: Me sorprende tu propuesta tío, pero ahora que lo pienso, me parece sensato. Pero, ¿una reconsideración de su ascenso, por el esfuerzo que está poniendo en tan poco tiempo, con lo exigente que es mi esposo, crees que aceptará? De verdad, no creo que la apruebe.

Topa Huanchire: Claro, tienes razón, por eso pensé que no sería una simple ceremonia protocolar. Tiene que ser un evento magistral, donde Uchuwa adquiera autoridad moral ante todos los demás generales, oficiales y soldados del ejército. Le tiene que costar sacrificio al ya general de división Uchuwa.

Mama Anahuarque: Explícate mejor, ¿cómo es eso de “autoridad moral”?

Topa Huanchire: Que Uchuwa se gane el respeto como gran guerrero y así no solo se haga merecedor del privilegio de dirigir todo el ejército, sino de garantizar al inca y al imperio que su ejército está en buenas manos.

Mama Anahuarque: ¿Y cómo lograría ese respeto?

Topa Huanchire: Combatiendo con un gran guerrero cuerpo a cuerpo. Si gana se le asciende, y si pierde se queda dónde está. El ejército de nuestro imperio no puede estar en manos de cualquier matón... perdón... mediocre. Como tú dices, el imperio está por encima de todos nosotros.

Mama Anahuarque (seducida por lo de “el imperio está por encima ...”): Ahora sí que me convenciste. Esa propuesta sí aceptará mi esposo. ¡A él le gusta que sus generales sean grandes guerreros! Además, cómo tú sabes, a él le encanta ver combates. ¡Él por ver buenos combates es capaz de cualquier cosa! ¿Dónde sería ese evento?

Topa Huanchire: Tiene que ser dentro de palacio. No puede ser fuera. ¿Te imaginas si pierde Uchuwa? El pueblo podría perder confianza en su ejército, pues él ya es general de división. La gente diría: ¿Y así querían ascenderlo a general del ejército?

Mama Anahuarque: Tienes razón. Yo me encargaré de organizar el escenario. Deja eso en mis manos. ¿y quién seleccionará al guerrero?

Topa Huanchire: No lo puedes hacer todo tú, querida sobrina. De eso me encargo yo, ... y tampoco mi sobrino, dejémoslo que disfrute a su Ayar.

Mama Anahuarque: Visita a mi esposo, plantéale lo que hemos conversado. Dile que los dos estamos de acuerdo.

Cuando el sacerdote llegó a la casa apartada del inca, lo vio jugando pelea cuerpo a cuerpo. El inca se dejaba golpear por su hijo. “¿Interrumpo?, preguntó Topa. “Pasa tío”, lo invitó, el inca. El sacerdote le planteó con mucha paciencia y al final el inca le preguntó: “¿Quién será el guerrero?”. “¿Me permites que sea una sorpresa?”. El inca dio rienda suelta a una carcajada

imaginándose cómo sería esa competencia y le respondió: “Que así sea”. Luego acordaron que sería en los interiores de palacio con los mismos invitados de la primera ceremonia.

¿Podremos ingresar a palacio como tus acompañantes?, preguntó Quillqa al sacerdote. “A Suyai y Tawa no lo conocen, así que con ellos no habrá problemas. En cambio, a ti te podrían reconocer y eso podría traer abajo el plan”. “Ya pensé en eso, señor. Me las ingeniaré para entrar. Deje eso a mi cuenta. Lo que sí quiero es que usted lleve mi uniforme en un bolso y lo deje detrás del muro que hay al costado de la entrada del salón dorado”.

Y llegó el gran día. Los dos soldados ubicados en la puerta de palacio se distrajeron y Quillqa aprovecha para golpear en la sien a uno de ellos y al otro en el mentón. “Tengo que actuar rápido. Pronto saldrán de su desmayo”, se instruyó la guerrera. De esa manera avanzó sigilosamente y a escondidas, buscando su ropa de samurái.

La ceremonia se inició con las oraciones del sacerdote. Luego, el inca con la coya a su lado y el sacerdote en el otro, se paró y anunció: “Doy por inaugurada esta ceremonia, en la que el apusqui randin Uchuwa combatirá cuerpo a cuerpo y si gana la pelea, será ascendido al cargo de apusquipay de nuestro imperio”. El primero en salir a la pista de combate fue Uchuwa. Luego de unos segundos, de uno de los costados salió la guerrera, perfectamente vestida de samurái, idéntica a su maestra Tomoe. Quillqa se bajó el sombrero cubriéndose el rostro. No deseaba que el inca la reconozca tan pronto. Pese a ese encubrimiento, el inca pensó: “A alguien me hace recordar esa silueta”. Cuando se detuvo en el centro del patio, el inca se paró de su asiento y gritó:

Quillqa, ¿qué está pasando aquí?

Quillqa (tirando su sombrero, pero sin mirar directamente a los ojos del soberano): Mi señor, permítame dirigirme al secuestrador que tengo al frente.

Pachacútec: ¿Uchuwa es un secuestrador? ¿Cómo?

Quillqa (mirando a los ojos del matón, alzó la voz): Si deseas salvar tu vida, di toda la verdad.

Uchuwa (dirigiéndose al inca y con un cinismo repudiable): He dicho toda la verdad, señor. Ella es una mentirosa y malagradecida.

La respuesta del asesino, embraveció a la guerrera. Acercándose a su rival, nuevamente la guerrera le advierte: “Di toda la verdad o te mataré”. El inca observaba desconcertado. Uchuwa se aferra a que ya dijo toda la verdad. Es allí cuando, Quillqa se acerca y con su pie derecho le golpea el tobillo derecho y lo echó al suelo. Ya en el piso, y sin darle tiempo a reaccionar, la guerrera salta y le da un pisotón en el hombro derecho. El matón, chilló y con el otro brazo, trató de levantarse. No podía. En ese momento el inca quiso intervenir, pero el anciano sacerdote le susurra al oído: “Confíe en ella, hágame caso señor”. El inca desiste. Quillqa aprovecha ese momento y le vuelve a pisar esta vez el abdomen. El asesino estaba acabado. Sin piedad, la guerrera le pone sus dos rodillas en sus hombros y le pega un puñetazo en la nariz y se la rompe. Quillqa se levanta y coloca su pie derecho en la garganta del criminal y le da un ultimátum: “Habla o te mato ahora mismo”. Entonces, el cobarde asesino reconoció que secuestró al niño y que quiso eliminar a Quillqa. En ese preciso instante interviene el inca, y dirigiéndose a Quillqa, con potente voz le dijo: “Esta ya no es tu pelea, ahora es mía. Este maldito no solo fue perverso contigo, sino también con mi hijo el príncipe Ayar. Déjamelos”. La guerrera se retiró y corrió a buscar desesperadamente a su hijo.

A continuación, el inca se trasladó al centro del área de combate y tomando de los hombros al criminal lo voltea y coloca una mano en su nuca y la otra en su mentón, listo para desnucarlo, y le ordena: “Di quiénes son tus cómplices”. Después de revelar que Killa Curi fue la jefa de la banda, sin mirar a los ojos del Pachacútec, dijo: “Perdón señor. Mátame señor, por favor

máteme”. “No te mereces eso. Has deshonrado al glorioso ejército del imperio”, le respondió el inca. Luego se dirigió a los soldados pidiendo que lo metan a la celda de los pumas hambrientos.

Conocidos los compinches, el inca dio una nueva instrucción: “Metan al calabozo de las serpientes a Killa Curi”. De inmediato salió del patio con dirección a su vivienda en el palacio, proyectando que allí ubicaría a Quillqa y Ayar.

Mientras el inca hacía justicia, Quillqa se dirigió corriendo a la habitación del inca. El bebe estaba jugando con una de las sirvientas. Sollozando grita: “Hijito, mi hijito, mi bebé”. Ayar, la miró y al instante la reconoció y corrió feliz a sus brazos, pronunciando “mama, mama”. Su madre lo cargó, sin parar de besarlo, le decía “mi bebé, mi bebé. Gracias dioses míos por protegerlo”.

El inca ingresó a la habitación y vio con satisfacción abrazados a su amada y su hijo. No quiso hablar mucho. Creyó que no era prudente hacerlo, después de todo lo sucedido. La única pregunta que hizo fue: ¿Cómo te atreviste a tanto? La guerrera, con humildad, pero segura de sí misma, respondió: “Señor, por amor se miente, se roba, se mata y se puede morir. Estuve dispuesta a todo eso por el amor a mi hijo y a usted”. Pachacútec, no dijo nada, solo abrazó a los dos, y se quedaron en silencio. Esta fue una situación en la que las palabras que no se dicen, expresan más de las que se dicen. Ayar era el más feliz.

Transcurrió más o menos un minuto y Quillqa se desmaya. Era una guerrera, pero humana al fin. Probablemente su inconsciente le ganó a su fortaleza física. Fue leal creyente de que “así como el cuerpo cuando ingiere un alimento dañino, hace todo lo posible por expulsarlo; de igual manera cuando absorbe una carga emocional perjudicial, debiera arrojarlo también”. O quizás, su inconsciente le había aconsejado que estando así, su amado pisotearía su orgullo y daría rienda suelta a su verdadero sentimiento.

El inca la toma entre sus brazos, la besa, apresura el paso y la lleva a su *sircak* (médico inca).

En sus noches de insomnio, el inca había llegado a la conclusión de que la inteligencia, habilidad guerrera y autoridad moral de Quillqa, y el amor que sentía por ella, eran méritos para que ella ocupe la jerarquía más alta como esposa. En esta línea, resuelve organizar una ceremonia para presentarla como su esposa principal. Para su suerte, no quiso que este evento sea una sorpresa para Quillqa y la pone al tanto. Ella se negó rotundamente. ¿Por qué te opones a esa decisión? Le preguntó el transformador. Ella le contestó: “Es cierto lo que usted dice mi señor, ‘las tradiciones no son medidas de la justicia’, pero si al romperlas producen un daño, deben respetarse. En este caso, no quiero herir a su coya y tampoco a su hijo Túpac Yupanqui, pues son personas dignas. No es un asunto de tradición, es una cuestión de amor al prójimo, y este valor moral está por encima de cualquier otro. Por favor, solo deseo ser reconocida formalmente como una esposa más”.

Quillqa predijo con exactitud lo que pasaría en el futuro. Aproximadamente 64 años después de la muerte de Pachacútec, los conquistadores españoles sometieron al imperio incaico, aprovechándose de la rebelión de la gente de los pueblos sometidos al personal de confianza del inca y contando con ellos como sus aliados.

Cuentan que la guerrera consiguió que su esposo le dé la orden de rebelarse en el caso de que él someta un principio a un capricho, una creencia o una regla convencional. ¡Y la ex virgen del sol la cumplió a rajatabla!

Tiempo después, un quipucamayoc comentó que Ayar se arrodilló ante el Inti para rogar que le permita llevar a su madre a vivir con él en la ciudad de oro, y que, a la muerte del gran

transformador, a la guerrera nunca se le vio en el palacio ni en la vivienda particular que compartía con el soberano.

A un amauta se le escuchó decir: “Una mala decisión puede cambiar el destino de un pueblo. Sin la existencia del inca Pachacútec no existiría el imperio de los incas. Pachacútec demostró al mundo que la historia no solo se cuenta, sino que se la puede ver, tocar y gozar. Tuvo la virtud de opacar la sangre derramada en la historia de creación de un imperio. Podemos contar la historia del imperio de los incas porque fracasó la decisión del inca Huiracocha de nombrar a su hijo Urco como soberano. Y ese tipo de decisiones está en la parte alta de la jerarquía de un país. En consecuencia, si un pueblo es grande es señal de que su historia está poblada de grandes gobernantes, independientemente de si estos son mujeres u hombres”.

Glosario de términos

Acllahuasi

Del quechua “Casa de las Escogidas”. Eran construcciones residenciales de las acllas o “mujeres escogidas”, quienes eran especialistas en actividades productivas, particularmente en la textilería y preparación de chicha. Estaban obligadas a prestar servicios laborales al Estado.

Acsu

Vestido femenino fabricado con lana de camélido que envuelve y cubre el cuerpo desde la parte superior hasta la altura de los pies. Se sujetaba envolvente que se coloca bajo los brazos, se sujetaba con un tupu (tira) en cada hombro.

Ama sua

No seas ladrón.

Ama quella

No seas mentiroso.

Ama llulla

No seas ocioso.

Amanecer

Se considera así desde el momento que aparece la luz del día. Este espacio de tiempo varía en un mismo lugar y de un lugar a otro.

Amauta

Maestro sabio que laboraba en los Yachay Huasi. Dedicado a la educación formal del inca y de los hijos de los nobles. Instruían a los futuros gobernantes sobre normas morales, religiosas, históricas y formas de gobierno en el Imperio Inca. También enseñaban ciencias matemáticas y conocimientos sobre la tierra y la cosmovisión andina.

Anochecer

Se considera así desde el momento que desaparece la luz del sol. Solo por razones de comprensión de la obra se considera un horario aproximado que va desde las 19 horas hasta las 22 horas.

Apu panaca

Funcionario que viajaba periódicamente por los ayllus buscando niñas de 8 a 12 años, para elegir las como vírgenes del sol por su extremada belleza y virginidad.

Apuskipay

General del ejército imperial.

Atardecer

Se considera así desde el momento que disminuye la luz del sol. Este espacio de tiempo varía en un mismo lugar y de un lugar a otro.

Auqui

Príncipe heredero. Cogobernaba con su padre. Podía ser cualquiera de los hijos del inca. Era elegido por sus cualidades para ejercer de manera efectiva las funciones de soberano.

Ayllu

Conjunto de familias que descendían de un mismo antepasado, unido por la cultura, la religión y el cuidado de la agricultura, ganadería y pesca de un mismo territorio.

Ayo

Maestro en la casa del inca, encargado del cuidado e instrucción de los hijos del inca en su etapa de niñez.

Barauik

Poeta inca.

Camasca

O soncoyoc. Curandero diestro en preparar pócimas y emplastos a base de yerbas usados en sus supersticiones.

Codo

Es una medida de longitud que equivale a 45.72 centímetros.

Consejo de Orejones

Miembros que aconsejaban al inca. Se llamaban orejones porque desde niños se ponían pesas en las orejas que producía su crecimiento de tamaño por encima de lo normal. Tenían lazos familiares con el inca. Generalmente, integrado por ocho personas.

Curaca

Jefe político y administrativo de un ayllu. Los españoles lo reemplazaron por la palabra "cacique".

Chasqui

Corredor joven que a gran velocidad y turnándose con otros, llevaba los mensajes del inca, empleando la red de caminos del imperio incaico.

Dinastía Hanan

Segundo reinado de los incas. Se produjo la expansión del Imperio Inca, más allá de Cusco, comprendiendo a los países Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia y Argentina. Es la dinastía comprendida por los incas: Inca Roca, Yahuar Huaca, Huiracocha, Pachacútec, Amaru Inca Yupanqui, Túpac Inca Yupanqui, Huayna Cápac, Huáscar y Atahualpa y Manco Cápac II.

Dinastía Hurin

Primer reinado de los incas. En esta dinastía los incas dominaron únicamente Cusco y sus pueblos aledaños. Es el reinado de los incas: Manco Cápac, Sinchi Roca, Lloque Yupanqui, Mayta Cápac y Cápac Yupanqui.

Hanan Cusco

Segunda dinastía de los incas. En esta etapa ocurrió la gran expansión del Imperio Inca.

Hatun Runa

En quechua significa "gente mayor". Persona dedicada a la ganadería, agricultura, pesca y artesanía. Pertenecía a la clase social más baja del incanato. A solicitud del Estado Incaico, y al llegar a la mayoría de edad, también podía servir en el ejército y trabajar las tierras del Sol y del Inca. Estaban obligados a pagar tributo, tanto de productos como de trabajo personal de acuerdo a turnos (mita). Tenían asegurado su alimentación, vestido y vivienda.

Hoplita

Soldado de infantería de la antigua Grecia, que estuvo al mando de Alejandro Magno. Se llamaron así porque llevaban un escudo conocido como hoplón.

Hurin Cusco

Primera dinastía de los incas. Durante esta etapa, los incas se desarrollaron solo en Cusco y sus alrededores.

Inti

Es el dios Sol. El dios más importante de los incas.

Kukuchu tupu

O codo castellano. Medida de longitud inca que equivalía a la distancia entre el codo hasta el extremo de los dedos de la mano.

Macana

Garrote o bastón, útil para la pelea individual cuerpo a cuerpo. Tenía dos partes: cabeza y mango. La cabeza podía ser de madera maciza o de metal y tenía forma de estrella con seis puntas con un hoyo al centro que permitía encajar el mango.

Lliclla

Manta colorida que se utilizaba para llevar a los niños en la espalda. También se empleaba en el carguío de productos poco pesados.

Máchica

Del quechua machka. Es una harina que en el tiempo de los incas se preparaba tostando y moliendo el maíz.

Mama Quilla

Diosa de la luna. Era la madre del firmamento y cuidaba en especial a las mujeres.

Mascaipacha

Corona del inca que bordeaba su cabeza. Conocida también como Borla del Inca o Llautu.

Michic

Teniente gobernador de un pueblo pequeño.

Mitimaes

Hatun Runa que era desarraigado de su lugar de origen para ser trasladado a otro.

Nobleza de privilegio

Personas ascendidas a nobles por el inca o sus representantes por su desempeño destacado, en diferentes campos, tales como educación, administración, militar e interpretación de los quipus.

Nobleza de sangre

Familiares y parientes del inca, obligados a prepararse en los ámbitos físico, moral e intelectual.

Ñusta

Reina o princesa en el Imperio Inca. Era virgen e hija del inca y de su coya. Según el cronista español Pedro Cieza de León, que llegó en la época de la conquista 1535, sugiere que una ñusta podría tratarse también de una prima, sobrina o mujer allegada al inca.

Panaca

Ayllu real. Familia formada por toda la descendencia del inca, excluyendo a su sucesor (auqui). Se encargaba, principalmente, de realizar actividades para mantener el recuerdo del inca fallecido, realizar ceremonias en homenaje del inca fallecido y preservar las alianzas establecidas y los bienes del inca fallecido.

Plena mañana

Equivale al horario actual desde las diez horas hasta antes del mediodía.

Plena noche

Equivale al horario actual desde las 22 horas hasta antes de la media noche.

Porra

Arma de piedra en forma de estrella que en su parte central tenía un agujero que servía para acoplarse a un mango de madera.

Pucara

Fortaleza compuesta de muros, terrazas y escalinatas.

Quipucamayoc

Persona especialista en interpretar y archivar los quipus, encargada de registrar los acontecimientos, llevar las estadísticas y asesorar la gestión del Imperio Incaico. Era instruido por los amautas en las escuelas llamadas Yacha Huasi. Podían pertenecer a la nobleza, y de no ser así, eran calificados como honorables.

Sircak

Cirujanos sangradores incas.

Suntur páucar

Estandarte imperial con los colores del arco iris.

Suyuyuc

Gobernador de suyo. Jefe y representante del inca en cada suyo. Temporalmente, se designaban gobernantes en cada nueva ciudad sometida por el Imperio.

Topayauri

Vara o cetro de oro en forma de hacha cuya hoja terminaba por un lado en un punzón, y por el otro en un cuchillo similar a un tumi.

Tucuyricuy

Significa “el que todo lo ve, el que todo lo oye”. Supervisor imperial, que controlaba a los funcionarios, ejercía funciones de gobierno de provincias y solo rendía cuentas al inca. Adicionalmente, se encargaba de recoger tributos y remitirlos al Cusco, casar a las parejas y ejercer la justicia. De modo que la gente lo note claramente, como símbolo de su poder, en su vestido llevaba siempre un hilo de la mascaipacha.

Uncu

Túnica de tela del inca.

Vivandera

Persona, generalmente mujer, que vendía víveres a los militares y viajeros.

Wara

Ropa interior inca.

Willaq umu

Sumo sacerdote del imperio incaico.

Wino

Arma de madera parecida a una espada. Se caracterizaba porque era relativamente ancha y corta. Se empleaba en las luchas cuerpo a cuerpo.

Wiracocha

O Viracocha. Para los incas era el dios supremo creador del cielo y de la tierra.

Yachay huasi

Casa del saber. Lugar donde se instruía a los incas y nobles.

Yanacona

Hatun Runa que se convertía en auxiliar o ayudante especialista en diversas artes y que apoyaba al Inca.

Yuku

O jeme. Medida de longitud inca que equivalía a la distancia entre el índice y el dedo pulgar, separando uno del otro lo máximo posible.

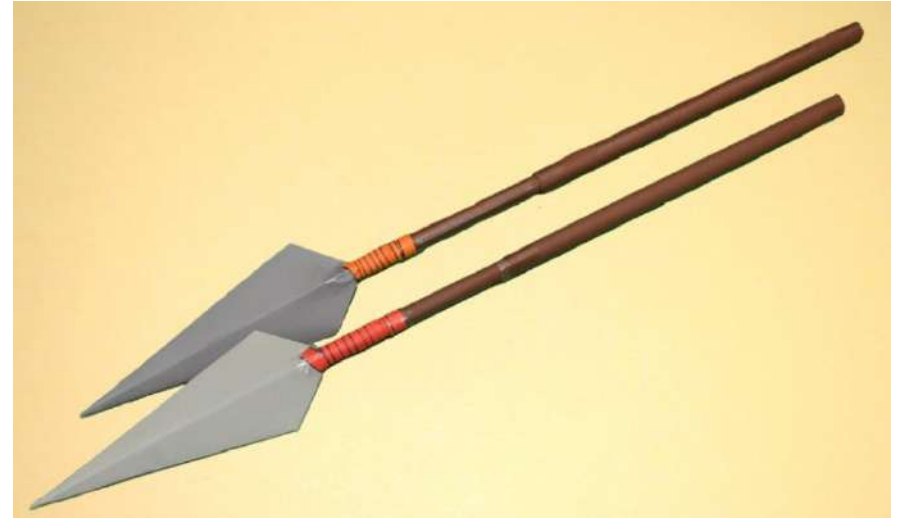
Referencias bibliográficas

- Cordente Vaquero, Félix. (2006). *Grandes biografías: Alejandro Magno*. Madrid: Edimat Libros.
- Greene, Robert y Elffers, Joost (1999). *Las 48 leyes del poder*. Buenos Aires: Editorial Atlántida.
- Harvard Business Review (HBR) Press. (2018). *Guías HBR: Inteligencia Emocional*. Barcelona: Editorial Reverté.
- Rostworowski, María. (2011). *Obras completas: Pachacutec Inca Yupanqui*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Villajuana, Carlos. (2013). *Líder cinta negra: cómo ascender en liderazgo mediante la sabiduría de 20 grandes maestros*. Lima: Villajuana Consultores.

ANEXO: FOTOS Y FIGURAS



Huaraca



Lanza



Hacha



Arco y flecha



Wino



Montaña Vinicunca



Alejandro Magno



Porra inca



Mascaipacha



Topayauri



Suntur Páucar



Uncu



Hatun runa



Acllahuasi



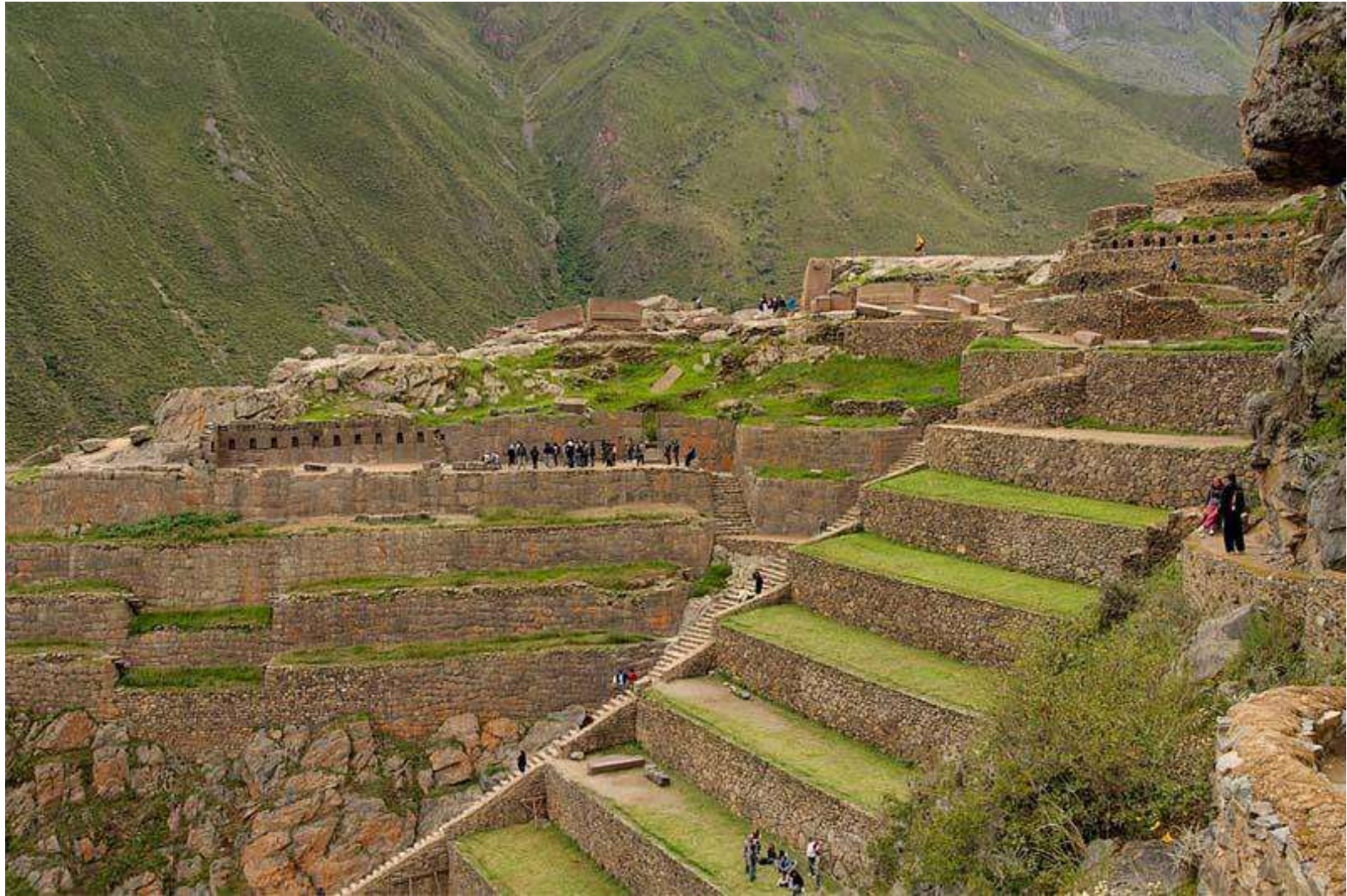
Tomoe Gozen



Tomoe Gozen



Shogun Minamoto no Yoshinaka



Sitio arqueológico de Ollantaytambo



Fortaleza ceremonial de Sacsayhuamán



Templo de Coricancha



Santuario de Machu Picchu



Ciudadela El Dorado Inca



El quipu como medio de escritura



La vizcacha



El puma



AcSU



El quipucamayoc